RICARDO PASEYRO

# 1897

*LA CONCIENCIA REVOLUCIONARIA DE INDO-AMÉRICA*

# BORDA Y TERRA

MONTEVIDEO MCMXXXVI

# A MANERA DE PROLOGO

**El autor de este volumen cree oportuno precederlo, a manera de prólogo, con el discurso pronunciado en el gran homenaje a Baltasar Brum, el 25 de Mayo último en el Ateneo.**

**Pese a su brevedad — los oradores locales se habían comprometido a no hablar más de diez minutos — considera que contiene una anticipada síntesis de los conceptos fundamentales que se desarrollan en el presente libro.**

Señoras, señores Delegados, ciudadanos:

Todo se ha dicho ya para expresar y definir elocuentemente el contenido emocional de este homenaje. Desde los Andes al Plata, bajo la bóveda siempre resonante del cielo de América, hay como la vibración de un nuevo estremecimiento, anunciación prodigiosa de la idea fructificada en mies de esperanza.

Sobre las cumbres andinas ningún pensamiento más alto; ni más infinita la Pampa, que su infinita esperanza; ni tienen las olas del Plata más broncos acentos que el himno que el cielo, el mar y la tierra conjugan para cantar la gloria inmortal de las libertades de América!

(Muy bien! Aplausos)

De esas cumbres, un destello; de esa tierra, un latido; de ese cielo un reflejo; de ese mar, un rugido para tejer, hermanos de América, la corona fúnebre de Baltasar Brum!

(Grandes aplausos)

Peruanos, argentinos, uruguayos:

En esta impremeditada conjunción de nuestros destinos, congregados, no sólo ante la sombra perecedera de un varón ilustre, sino también ante lo que significa su glorioso sacrificio, yo evoco, señores, las horas augurales de la Revolución...

(Muy bien!)

Conciencia revolucionaria de América ni colmada ni detenida...

(Muy bien! Aplausos)

...conciencia revolucionaria de América que aun espera la hora propicia en que por obra del espíritu generoso del pueblo, de su firme brazo y de su potente voluntad, retome el camino de su efectiva emancipación, levantando junto a las banderas triunfales en Ayacucho y Las Piedras, los símbolos nuevos del trabajo en la paz, de la Justicia abatiendo los privilegios antisociales y cerrando definitivamente el camino, por el acatado imperio de la ley, a todos los despotismos: los de la fuerza y los del dinero!

(Muy bien! Aplausos)

Señores:

El partido con cuya representación me honro, el Partido Blanco Radical, no ha querido faltar a esta cita como no faltó a otras...

(Muy bien! Muy bien!)

...como no faltó a otras, cruentas y dramáticas para el civismo nacional.

Pero la vida y la sangre de nuestros sacrificados no tiene divisa, no tiene, por consiguiente, precio: la vida y la sangre de nuestros sacrificados se dieron, como la de Brum, por la libertad y por la patria...

(Muy bien! Aplausos)

...y más que por la libertad y por la patria: se dieron, señores, por la excelsa dignificación del hombre en su triple



significado de valor social, esfuerzo fecundo y conciencia libre!

(Muy bien! Aplausos)

Ilustres representantes del pensamiento libre de América:

Al saludaros en nombre de mi partido y el mío propio, tened presentes estas palabras finales, el mejor saludo sin duda para quienes en estos momentos están forjando la nueva conciencia social de la democracia de América, palabras que os dirijo también como segura promesa de que hemos de persistir en el esfuerzo liberador y como segura garantía, además, de la absoluta licitud de nuestras actitudes, sean ellas cuales fueren...

(Muy bien!)

Contra la reacción que intenta inferiorizarnos, luchamos; contra la fuerza ahogando el derecho, nos erguimos; para defendernos, como hombres y como pueblo, del peligro que entraña la envilecedora tolerancia con los directos o indirectos beneficiarios del motín, el perjurio y la traición...

(Ovación)

...os lo prometemos, formalmente: seguiremos erguidos y seguiremos luchando!

(Muy bien! Grandes aplausos)

Tomamos esta resolución serena y reflexivamente. No la dicta el odio, el despecho ni la derrota... No la dicta el odio porque mal podemos odiar quienes, precisamente, somos odiados por la generosidad de nuestro ideario político y social; no la dicta el despecho porque esta baja pasión no anida en quienes saben luchar de frente y en campo abierto...

(Muy bien. Aplausos)

No la dicta la derrota, porque nunca pudimos sentirnos más victoriosos en nuestras convicciones democráticas que cuando advertimos que, para vencernos, hay que llenar las

cárceles de ciudadanos dignos y sustituir por el voto espurio el limpio y auténtico sufragio de la soberanía!

(Muy bien! Aplausos)

Ilustres Delegados:

Id y decid a vuestros pueblos que aquí vivimos el drama de nuestra angustia cívica actual; id y decidles que no estamos vencidos ni conquistados; que no lo está el pueblo que en las hondas crisis de su ciudadanía personifica la virtud de sus arrestos definitivos en sus iluminados magnicidas, aquí Ortiz y Arredondo, así como sobre la meseta andina se yergue la figura inmortal de Hurtado de Mendoza, personificaciones cabales de la virilidad y la fibra cívicas resumidas en la lírica definición de Díaz Mirón:

"Tres heroísmos en conjunción: el heroísmo del pensamiento, el heroísmo del sentimiento y el heroísmo del corazón"!...

(Muy bien! Grandes y prolongados aplausos).

I

## LA CONCIENCIA REVOLUCIONARIA DE INDO AMERICA

> **El pronunciamiento del 5 de Marzo de 1897... la protesta popular más altiva, gallarda y fecunda que haya presenciado nuestro país después de la guerra de la independencia.** (De un discurso pronunciado por el Dr. Fernando Gutiérrez el 5 de Marzo del corriente año).

Es este un libro sin pretensiones. Nada hay más impresionante, para los espíritus observadores y reflexivos, que la presencia de viejos documentos que evocan un hondo estremecimiento de la vida en el pasado. Todo el mérito de este libro, si alguno tiene, ha de consistir, pues, en el esfuerzo aplicado a recoger lo más fielmente posible el latido de una época que a las generaciones presentes ha de ser útil auscultar.

El autor de este volumen se ha hallado frente a una documentación cuyo valor histórico le es doblemente significativo: porque traduce ignorados heroísmos prodigados en el silencio de un esfuerzo hasta ahora anónimo y porque el paciente y disciplinado espíritu que nos los lega, actúa aun sobre el nuestro con la autoridad del ascendiente y la fascinación que ejerce una potente voluntad en acción.

Están, sin embargo, bastante lejos los sucesos historiados como para que nuestra imparcialidad se resienta. Nues-

tra legítima debilidad filial ha de quedar y queda ampliamente satisfecha con la sola exhumación de la verdad objetiva fluyendo, espontánea y libre, del irrefutable archivo que atesora, en emocionante y acabada síntesis, las intimidades del drama revolucionario de 1897.

Nos proponemos, también, al ordenar más que escribir, este volumen, abrir cauce auténtico a la tradición revolucionaria de nuestro pueblo. El drama fratricida de 1897 debe ser reclamado en estos instantes por todos los hombres, sin distinción de partidos ni ideologías, como una tradición común al espíritu de libertad.

Si es verdad, en efecto, que la Revolución de 1897 fué, prácticamente, organizada y llevada a cabo por un solo partido, su sentido y su significado fueron los de una protesta de la conciencia nacional revolucionaria.

Conciencia nacional revolucionaria que abre, después, un paréntesis a su expresión hasta el momento actual, porque el otro drama fratricida — el de 1904 — no lleva, como es notorio, el sello de la rebeldía popular. Es un episodio trágico de nuestra historia, en el que las pasiones desenfrenadas, tan ciegas como el mismo destino que las enfrenta, desatan su frenesí guerrero con la irresponsabilidad de la nube que abre su seno para descargar el rayo.1904 es la fuerza ciega del embrión revolucionario que se hipertrofia en una sola dirección: la de la violencia.

Fué aquel, precisamente, uno de los inevitables resultados de la "paz armada" con que imperceptiblemente todo espíritu revolucionario degenera en impulsivo anhelo de agresión y de guerra.

1897, no. Esta es una revolución legitimada en la conciencia colectiva con tan profunda convicción de su justicia, que no puede decirse ella sea la causa sino, sencillamente, el efecto natural, lógico y obligado de un estado social.



Los revolucionarios de 1897 no crearon, pues, la conciencia revolucionaria del país en la época en que actuaron. Fueron, en cambio, sus instrumentos, humanos y falibles, sí; pero que saben cumplir la misión histórica de su generación con la energía afirmativa necesaria para que su perfil de luchadores se recorte en la historia como un permanente ejemplo de civismo.

Fué su mérito haber dado salida concreta al sentimiento colectivo aprisionado, como ahora, en la envoltura de definiciones teóricas inconducentes. No buscaron fórmulas ni rótulos para clasificar el esfuerzo, que es embridarlo. Sencillamente lo dirigieron hacia el fin propuesto — la revolución — porque, también como ahora, la más ideal de las soluciones alcanzadas sin que la mano fuerte y ruda del pueblo la rubrique directamente, será, tan solo, un aplazamiento del estallido fatal con que anuncia su presencia inconfundible en las instituciones la acción revolucionaria.

"Sufragio libre y honradez administrativa" fueron los principios animadores de aquella revolución. Pudiéramos admitir, sin mayor esfuerzo, que esa fué la gran bandera congregadora como en la actualidad son aspiraciones vehementes y ostensibles de la ciudadanía, frente al derrumbe institucional de Marzo, idénticos móviles más el grito resonante con que Francisco Madero estremece, ya en 1910, los ámbitos de Méjico:

"Sufragio libre y no reelección!".

Pero ahondando en el conocimiento de la misteriosa inspiración que impulsaba a los revolucionarios de 1897, desde la organización de la empresa calcada, en los lineamientos directivos, en el modelo de la Revolución Francesa (el Delegado de la Junta de Guerra era el jefe supremo del ejército), hasta la revelación de los detalles personales íntimos de sus principales gestores, los elementos más brillantes,

capacitados y cultos de la burguesía coetánea, fácil es entrever que el fondo de sus actitudes, de sus sacrificios y de sus iluminadas abnegaciones, está constituido por un fervor revolucionario auténtico, fuente prodigiosa de los alumbramientos populares que impulsan, por los caminos de perfección y de justicia, a la humanidad.

Hoy, como en 1897, tiene el país una conciencia revolucionaria. No la tuvo en el interregno de paz que brindó la Constitución de 1917. Las conquistas sociales solamente no dan aun, en las sociedades de Indo América, fermentos suficientemente crecedores para determinar la formación de un frente revolucionario de clase. Todavía se proyecta sobre el Perú e inútil concita, su glorioso espectro, a la lucha de clases, la figura inmortal de José Carlos Mariátegui!

Del fondo oscuro del génesis racial se mueven, en la conciencia de los revolucionarios de 1897, los jugos de las raíces americanas que pugnan hacia arriba en un instintivo alarde de crecimiento. Es el secreto de su carácter, de su tosudez, de su incontenido impulso hacia adelante. Por eso llegan en el tiempo; por eso realizan en el espacio.

La divisa que inscribe el lema "sufragio libre y honradez administrativa" es, por consiguiente, sólo la envoltura exterior de la vibración sagrada que galvaniza a los hombres que hicieron la revolución de 1897. Ellos la tradujeron en hechos, ellos la transformaron en sorprendente actividad creadora, ellos la modelan en monedas para el tesoro revolucionario, en fusiles para los soldados, en espadas refulgentes para los capitanes y caudillos de la legión libertadora.

Sólo así se explica la admirable constancia de su esfuerzo, una y otra vez malogrado, una y otra vez erguido ante el obstáculo. Obedecían, no a una concepción geometrizada de sus aspiraciones, ni a un programa trazado para objetivar la corteza de la acción: eran, simplemente, instru-



mentos de la Revolución, de la profunda fuerza renovadora que palpitaba en la entraña social de la época con el ritmo inconfundible de un fecundo latido de la naturaleza.

No por más valientes triunfaron en la misión de interpretar el anhelo colectivo, sino por más espontáneos y decididos. Tuvieron también a su favor la virginidad mental emergente de la categórica delimitación de los antagonismos operantes: hacer la revolución era luchar por la libertad sin que problemas coexistentes o subsidiarios interfiriesen la clara noción del deber a cumplirse.

Hoy, no... La irrefutable conciencia revolucionaria que existe en el país y que, como una boca apetente, exigirá, hasta quedar satisfecha, que su ciclo sea cumplido, no encuentra aun los intérpretes iluminados que la concreten en acción.

Inútil ha de ser el intento de quienes pretendan reducirla a fórmulas preestablecidas, adosándoles alas artificiales para hacerla andar o, de contrario modo, se hagan la ilusión de detenerla engrillándole los pies.

Ni mayor desesperanza ni más triste realidad que las actuales brindaba a la República la situación prevalente en 1897. Un gobernante absolutista, un Parlamento genuflexo, una sociedad batida victoriosamente en sus reductos morales, un pueblo vencido de antemano por la resignación.

Las mismas corrientes adversas gravitando sobre el conglomerado social: corrupción, venalidad, militarismo.

Empresa inconcebible parecía, entonces, despertar la fibra cívica; infundir sobre el letargo colectivo, sobre el crudo materialismo triunfante, la idea desvalida de la rectitud moral y el desinterés!

Sin embargo, hemos de ver cómo la conciencia revolucionaria se refugia en la conspiración y cómo, dentro de la conspiración misma, impulsa e ilumina a sus intérpretes

hasta la satisfacción práctica de la aspiración inmediata: la acción directa contra el régimen liberticida, para combatirlo a él y para lanzar, sobre el rebaño de los indiferentes y los egoístas, el decreto inapelable de los hechos.

---

Con la publicación de este libro perseguimos un fin concreto por encima de la satisfacción que brinda la agradable tarea de compilar los documentos que constituyen su médula: ese fin es, como decimos, recuperar para nuestra democracia la conciencia revolucionaria que es su fundamento.

El tipo del "nuevo americano", del ciudadano de la democracia original que el ambiente y el medio están forjando en tierras de América, ése todavía está escondido dentro de sí mismo.

"Las semicivilizaciones, a cuyos tipos pertenecen casi todos los pueblos modernos, pues ninguno ha alcanzado a ver la simultánea, armónica y perfecta floración del industrialismo, el intelectualismo y del moralismo, cuya suma culminante sería la civilización o ideal sociológico, no han pasado aún, especialmente en la América hispana, de lo que Maeterlink llama la "edad de las generaciones sacrificadas". Sacrificadas por su deficiencia de educación y de potencia económica; por la relajación de su potencia jurídica al histerismo anárquico o a las pavuras del caudillaje, de la tiranía criolla, de todas las formas del absolutismo".

La cita es de una elocuencia sugeridora. No es necesario detenerse para glosarla.

Pero no habrá de inferirse de su exactitud que puedan ofrecerse como tipos representativos aquellos que, sobre el vasto escenario de la "España niña" como la llama Rodó, yerguen el busto del "roussoniano práctico, a quien la civilización no ha entrado sino en forma de cultura intelectual".



Va, desde luego, de Sarmiento a Don Juan Montalvo, de Montalvo a Blanco Fombona y de éste a Mariátegui, una sutil trabazón espiritual que permitiría, a simple vista, proyectar sus siluetas de revolucionarios auténticos de América sobre una misma línea en la batalla por la libertad.

Se enfrentan, por lo pronto, a los cuatro clásicos tipos de las dictaduras americanas: la feudal, la mística o emocional, la militar y la del dinero o sea, por su orden: la de Rosas, la de García Moreno, la de Gómez y la de Leguía.

Su pluma y su voz han debido vibrar, por eso, bajo el cielo de América, con acento diverso.

El formidable busto de Sarmiento trasunta la reciedumbre del luchador autóctono, hoplita criollo que abre paso a la civilización blandiendo sobre la cabeza del tirano la fuerza virgen de sus músculos y el rayo potente de su espíritu indomable.

La pluma de Montalvo es, de contrario modo, daga damasquina cuyo pavón repujado luce la incrustación dorada de una aristocracia cultural inconfundible. Sobre el pecho del extravagante déspota que puso "el soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo" él pone, a su vez, el reflejo mortal de la hoja cincelada que se hunde, finalmente, en la carne del grotesco César místico para partirle el corazón.

Cuando en el destierro recibe la nueva de que sus jóvenes discípulos Andrade, Rayo, Moncayo y Cornejo, han apuñaleado bajo las arcadas de su propio palacio al déspota teocrático, exclama sin poder contenerse:

—Mi pluma lo mató!

"Estos jóvenes conjurados — comenta Blanco Fombona — que vibraron sus armas vengadoras contra el sombrío teócrata, eran el verbo de Montalvo hecho carne, eran la doctrina de Mon-

talvo, armada con puñales, eran el espíritu de Montalvo convertido en centella".

Contemplemos, ahora, el paisaje venezolano, escenario propicio en que se mueve, bajo el uniforme dorado, la figura siniestra del déspota militar en su iniciación; degenerado, muy luego, en una mezcla incoercible de entorchado de cuartel y oro imperialista.

Juan Vicente Gómez llena las cárceles de ciudadanos libres y vende al país. Sin embargo, su notoriedad mayor la obtiene gracias a un volumen de polémica: "Judas Capitolino", editado en París en 1912 y que lo presenta al mundo "con la celebridad que merece, la celebridad del oprobio".

Como Heine, que amenazó al rey de Prusia dejarlo crucificado en su "Germania", Blanco Fombona clava en cruz de ignominia con su "Judas" al tenebroso amo y señor de Venezuela.

Blanco Fombona es, después de Sarmiento y Montalvo, el escritor, luchador y político que más prodigiosamente interpreta los imperativos de la conciencia revolucionaria de nuestra América. Su acento en la polémica, en el apóstrofe, en el emplazamiento supremo con que castiga el rostro del tirano es, dice un comentarista, "el del araucano selvático".

"El odio me ha hecho cantar" dice en la introducción de sus "Cantos de la prisión y del destierro". Pero es su voz, acaso, no por contemporánea, la traducción fiel del alma de la Revolución?

Todavía no! Grande y tonante como un profeta; polígrafo como un ensayista del renacimiento, como un mosquetero agresivo y sensual, este cruzado de la libertad de Indo América aun enciende la antorcha de su rebelión en los candorosos conceptos de las democracias de "élites".

"Los pueblos son montes — dice; — pero los grandes árboles le crecen encima"...



Y llegamos, por fin, por el cauce del tiempo, a desembocar en el valle del Rimac, allí donde las fuerzas reaccionarias de la contra revolución, finiquitada la era del mestizo étnico, se concretan, depuradas de su arrastre centenario, en la figura menuda y repulida de Augusto B. Leguía.

Perú es inexhausto emporio de riqueza. En la superficie y en el subsuelo, en la alta puna y en los valles, la entraña generosa de la tierra se abre como un seno fecundo para brindar el venero inagotable de su savia o de sus ocultos tesoros.

Aquel hombre pequeñito, de manos velludas ejerció, en otros tiempos, el oficio de corredor de una compañía extranjera. Era un intermediario admirable en el arte de trasegar el dinero del bolsillo de los peruanos a los cofres fuertes del rascacielos neoyorquino, asiento de la tentacular empresa. El oficio le afinó los sentidos, pulió su vocación, perfeccionó su arte de prestidigitador internacional que transforma en dólares el ahorro y el sudor del pueblo peruano.

Cuando llega, pues, a la presidencia de su patria, lleva consigo un lote formidable de conocimientos y de experiencia que le permitirán seguir ejerciendo, desde la primer magistratura del país, el oficio de alto intermediario que entrega, ahora, el país mismo, a sus antiguos principales de la Quinta Avenida.

El experto corredor de seguros sólo percibe un cambio de decoración al pasar de su escritorio de comisionista al despacho gubernativo. Después de las primeras fintas de exploración advierte que el pueblo que gobierna no es muy diferente al que le colocaba pólizas. Le toma el pulso y no le teme ya. Fácilmente ha percibido que en su conciencia se ha apagado la chispa revolucionaria, la de la rebeldía, cubierta por las cenizas que arrastra la persistente cultura an-

tisocial y desmoralizante que finca en los privilegios del dinero la razón de ser de la vida.

Leguía es así la más depurada personificación del diabólico nexo que necesita la expansión del imperialismo amonedado para obedecer a su ley y cumplir sus fines. Es, más que ninguna otra cosa, la representación acabada del impulso contra revolucionario de nuestra época. Leguía, como los otros dictadores contemporáneos, dictadores del dinero, no pueden ser comprendidos en la definición de Blanco Fombona, cuando supone a los pueblos montes a los que los grandes árboles le crecen encima.

Son, por el contrario, expresiones negativas de su grandeza. Como el guijarro que desvía el curso del torrente, su ínfimo valor moral alcanza también a torcer el curso de la historia. Cumplen su misión representando, quizás, un momento de la desviación del alma colectiva, pero su presencia no puede tener para la historia otro significado que el de traer a la superficie la forma humana de los instintos antisociales que se oponen al integral desenvolvimiento del impulso revolucionario.

Estos dictadores del dinero son, en América, intelectualmente irresponsables. Sus actos y sus resoluciones no obedecen a ninguna construcción moral. A no ser por los efectos de sus inevitables violencias, serían sujetos a los que pudiera representárseles como a la entraña menos noble de la fisiología humana, recurriendo, para la satisfacción de sus inferiores apetencias, a los más burdos mimetismos del instinto.

Son astutos y cobardes sin saberlo; sin quererlo, además, desde que las virtudes y los vicios humanos no tienen en sus almas fronteras morales. Como el dinero simbólico, se diría que carecen de la sensación afirmativa de la estabilidad. Valen lo que un título bursátil, por el valor que le



atribuyen los otros, y no a la luz del día, sino en la sordidez de los cofres que atesoran las ganancias mal habidas.

Han nacido deformados espiritualmente, cumpliéndose en ellos el salto atrás de la degeneración atávica. Representan, en la evolución, el oscuro período que singulariza a la preeminencia del mestizo que antes fué, racialmente, el nexo entre España y América y que hoy es, intelectual y socialmente, el instrumento de que se sirven los imperialismos dominantes para filtrarse y accionar, vencer y corromper la conciencia revolucionaria latente en el fondo de la estructura americana.

El mestizo, "fruto del ego indio y del alma española", traduce en sus rasgos físicos la ambigüedad de su mundo espiritual. Pero el aluvión de las edades ha borrado de su frente el tilde distintivo y apaga, en los ojos, el reflejo incidente de la fusión. La armazón ósea, la envoltura carnal que la cubre, las proporciones anatómicas y las medidas faciales no admiten, hoy, diferencias. Biológicamente ha desaparecido el eslabón racial.

Moral y éticamente, no. El "mestizo intelectual" sobrenada en tierras de América, arrastrado y no asimilado por el torbellino de la civilización transformadora.

El mestizo racial "es sensual, caprichoso, turbulento, traidor y no es un gran soñador ni un apasionado hombre de acción porque la voluntad humana en él es confusa y oscura". De la fusión del indio y el español ha de surgir, entonces, una psicología calculadora y torva: el ímpetu hispano se mezcla a la abulia india y pierde su pureza; y a su vez la astucia india enturbia su ingenua simplicidad asimilando la insidia de la ambición conquistadora.

La emancipación de América tuvo por líderes a criollos puros: San Martín, Bolívar, Artigas, luchadores internacionales.

Contra ellos, contra su clara definición ética y política, contra su obra que prometía nuevos horizontes a la aptitud positiva, se alzó la conspiración de la mediocridad sin alas, de la ambición sin méritos. Es el mestizo de alma solapada, traidor, venal y ambicioso, el que urde la conjuración de los apetitos que obligan a Artigas, Bolívar y San Martín a morir, negados y perseguidos, en el destierro.

Desde entonces nuestra conciencia revolucionaria se eclipsa o se corrompe temporariamente. Mestizos étnicos todavía: Rosas, García Moreno y Gómez, aseguran su espuria hegemonía con el lazo emocional que sirve para anudar, al símbolo del poder, el alma de los pueblos.

Hoy, en cambio, que es el ciclo del mestizo intelectual, legítimo heredero del otro, lo vemos surgir del fondo de los escenarios aborígenes, favorecido por las sombras, para arrebatar a sus auténticos sustentadores, la antorcha de la revolución.

Por eso desfilan ante nuestros ojos, abiertos hoy a la luz, como sombras de la historia destinadas a revelarnos la esterilidad de sus vidas perturbadoras, áridas como el desierto, ríspidas, duras, infecundas, negación categórica del fuego sagrado que ilumina a las verdaderas creaciones de la Revolución, crisol de América.

En Perú las riquezas naturales sirven al dictador moderno para asentar su solio: el oro, el cobre, el vanadio, el café y el azúcar han de dar el oro suficiente para comprar las adhesiones necesarias para el plan de perpetuación. Se volverán dóciles todos los resortes del poder: el parlamento, la prensa, la justicia, los patriotísimos generales y los incorruptibles coroneles... Y el progreso material encubre, entonces, la abyección del oprobioso cohecho: vías férreas, carreteras, monumentos — ¡hasta escuelas! — se instalan ante el aplauso de la claque interna y el comentario elogioso de la opinión extranjera, ni más sincera ni más honrada que la otra.



Fuera del Perú, la escena se repite. Si no hay riquezas naturales que mercar, ha de haber, en cambio, reservas en los bancos del estado, actividades explotables de la locomoción y el transporte, del tráfico marítimo o fluvial, de los servicios públicos indispensables, que se transforman en el precio sonante y contante de la siniestra capitulación.

Esta es la victoria del mestizo intelectual, heredero legítimo del otro, que malogra o traiciona el esfuerzo del americano, puro de alma y pensamiento, abriendo camino a la conciencia revolucionaria de frente y en campo abierto.

Como el otro que aprendió en la espesura del jaral a crearle paciencia y uñas a la ambición, este mestizo de ahora aprende, también, a agazaparse cuando el empuje civilizador lo asedia. Pone sordina a sus pasiones y retrocede, en una mimetización admirable de los movimientos del tigre, buscando, a la sombra de los grandes árboles de la selva, la ventaja impune de la alevosía.

A la sombra de las altas representaciones del pensamiento revolucionario americano, surgen, maniobran y medran también estos alevosos ejemplares de la contra revolución.

Nada definimos ni clasificamos al respecto. Ni aun intelectualmente puede interpretarse como una absurda reacción "chauvinista" la fijación del carácter especialísimo que revisten, sin una excepción, nuestros dictadores del dinero. Caracterizan un "modus operandi" de tan sorprendente afinidad en los antecedentes y en los resultados que hay, por fuerza, que estudiarlos como clase y especie diferenciadas por los rasgos característicos que los asemeja y hasta los solidariza según es notorio, en un frente común de recíproca asistencia.

Nos limitamos a exhibir, pues, a la luz de la opinión, esta verdad no del todo revelada a la apreciación del pueblo: la felonía y la traición, el gesto impúdico del gobernante de hecho, simulador de democracia, y la venalidad del hierofante, universitario o no, que lo justifica o exalta, son el fruto legítimo de una impureza de alma que debe tener, por fuerza, un origen disociador en el ambiente que forja la revolución emancipadora de América, el más vasto escenario geográfico que ofrece en la historia de la humanidad, la uniforme reiteración del principio democrático.

Su quebrantamiento no es obra de los pueblos sino de quienes los traicionan, de quienes alteran el ritmo dado al impulso inicial emancipador, cuya continuación en el tiempo y el espacio sólo podría traducirse legítimamente en más libertad y en más democracia.

La tradición bolivariana, sanmartiniana o artiguista pierde pureza por la impureza irredimible de quienes, en vez de ser sus intérpretes son, precisamente, sus negadores. La sustitución adquiere contornos trágicos porque a la vista de los asombrados ojos de América se ofrece el espectáculo de la derrota práctica de sus impulsores en tanto triunfan, asidos a sus mismos principios, los elementos que un sino desconcertante destina a personificar la cabal reencarnación del espíritu contra revolucionario.

Esa es la verdad concreta y simple que surge del análisis cualitativo del atorbellinado existir de la democracia americana. La revolución que intenta fijarla a nuestro suelo, no sólo no ha terminado, sino que está detenida por la presencia de un elemento perturbador del claro y creciente pulso con que se inicia: la interferencia insidiosa del mestizo étnico, antes, del mestizo intelectual, ahora, instrumentos de la contra revolución, brazos ciegos con que ejecuta su designio reaccionario el sedimento psíquico que todavía no alcanza a disolver el raudal clarificador de la selección y la cultura.



Proclamamos, pues, el deber de preparar a las generaciones presentes para la recuperación de su conciencia revolucionaria y la identificación del moderno ideario político y social con la tradición emancipadora. No sólo no hay entre aquel y ésta, distancias insalvables sino que, profundizando su conocimiento, se interpone únicamente entre uno y otra la disimulada presencia de las corrientes contra revolucionarias.

No es, entonces, una afirmación sin sentido la que se alza en el sector más avanzado de la opinión mundial, proclamando la necesidad de no abandonar en manos de la reacción los límpidos estandartes que tremolan, en las suyas, los pueblos lanzados a la conquista de sus libertades.

Thorez, secretario del Partido Comunista francés, penetrando el profundo sentido de un vínculo que no puede ser negado sin negarse la raíz misma de donde recoge el jugo vital la conciencia revolucionaria de su pueblo, acaba de hacer esta sugerente declaración:

"Reclamamos para la clase obrera la herencia revolucionaria de los jacobinos y de la Comuna de París. No le abandonaremos al enemigo la bandera tricolor de la gran Revolución Francesa ni la Marsellesa, el himno de los soldados de la Convención".

Y bien: reinvidicamos nosotros para el esfuerzo que se tiende frente a las situaciones desnaturalizadoras de nuestra democracia, la misma conciencia revolucionaria que anima a la gesta emancipadora, la que dicta las Instrucciones del Año XIII, la que enciende el heroísmo espartano de los Treinta y Tres, la que da el grito de "Libertad o Muerte!", la que amenaza, en nuestro himno, con el puñal de Bruto a los tiranos y prolongándose en la cumplida realización de

su destino va, después, en gloriosas rebeliones, desangrándose en las cuchillas o armando el brazo de iluminados magnicidas en la ciudad.

La revolución de 1897 es, entre aquellas, manifestación categórica de su generoso aliento; el disparo de Avelino Arredondo es, entre éstos, concreta pulsación de su existencia.

## II

### Bordismo y terrismo

El 1.º de Marzo de 1894 estaba la Asamblea General reunida para proceder a la elección de nuevo presidente de la República por cesar en su mandato el doctor Julio Herrera y Obes.

Finalizó ese día, sin embargo, y no fué posible designar al ciudadano que debía reemplazar al doctor Herrera y Obes. Presentes 85 legisladores, don Alejandro Chucarro consigue 42 votos, 40 don Tomás Gomensoro y 1 don José María Muñoz.

Ninguno, pues, de los candidatos votados alcanza al mínimo de 45 sufragios necesarios por precepto constitucional para ser proclamado.

Hasta el 21 de Marzo siguió sesionando la Asamblea General, efectuándose durante ese tiempo 40 votaciones sucesivas, obteniendo en el último día citado 47 votos don Juan Idiarte Borda, integrante, dentro de la relatividad del término, del sector parlamentario independiente de la época.

Durante los llamados "21 días", que así se les conoce en la historia, todos los batallones de la guarnición formaban en la Plaza Constitución y sobre la calle Sarandí, mandados por los generales Miguel A. Navajas y Casimiro García, que habían encabezado como comandantes de batallones el motín latorrista de Enero de 1875.



Se seguía gobernando, pues, al país e influyendo en los actos más diversos de su vida política, con la exhibición amenazadora de las bayonetas.

Esos fueron los famosos "21 días", propios del ambiente que germinó la candidatura presidencial de Borda.

Se atribuyó su triunfo a la influencia del doctor Herrera y Obes, su predecesor, quien obedeciendo a la ley fatal que impulsa a todos los oligarcas, presumió con este procedimiento prolongar, de hecho, su ascendiente personal en el gobierno.

Lo que se explica, desde que al propio Herrera y Obes le fallase el plan de reformar la Constitución como medio de salvar el impedimento opuesto a su acariciada reelección.

Cuarenta años después hemos visto cómo, más afortunado que Herrera, Terra duplica su mandato por el procedimiento expeditivo de la reforma constitucional que a aquel le fallara.

Al nuevo presidente de los orientales, proclamado su triunfo, no le basta el juramento prestado de respetar y hacer respetar la Constitución, sino que, con voz emocionada y solemne ademán, agrega estas palabras:

"Siento en este momento verdaderamente histórico para mí la necesidad suprema de manifestaros que en el desempeño de las funciones del cargo con que he sido investido, será mi norte y no me guiará otra aspiración, que el bien de la patria, el respeto más sincero por las prescripciones de nuestro Código político que acabo de jurar y el fiel y exacto cumplimiento de las leyes que haya dictado o que dice en virtud de su voluntad soberana la Honorable Asamblea General".

Promesa igual a la de todos los oligarcas en potencia, que sienten ya, al pronunciarla, el retozo anticipado de la

taimada fruición con que han de quebrantar, después, el propio juramento.

Al finalizar el año 1894 circularon con insistencia versiones de estallidos revolucionarios y de pronunciamientos militares.

Para destruir los rumores de revolución el nuevo gobierno vació en el clisé inmodificado del léxico circunstancial, común a todos los situacionismos similares, una comunicación a los Jefes Políticos de la época, la que empezaba literalmente así:

"La autoridad policial debe hacerse temer con severidad inexorable del malhechor que perturbe la tranquilidad y lleve la amenaza y la alarma al seno pacífico de nuestros habitantes".

Firmaba la comunicación el entonces ministro de Gobierno, que lo era Miguel Herrera y Obes. Antes como ahora era, pues, un malhechor para el criterio oficialista el ciudadano rebelde que perturba, no la paz del país, sino su propia tranquilidad y que lleva además, la alarma y la amenaza, no a los pacíficos habitantes, sino a los aprovechados detentadores del poder.

Para destruir, luego, los rumores de pronunciamientos militares, el gobierno bordista echa mano, igualmente, al obligado recurso de todos los regímenes de su calidad, clase y origen: la demostración ostensible de que la fuerza militar "está con el superior gobierno".

A tal fin, al cumplirse el primer año de su mandato Idiarte Borda dispone que en la noche del 21 de Marzo de 1895, el ejército desfile, con los jefes a la cabeza, por frente a su domicilio, portando hachas encendidas.

Esta "Marche au flambeaux" ya no se estila, no es nesaria en nuestros tiempos: basta y sobra la visita periódica de jefes y oficiales, apretujados en los jardines de la man-



sión presidencial oyendo las exhortaciones edificantes del jefe supremo del ejército, concitándolos a la defensa de la bandera y de la patria con la misma unción con que del otro lado de los Andes también Leguía reclama a sus generales y coroneles años antes el juramento sagrado de defender el suelo inca o perecer en la demanda.

Con todo, se produce en Noviembre de 1895 la primer invasión de Aparicio Saravia, registrándose una sola acción de guerra que cuesta a los revolucionarios 8 muertos y 10 heridos. Fué aquello simplemente un "raid" y del cual el jefe revolucionario sacó una decepcionante experiencia, como veremos más adelante, respecto a la colaboración que podía esperar de las personalidades influyentes de su partido.

En la estación ferroviaria de San José fueron encontrados por la policía del régimen varios envases conteniendo bombas explosivas, localizándose la entonces Villa de Dolores, como posible lugar de procedencia.

Saravia repasó la frontera brasileña, la conmoción revolucionaria cesó poco después y el gobierno bordista sigue disfrutando de esta manera un ambiente de paz virgiliana, recuperado sin emplearse mayormente a fondo para conseguirlo.

**Lo que era el bordismo**

A través del tiempo y de una tendenciosa versión de los acontecimientos, la crónica y la historia proyectan al presente la situación bordista como debatiéndose en una asfixiante impopularidad y hundiéndose, cada día, en el tembladeral de sus continuos e irredimibles desaciertos.

El tiempo simplifica y la historia ordena, después, como por decantación mecánica, las situaciones políticas que, como las presididas por Borda, merecen, a posteriori, la

condenación universal de la ciudadanía. Por eso la tradición oral, copia corregida, en estos casos, de la escrita, va enhebrando de generación en generación tan sólo los hechos determinantes de la sentencia de repudio ya dictada por el sentido moral de la sociedad.

Al presente, pues, se tiene del gobierno de Borda la noción equivocada de que nada hizo por justificar su razón de ser, por legitimar su funcionamiento y prestigiar su administración.

De tal suerte que en el tiempo transcurrido desde el 21 de Marzo de 1894 hasta el 25 de Agosto de 1897, día en que es muerto el jefe de Estado, ni éste ni sus colaboradores no han hecho otra cosa que renovar a diario las manifestaciones de su ineptitud gubernativa.

No es esa la realidad, sin embargo.

Funciona el Parlamento y llena, con tanta formalidad como el de ahora, sus cometidos; hay un ministerio que, como el gabinete actual, se reúne, delibera y acuerda; un Poder Judicial ni más ni menos celoso de sus fueros jurisdiccionales que el presente; prensa de oposición tenaz y brillante en su prédica demoledora, enfrentada a diarios oficialistas bien escritos, correctamente presentados, además; un pueblo, en fin, unánime en la exaltada condenación del régimen que lo deshonra y otro pueblo silenciosamente resignado a su destino, colaborador voluntario o a la fuerza del sistema imperante y de los hombres que lo erigen en gobierno.

A no engañarnos, pues!

A no suponer en la época presente cosa hacedera la organización eficaz de las fuerzas opositoras frente a un adversario, el oficialismo bordista, que no atina a defenderse, a justificarse, a luchar para sobrevivir!



De otra manera habría que admitirse ante la inepcia total de un oficialismo así, una incapacidad mayor en el pueblo que no supera el débil obstáculo opuesto a la recuperación de su soberanía.

Se arguye que la sola adhesión de la fuerza armada es lo que permite a nuestras oligarquías sobreexistir a los embates de la opinión pública.

Esta afirmación es parcialmente exacta.

Pero la fuerza armada misma con ser, como es, de una torpeza intelectual sorprendente en las organizaciones políticas de Indo América, sería sacudida en la propia simplicidad mental con que se complica en los gobiernos de hecho, si frente a éstos la oposición democrática se alzase como la voluntad totalizada de la nación.

Y no es así porque la experiencia y la observación muestran que el poder descrecional erigido sobre las ruinas de la legalidad, cuenta con la adhesión franca, la simpatía manifiesta o la neutralidad benévola de un alto porcentaje de la opinión ambiente que refluye, por los caminos del éxito, a cobijarse al calor del nuevo sol que se levanta.

No incurrimos con esta figura en un tropo vulgar. Define ella, con exactitud gráfica, un estado ambiental que es la verdadera gangrena que descompone al organismo, no ya político, sino social, de nuestros pueblos.

No es "el político" el venal y el corrompido. No es, tampoco, el partido el inadaptado y el incivil; no es, igualmente, traidor y perjuro el cínico mandatario que exhibe el impudor de sus desdoblamientos como si fueran esquemas morales del proceso que exige la depurada resultante de una conciencia honrada. ¡No! El mal es más hondo, más trágicamente profundo.

La raíz está en el complejo social y no en el político. Nuestros partidos mucho han hecho con haber recimentado conceptos históricos integrales como los de nacionalidad y ciudadanía; como los de gobierno y oposición.

Pero nuestros grandes partidos tradicionales son perturbados en su evolución natural por la influencia contra revolucionaria, que no se sitúa, exclusivamente, en ninguno de los dos bandos sino que, como un virus migratorio, infecta a la vez ambos campos de lucha.

Blancos y colorados no tienen diferenciación genérica. Aparte de una leve coloración "liberal" en materia religiosa que puede advertirse en el Partido Colorado, no puede olvidarse que su caudillo epónimo, Venancio Flores, embraza el estandarte de la cruz, ofendido el signo sagrado por la heregía de un gobierno blanco, el de Bernardo Berro.

No hay, pues, una delimitación social categórica que separe a los bandos políticos ya vertebrados. Ni uno es liberal ni el otro católico; ni avanzado éste o reaccionario aquel. En forma larvada, si acaso, existe un agrupamiento de impulsiones afines que no salen del estado informe en que se agrupan las colonias de infusorios en la gota de agua.

Debajo de las actitudes de ambos partidos son, por consiguiente, las fuerzas negativas del progreso social las que se mueven, las que imponen los efectos de su oculto señorío. Y así, repetimos, no es venal el político sino el hombre; no es traidor y perjuro el funcionario sino la personificación de los fermentos antisociales que representa.

Alrededor de ambos han de agruparse, en consecuencia, los caracteres afines, los apetitos comunes: los ignorantes, lanzados directamente y sin embozo, al logro de sus fines; y los hombres ilustrados, instrumentos afinados de la reacción, maestros en el arte del disimulo y la hipocresía.



Todos son así patriotas, demócratas, obreristas, desinteresados y libres en sus proclamas, actos, discursos y proyectos en tanto la patria, la democracia y los obreros son objeto diariamente de atentados y negaciones que sólo traducen la satisfacción de reacciones egoístas y la declinación del verdadero espíritu de libertad.

No asombre, por lo tanto, que en Agosto de 1895, al año y meses de asumir la presidencia Borda, apareciese en la prensa de oposición de la capital el anuncio siguiente:

"Club Colorado Rivera. — Se invita a los señores socios y al público para la conferencia que dará el señor don Fernando Sierra. La conferencia versará sobre el tema siguiente: "El Partido Colorado no gobierna".

Hace apenas una semana, sin embargo, que el club nacionalista "Juan P. Salvañach" había sido asaltado por marcianos de golilla colorada ante la absoluta pasividad de la policía.

Alrededor de Borda como de otros presidentes y de otras situaciones semejantes, se agrupa, pues, un conglomerado político que no es, en síntesis, más que la traducción objetiva de las oscuras fuerzas disociadoras que se oponen al imperio depurado de la justicia social.

Blancos y colorados sirven esa situación. Más propio fuera designarles con la denominación común a todos los componentes de la sociedad que no han hecho de sus vidas construcciones armoniosas al servicio del bien; ni han disciplinado sus instintos, ni educado sus impulsos más de lo necesario para disimular la permanente apelación de su presencia.

Y el gobierno de Borda no es, por esa causa, una oligarquía ciega y torpe, cavando, cada día más honda, su propia fosa. Es un gobierno espurio, pero que, precisamente, se defiende de la oscuridad de su origen; es venal, pero brega porque se le crea honrado; es perturbador del progreso, nega-

ción de la prosperidad, pero hace obra y se empeña en aparecer a los ojos de la opinión acelerando el ritmo del progreso y volcando sobre el país el cuerno de la abundancia.

Veamos si con un breve resumen de lo que hace al respecto podemos trasmitir a nuestros lectores el secreto de por qué esta clase de situaciones no se derrumban al nacer, ni son barridas de un manotón por las recias y fundadas oposiciones populares que suscitan.

En 1895, bajo el gobierno de Borda, se inician los estudios para la construcción del Puerto de Montevideo. La empresa Luther los inició de acuerdo a un contrato por el cual el Estado le abonaría la suma de 110 mil pesos. Desempeñaba el ministerio, de Fomento entonces, don Juan José Castro, cuya ilustración no podía ser puesta en duda.

Bajo el gobierno de Borda se construyeron 20 puentes en el año 1895 y 65 en 1896 contra 18 en el año 1894.

Se reparan, además, 314 caminos en 1895 y 294 en 1896 contra 124 en el año 1894, antes de iniciarse el nuevo gobierno.

Es el gobierno de Borda el que crea el Departamento de Ganadería y Agricultura adscrito al Ministerio de Fomento. La creación comprendía la refundición en un solo organismo de la Oficina de Inmigración y Colonización, Escuela de Agricultura de Toledo, Sección de Marcas y Señales y Comisión Nacional de Avicultura.

En 1895 se llevó a cabo la Gran Exposición Nacional que patrocinó la Sociedad Rural. El gobierno prestigió el acto y el Congreso de Ganadería y Agricultura, que se reunió en el local de la Exposición bajo la presidencia del doctor Carlos María de Pena, votó importantes ponencias.

En 1896 el gobierno de Borda aprueba los estatutos de la Refinería y Destilería del Uruguay; rebaja el impuesto a la importación de arpillera del 25 o|o al 10 o|o para estimular la fabricación local de bolsas y se eximió de todo derecho a la importación de fibra vegetal destinada a la fabricación de papel; como asimismo se autorizó la devolución del impuesto interno de consumo a las fábricas nacionales por la cantidad de cerveza que exportasen.



La Grandiosa Exposición Internacional de Chicago brinda al situacionismo bordista magnífica oportunidad para destacar la eficiencia de su gobierno.

El jefe del Departamento de Premios, sección Artes Liberales, J. M. Gibbons, estampó en el álbum que estaba a la entrada del pabellón, estas palabras:

"En medio de todo lo más adelantado está la pequeña, pero vigorosa, gigante Uruguay".

La vicepresidente del Congreso General, Sección Educación, baronesa de Wilson, escribió esto otro:

"Loor al Uruguay y a sus hijos que han invadido de lleno el hermoso camino de la ilustración y el trabajo".

Transportémonos al ambiente y comprendamos que habrían de ser inseparables el elogio al Uruguay y la consideración de que su progreso y engrandecimiento eran obra exclusiva de su gobierno.

Tal cual ocurre ahora.

Cubierto el Empréstito Uruguayo por $ 7:834.900 para la fundación del Banco de la República, éste empezó a funcionar en Octubre de 1896. De su primer Directorio forman parte José María Muñoz, Eduardo Rolando, José María Irisarri, Federico Capurro, Diego Pons, Manuel Lessa y Juan Maza. Preside el primero de los nombrados.

Y por no ser menos que el de ahora, también el gobierno de Borda anuncia un superávit, de laboratorio, en el presupuesto. En su mensaje a la Asamblea en 1895 se ufana de que el ejercicio 1894-95 había cerrado con un déficit de $ 1:042.81. En cambio — agrega — para el ejercicio sub-

siguiente presenta un presupuesto de $ 13:645.000 con recursos calculados por $ 15:350.000 o sea un superávit de $ 1:700.000.

Se sabe, no obstante, a qué quedaron reducidos esos saldos favorables de la administración!

Otro dato estadístico desconcertante lo ofrece la creciente riqueza del país bajo un gobierno de ruina.

En efecto, en 1895 denuncian los contribuyentes orientales un capital de $ 138:733.167 y al año siguiente ese capital sube a 143:399.920.

El capital extranjero por su parte no huye, pues sumando en 1895 $ 137:072.848 al año siguiente se fija en $ 137:555.801.

Leyes de jubilaciones son presentadas en 1896. El Dr. Antonio María Rodríguez proyectó la de los empleados civiles en general y el Dr. Evaristo Ciganda para los Inspectores y maestros de Enseñanza Primaria. Esta última fué votada el mismo año que se presentó.

Es el gobierno de Borda, además, el que cede una chacra fiscal de más de 100 hectáreas situada en Paysandú para la fundación de una escuela agro-pecuaria.

En Marzo de 1896 se inauguró el Instituto de Higiene Experimental, habiéndose contratado al efecto al doctor Sanarelli, una eminencia médica, al que se le paga un sueldo anual de 20 mil francos y 400 pesos mensuales para gastos de laboratorio. Era el Uruguay el primer país de América que planteaba un establecimiento de su clase.

Por primera vez, también, se aplican en el Río de la Plata los rayos Roentgen y corresponde ese honor al catedrático de Física, doctor Claudio Williman y a su ayudante, el bachiller Angel Maggiolo.

La legislatura bordista votó también una subvención de tres mil pesos a la librería Barreiro, casa editora de la obra



histórica de don Francisco Bauzá y acordó al pintor Carlos María Herrera una beca de 960 pesos anuales para perfeccionar sus estudios en Europa.

Y uniendo lo bello a lo útil, el régimen bordista dispone, también, nada menos que por iniciativa de la Jefatura Política de Montevideo, la creación de dos Juzgados de Instrucción para entender, como su nombre lo indica, exclusivamente en la instrucción de los sumarios.

La Asamblea bordista "moralizó" el ambiente administrativo, estableciendo que el gobierno no podía otorgar contratos de alquiler o arrendamiento por mayor tiempo que el correspondiente al período presidencial del otorgante en nombre del Estado; otra ley dictó declarando propiedad exclusiva de los beneficiarios, el seguro de vida cubierto a favor de los herederos, por lo que no responde, en ningún caso, a los créditos que el causante dejara pendientes a su fallecimiento. Era una ley destinada a estimular el seguro de vida.

Igualmente es aprobada otra iniciativa destinando 4 hectáreas de terrenos fiscales en Punta Carreta para la construcción de la Cárcel de Mujeres y Asilo Correccional de Menores.

Una comisión de señoras presidida por doña Matilde Baños de Idiarte Borda, esposa del presidente, organiza suscripciones populares y kermeses con tal fin, recolectando la suma de $ 32.038.

La Asamblea General bordista, a pedido de la Junta Económica dicta la ley creando el escudo de armas de la ciudad de Montevideo.

El doctor Alberto Gómez Ruano, director del Museo y Biblioteca Pedagógicos, después de un viaje a Estados Unidos obtiene autorización para adquirir cinco estaciones meteorológicas: una fué destinada a Mercedes, otra a Rivera y las tres restantes quedan en la capital. Poco después la misma

Asamblea bordista crea la Dirección General del Servicio Meteorológico Nacional.

A su vez la Junta Económica Administrativa, hechura fiel del régimen y su máximo representante (como ahora) no queda atrás y procede a una importante reforma en el Laboratorio Químico Municipal, dividiéndolo en dos secciones: la química y la bacteriológica. No pareciendo poco lo hecho a favor de la salud pública, se dirige de nuevo a la Asamblea para pedirle una ley que reglamente el análisis de las sustancias alimenticias y se apliquen sanciones a los comerciantes mayoristas y minoristas que expenden mercaderías no aptas para el consumo.

El Ejecutivo bordista, por no ser menos, resuelve favorablemente una gestión del entonces Consejo Nacional de Higiene para que se declare obligatoria para los médicos la denuncia de enfermedades infecto contagiosas; y llevando aun más allá su celo en la organización de la lucha contra los flagelos, en 1895 refunde el Consejo de Higiene Pública y la Junta de Sanidad Marítima en una sola corporación que es el aludido Consejo Nacional de Higiene.

Qué más?... Hemos espigado sobre la obra bordista más saliente y sugeridora. La enumeración objetiva, sin aditamentos prestigiadores, impresiona, aun ahora, bastante bien. Es el anverso de la medalla. Piénsese, entonces, en la prensa oficialista de la época glosando estas realizaciones positivas del gobierno; imagínese, un momento, a la claque y a los admiradores espontáneos — que los hubo, también — laborando y manipulando estas realidades y muchas otras, con el estímulo de la prebenda o del entusiasmo verdadero y se deducirá que hasta las peores oligarquías se apoyan, en nuestro medio, en algo que no es tan sólido como la honrada opinión pública; pero que, circunstancialmente más fuerte o más hábil, la vence y la desplaza.



Véase, en efecto, el tenor de las jaculatorias palaciegas en esta muestra que extraemos del diario oficial "La Nación":

"Ante la sonrisa bondadosa del Presidente Idiarte Borda y su amabilidad exquisita, no hay ni puede haber ceños fruncidos ni labios apretados".

Y es, por ventura, menos optimista la prensa oficial de entonces que la actual para apreciar las condiciones del país bajo el régimen?

Leamos otra vez "La Nación":

"Poco a poco irán saldándose los presupuestos vencidos y cuando esto se haya verificado, el tesoro nacional, lejos de estar agotado presentará el fenómeno de guardar en reserva una suma por cierto no despreciable que contribuirá a realzar el crédito de la nación".

"En resumen — dice en otra parte — la situación general económica ofrece caracteres generales de firmeza".

En cambio, véase respecto a la verdadera situación de las finanzas y a la manera cómo se saneaban, esta revelación hecha por un personaje de la época, el doctor Carlos María de Pena, sobre la contratación de un empréstito, uno de tantos, con que se expoliaba al país.

Dirigiéndose al cónsul inglés que informa sobre el incierto destino de un préstamo obtenido de la casa Baring, de Londres, contesta aquel:

"Nadie mejor que los Baring podrían informar al señor cónsul sobre el rumbo de los 9 millones... Los Baring hicieron el empréstito a 84 y medio por ciento y cobraron además por comisiones, corretaje, etc. $ 589.414.64 Se quedaron, pues con $ 2:055.414.64".

La impresión dominante en Montevideo es que los dineros públicos no sólo se administran mal como resulta de

la precedente confesión del doctor de Pena, sino que se derrochan y dilapidan.

No son ya "El Nacional" de Acevedo Díaz ni "El Día" de Batlle los órganos periodísticos que sostienen una fundada y brillante campaña opositora al respecto: la prensa de campaña y otra de menos significación de la capital misma, arrecian sus ataques al gobierno.

Un diario de Salto, "La Prensa", bajo el título de "Y hablan de Santos!" dice por ejemplo, esto:

"En sólo los últimos días del mes anterior el honrado don Juan Idiarte Borda, Presidente del Uruguay, ha invertido 190 mil pesos oro en la compra de propiedades.

"Si sigue "ahorrando" con tal facilidad, dentro de un año será más rico que Santos, de quien se dijo con razón, que había vaciado las arcas del Estado en su caja particular".

"Montevideo Noticioso", refiriéndose a los escándalos denunciados con motivo del alojamiento de pasajeros en la Isla de Flores, hace una cruda publicación que encabeza con estos elocuentes títulos:

"Los piratas de la Isla de Flores. — Robando a los pasajeros. — ¿Para quienes es la cárcel? — Un Gobierno corrompido".

El final de la publicación dice así, dirigiéndose a los gobernantes bordistas, tal cual, aunque en términos menos crudos, la prensa de oposición de actualidad se encara con los representantes del régimen ante el descubrimiento de escándalos administrativos similares:

"El Lazareto produce noventa mil pesos mensuales. — Están ellos interesados en el negocio?... — No quisiéramos creerlo, por más que las apariencias lo dan a entender".

No admite, el lector, similitud sorprendente entre la existencia y la denuncia de ese negociado con la existencia y los términos en que es denunciado en nuestros días, y di-



cho sea por citar un solo ejemplo, el escandaloso "affaire" de la Administración Nacional de Combustibles Alcohol y Portland?

En cuarenta años de evolución la oligarquía nativa nada ha aprendido, pues, en la aplicación de sus métodos depredativos!

### Antes y ahora: militarismo

Los resultados de la investigación cometida a una "comisión de la lista militar", arrojaron en Octubre de 1896, la existencia de dos mil seiscientos treinta y seis jefes y oficiales en el ejército de la República.

Un periodista opositor haciendo números sobre la base de tales datos, sacaba en limpio que, por cada 37 ciudadanos hábiles que entonces había en el país, corresponde un jefe u oficial revistando en el escalafón y ganando sueldo.

Se justifica tamaña anormalidad teniendo en cuenta que es el ejército, antes y ahora, fundamento principal de estas situaciones.

Aceptemos, pues, sin asombrarnos, la realidad que nos presenta la "comisión de la lista militar" y admitamos, igualmente la mutua devoción con que ejército y oligarcas celebran sus nupcias por medio de una permanente exacción al caudal público. No han de faltar, tampoco, ceremonias rituales, juramentos a la bandera, medallas alusivas u órdenes del día de altisonante vocabulario, como escritas sobre el tambor y bajo el retumbo electrizante de la batalla . . .

Natural es, por consiguiente, que la prensa oficial consigne la noticia de que el 1.º de Marzo de 1895, los jefes y oficiales del batallón 3.º de Cazadores regalan al Presidente de la República una medalla de oro con esta inscripción en el anverso:

"Al enérgico y honrado Presidente don Juan Idiarte Borda, en su primer aniversario".

Y natural es, en consecuencia, que 40 años después se haya escrito esta "orden de la Inspección General del Ejército".

"Nada ha de faltar en el relieve de alto merecimiento con que la historia ha de juzgar a este gran ciudadano que gobierna a la Nación, pero si un detalle debiera completar su inmensa personalidad de estadista que sólo aspira la felicidad y engrandecimiento de su patria, este vil atentado habría rubricado en forma magnífica al caballero sin tacha".

Termina la "orden", aludiendo a un próximo desfile militar, diciendo que "el suscrito espera que vosotros tradurcais en vuestro porte marcial y en vuestra continencia la expresión de gratitud y adhesión al Presidente de la Repúlica". (Junio 3 de 1935).

A través de 40 años no sólo se tocan, todavía, las curvas máximas de la rusticidad espiritual acusada por nuestros militares a sueldo sirviendo de sostén a las oligarquías que deshonran a la Repúlica, sino que ni su mismo lenguaje, inspirado en las ideas primarias de inferior incondicionalismo, se pule o modifica.

Ni en tiempos de Borda ni en tiempos de Terra cambia, pues, la absurda mentalidad del ejército: sumiso mastín echado a los pies del dueño.

## III

### Prensa y opinión

De exprofeso no hemos reproducido en esta lijera evocación del régimen bordista un solo artículo de Acevedo Díaz, luchador de vigorosa pluma y acerado temple que llenó páginas admirables del periodismo opositor de la época.



Un sólo artículo suyo bastaría, quizás, para dar al presente volumen el tono combativo que deseamos no tenga en esta apretada síntesis de una época gubernativa, tan parecida a la actual en lo administrativo, en lo político y en lo moral.

Persiguiendo un fin didáctico y educativo a la vez, al establecer el paralelismo de las épocas no queremos para la de la oligarquía bordista, la desventaja de ser evocada bajo el asedio constante de una prensa viril que no le da alce y abre sobre sus construcciones, reales o ficticias, un fuego polémico demoledor.

Bien es cierto que, entonces, la libertad de escribir no sufría la mengua legal y material de una legislación represiva permanente. No existía, en efecto, una ley de prensa destinada a cohibir y amedrentar por el procedimiento indirecto de una amenaza constante sobre lo que es la fuente de producción del diario mismo: su taller.

Y la clausura del taller de un diario moderno, por la estructura especialísima de su administración y costoso sostenimiento equivale, prácticamente, a la declaratoria de su ruina sin beneficio para los ideales que representa o defiende.

Este fenómeno de la gran prensa actual que acepta se condicione su aparición a exigencias liberticidas del poder desbordado, no es exclusivamente americano.

Leyendo a Barthélemy en un comentario que dedica a la situación de España bajo la dictadura de Primo de Rivera, encontramos esta oportuna alusión:

"La prensa está tan estrictamente amordazada como en Italia. Los diarios continúan apareciendo, pero con prohibición de hablar de política. Los redactores políticos han sido licenciados. La censura es inexorable. Se léen las mismas cosas en un diario republicano, conservador, monárquico o liberal. La única protesta del público es permanecer fiel a un diario determinado en razón de su bandera, aun cuando

esa bandera esté momentáneamente arriada, esperando el día en que pueda desplegarse nuevamente".

'El pueblo permanece indiferente a este amordazamiento de la prensa. No se lleva a cabo ninguna tentativa de diario clandestino".

Las palabras finales son éstas, que reproducimos literalmente para que el lector aprecie en todo su vigor el valor chocante de las expresiones en la lengua original:

"Le peuple est resté indifférent a ce baîllonnage de la presse. Il n'y a eu aucune tentative de journal clandestin".

En 1929, pues, la prensa española acepta resignadamente las imposiciones de la dictadura y el pueblo español adopta una cómoda postura de resistencia pasiva ante la sagrada libertad que se le cercena.

No era esa, sin embargo, la conducta de la prensa española ni la del pueblo que la leía, cuarenta años atrás. Recuérdese, tan sólo, la figura apostólica de Nakens, el director, propietario y tipógrafo de "El Motín", jamás clausurado y jamás perseguido sin que, con redoblada energía, llevándose consigo la redacción y el taller, no apareciese la hoja revolucionaria, hoy aquí, mañana allá, llenando los ambitos de España, a pesar de la pequeñez de su presentación tipográfica, con el eco de su propaganda inextinguible.

Todavía en tiempos de Borda el mayor peligro a correr por la prensa opositora consistía en el riesgo personal del periodista, expuesto al puñal alevoso del asesino por comisión o al disparo anónimo hecho sobre seguro con un arma policial, y desde las mismas sombras que protegieron a los matadores de Tomás Butler.

Recordemos que la primer clausura de "El Nacional" de Acevedo Díaz se produce en 1895, al invadir, también por primera vez, Aparicio Saravia, es decir, estando ya el país convulsionado por la revolución. Debe constarse, además,



que el presidente Idiarte Borda llenó, como se hace ahora también, el requisito constitucional de comunicar a la Asamblea las medidas extraordinarias adoptadas consignando en el mensaje, como demostración inequívoca de su pulcritud legalista, que la imprenta de "El Nacional" había sido ocupada y clausurada por la policía "de la manera más regular y correcta".

Celo idéntico, por cierto, al revelado en la actualidad por la hipócrita ostentación legalista de un situacionismo no menos pagado de esas simulaciones formales del procedimiento.

Creemos, pues, firmemente, que si la prensa opositora de nuestros días sólo debiera afrontar en su lucha con el absolutismo político el riesgo personal de la persecución y la venganza, el periodismo uruguayo de la hora ratificaría la tradición valerosa que lo exalta, en el pasado, adelantando el pecho a la agresión impune de los sicarios del poder.

Demos, por consiguiente, al terrismo actual, el "handicap" de enfrentarse a la época bordista como blindado, por la ley de imprenta y el corte de corriente que inutiliza sus talleres, — a los efectos de una propaganda periodística que tendría, a no ser así, como la de "El Nacional", la doble virtud de ganar con sus razones las conciencias honradas al tiempo de soliviantar el ánimo público con la amenaza, viril y galvanizante, de la apelación a la instancia revolucionaria.

Tal es la ventaja de Terra sobre Borda: contra el primero sólo es posible una propaganda periodística dosificada, sostenida al diapasón que la discrecionalidad del poder tolera; en cambio contra Borda, modelos son de prosa vibrante y convulsionadora, los discursos de Acevedo Díaz y los editoriales de "El Nacional".

Y bien, a pesar de toda esa ventaja, qué mejor ambiente tiene la oligarquía de hoy sobre la de ayer?

¿Qué más hace este gobierno que el que, como ya hemos visto, requiere varias páginas de este volumen para contener una lijera enumeración de su obra en materia social, legislativa, cultural y económica?

Si alguna diferencia existe habrá de confesarse que se anota a favor del bordismo y no del terrismo, el que por actuar en un medio superior al de 1895 y por surgir su jefe de elecciones libres y puras, cabe exigirle, aun en la perpetración de los atentados de lesa soberanía, si no mayor, cuando menos igual entereza en las actitudes, a la vez que una decoración más inteligente aderezando la cambiante escenografía de sus simulaciones democráticas.

No es así, sin embargo. Y a pesar de no ser así, la conciencia revolucionaria pudo concretar su anhelo contra Borda en 1897 y no lo pudo, en 1935, contra Terra. El 97 estalla incontenible contra Borda y ese mismo año, además, paga éste con la vida el permanente desafío a la ciudadanía que importa su gobierno.

La innegable brillantez y oportunidad de algunas de sus iniciativas; la adhesión del clero y de las clases pudientes; la balanza comercial favorable; la ayuda indirecta, pero no menos eficaz, como ahora, de los indiferentes en materia cívica; el incienso diario que le quema una prensa ruidosa y efectista, ni menos hábil ni más torpe que la que hoy se organiza para exaltar las virtudes del "Excelentísimo Señor Presidente de la República", su patriotismo, su bondad, su talento, su elocuencia, su austeridad, su prestigio; ni las manifestaciones de adhesión fraguadas con elementos burocráticos bajo la amenaza de la persecución o el despido; ni esa pegajosa adherencia con que el ejército de línea se amalgama a estas situaciones y se convierte en su columna



vertebral, impidieron, sin embargo, que la conciencia revolucionaria se abriese camino ni que el destino de nuestra democracia se cumpliera en la total y armónica convivencia de la inspiración que concibe y el brazo que ejecuta.

Es que no hay oligarquía, por brillante que sea, que no se merezca una revolución; ni ante ningún oligarca, por menos oligarca que quiera ser, ha de detener el pueblo el rudo golpe de su mano vengadora.

## IV

## Un revolucionario de 1897

Don Antonio Paseyro, oriundo de Melo, llegó a Dolores cuando tenía 18 años. Su padre, gallego de origen, pero español de alma, desempeña el consulado de su país en Montevideo poco después de instalado en la capital con el propósito de atender la educación de sus hijos, que pasan de la docena.

Es un hogar modelo el suyo, impregnado de la clásica austeridad de los de antaño. Don José Paseyro, en las frías madrugadas de invierno, se levanta a las cuatro de la mañana, enciende la enorme y acogedora estufa y sentándose a la cabecera de la mesa, amplia y cordial, del comedor, toma la lección a sus hijos, da un vistazo a los deberes, corrige la dicción de los que inician los primeros balbuceos de los idiomas adquiridos.

Antonio, su décimo cuarto hijo, rebelde a la disciplina paterna y a la del colegio, pero ya armado de los elementales conocimientos para su edad — 17 años — decide abandonar los estudios y ser empleado de comercio.

Poco dura, sin embargo, en su nuevo destino. Un buen día, agregado al rol reglamentario, embarca como simple marinero en un paylebot y después de seis días de navega-

ción a vela, desembarca en Dolores. Tiempo después su padre se traslada a esta villa y de potencia a potencia, no ya de padre a hijo, se plantea la explicación definitiva: el retorno al hogar bajo el amparo de la autoridad paterna o la emancipación y la lucha por sus cabales con la condición inapelable de honrar el apellido que se lleva o imponerse, de propia mano, el desagravio vindicativo.

Don José Paseyro debió regresar solo a Montevideo. El austero español trae dibujado sobre la frente el ceño de una punzante preocupación.

Veinte años después, en 1895, era la hoy ciudad de Dolores un villorrio cuyo trazado urbano se extendía, desparramado y rústico aún, sobre el filo de la loma que en suave pendiente se eleva desde la costa del San Salvador hacia el Sur.

Calles sin pavimentar, arenosas en verano y en invierno intransitables, se hunden en el silencio de aldea que cubre al caserío, recostado en tranquilo abandono sobre el dorso de la loma.

Un buen día la quietud imperturbable de la ribera es interrumpida por la febril actividad del esfuerzo constructor que levanta, sobre la costa misma del río, el trazado geométrico de una fábrica. Tres pisos de rojo ladrillo, un cerco amurallado de concreto y una enhiesta y desafiante chimenea irrumpen, como por arte de magia, de entre la selva, todavía virgen, del San Salvador.

Al silbato de la fábrica, heraldo agudo y monorítmico del progreso, sigue pronto el ruido augural de las hélices, prolongando sobre tierra firme la cadencia rumorosa de sus espirales de agua.

Nadie estudió la aptitud del agro para producir el trigo, pero alzó sus paredes el molino; no estaba, tampoco, balizado el curso del río, pero las proas, audaces y triunfadoras,



surcaron sus aguas. Prodigio de la época se opera, en este olvidado rincón de la República, la transformación fáustica de las energías misteriosas de la naturaleza y de los hombres incidiendo en una misma intersección de los caminos de la vida.

Don Antonio Paseyro tiene entonces 40 años de edad. Su fino perfil y su porte delgado dan el sello característico de toda su vida: el vigor ágil y equilibrado que trasciende de sus actos y de sus ideas.

Domina perfectamente varios idiomas. Con "monsieur" Dalbour, técnico vinicultor de su establecimiento "Adelia", habla y se escribe en impecable francés; con "míster" Hurry, entendido en motores y encargado de sus máquinas trilladoras, dialoga en inglés correcto.

Las primeras familias de agricultores que pueblan la hoy floreciente Cañada de Nieto él las ha traído poniendo a su alcance los otros dos elementos básicos de la producción cuando se cuenta ya, con el trabajo: la tierra y el capital.

Aquel comerciante e industrial progresista ha de representar, también, en el plano de la ciudadanía, la inquietud fecunda de una generación que no se conforma con el éxito del esfuerzo aplicado a las empresas que se destinan al exclusivo fin de ganar dinero.

Personifica el tipo, ya casi desaparecido, de la burguesía nativa revolucionaria, subordinada en sus impulsiones morales a la misma predestinación con que generaciones enteras han luchado, sin saberlo, obedeciendo a las causas más profundas de un determinismo histórico insondable.

La febril actividad comercial y el medio rústico en que actúa no alcanzan a borrar de las lecturas clásicas de una enseñanza media, si no tan vasta como la actual, más densa, la honda vibración de belleza y de lucha que dejan en su espíritu.

En quel medio bravío del medioevo institucional, don Antonio Paseyro se ha lanzado, como él mismo expresa con espontáneo gracejo, campo traviesa "con una chuza en la mano para regenerar el país"; o enfrentándose individualmente a policías malevas o caudillos rurales ensoberbecidos, afirma la superioridad viril del hombre culto imponiendo la prestancia indiscutible de una selecta calidad personal.

Espécimen esfumado de una de esas generaciones de sacrificio de que habla Maeterlink, trabaja y lucha, labora y guerrea, administra bienes materiales y baña su espíritu, para descansar, en las aguas de un Leteo cívico que le devuelve, pura y limpia, la imagen de una patria más libre, digna y respetada.

Tiene la generosidad espontánea que sólo alimentan los grandes ideales. "Fué él — escribe el doctor Duvimioso Terra — quien dió el ejemplo a la plutocracia del partido, aportando los primeros fondos con que la Junta inició sus trabajos".

De inagotables energías, además, como corresponde al destino que cumple, Acevedo Díaz le advierte por carta que no tiene derecho a enfermarse: "Sé que está enfermo, lo que siento por usted y por la causa a que sirve con tanta dedicación y patriotismo. Nadie debería enfermarse en estos días de prueba".

Modesto, fundamentalmente modesto, rehuye la exhibición y la primera fila en la adjudicación de méritos, no sólo por una razón temperamental, sino también por exigencias de la auto disciplina que se impone frente a la fácil exaltación de vacuas nombradías. No obstante esa modestia y su natural huidizo, el doctor Golfarini, invitándolo a una cena de camaradería a la que concurren Diego Lamas, José Núñez, Duvimioso Terra, Carlos María Morales, Jacobo Berra, etc., le escribe así: "Usted que fué uno de los iniciadores y principal cooperador de la Empresa patriótica que se lleva, felizmente, a término, tiene un puesto obligado en esta modesta fiesta y lo invito a concurrir a ella".



Configura, repetimos, el tipo de la burguesía nativa proyectado, por la fuerza de su destino, hacia la conjunción del plano ideal que hizo, también, de la burguesía francesa del 93, un instrumento de liberación al servicio de la democracia.

Ni ambición de mando ni de lucro lo dinamiza. Tampoco el éxito seduce, pues, espíritu lógico y equilibrado, percibe que, en definitiva, la resultante matemática de las potencias materiales en choque es la derrota o el exterminio sobre el cruento campo de la acción.

¿Qué misteriosa mano guía, entonces, sus pasos? ¿Qué oculta luz ilumina su marcha?

El fervor místico de muchedumbres hipnotizadas es un estado ambiental desconocido en 1897; no refulge, tampoco, el resplandor romántico que brota de la divisa concitadora de algún Caballero Andante de la idea; ni la célula cohesionadora acerca a los hombres y cimenta el pensamiento... ¿Cuál es entonces, el misterioso proceso que enciende en inspiración y movimiento la vida de estos hombres?

Es sencillamente la conciencia revolucionaria que recobra su perdido imperio. La secreta corriente que viene del pasado sólo ha sido desviada en su curso porque, soberana e invencible como una fuerza de la vida misma, no detiene jamás su avance. Mientras acumula potencia para salvar el obstáculo, fuentes atorbellinadas asoman a la superficie y en ellas sacian su sed inferior la ambición de mando, el interés venal, la sórdida lujuria de la dominación por el dinero y para el dinero.

Pero cuando asoma en la acción, purificada por las sirtes misteriosas de las edades y las civilizaciones, es el manantial generoso de energías, de inspiraciones, de ejemplarizadora abnegación que caracteriza al revolucionario de 1897.

Veamos, pues, para ejemplo y lección de las generaciones actuales, cómo conspira, cómo lucha, cómo obedece al prodigioso sino que lo lanza sereno, discreto, sobrio, equilibrado, sin la fiebre de enfermizos fervores ni la ilusión de éxitos materiales que sabe imposibles, a la acción directa, a la revolución.

Al sacrificio.

## V

## La Junta de Guerra

En la calle Defensa 666 de la ciudad de Buenos Aires vivía el doctor Juan Angel Golfarini, ciudadano uruguayo, cuya casa era prácticamente cobijo fraterno de todos los emigrados orientales.

Médico de profesión, su filantropía era proverbial y su generosidad a prueba de adversidades.

Posición modesta y concurrido consultorio eran los elocuentes extremos de la ecuación de su vida, consagrada al bien sin vanidad ni atuendo.

Era, además, río por medio, un testigo angustiado de la situación política de su patria. Es necesario recordar, para darse una idea aproximada de la atmósfera que respiraba el doctor Golfarini, que en la capital vecina los sucesos políticos uruguayos repercutían, entonces, en su medio y en su sociedad, como si fueran propios.

La prensa también participaba ardientemente de los vaivenes de nuestra vida de nación y de pueblo, siendo una



perenne caja de resonancia que multiplica la trascendencia de situaciones y acaecimientos.

El doctor Golfarini había actuado en la sanidad del ejército aliado en la Guerra del Paraguay. Conoce los horrores de las contiendas armadas allí donde el oropel refulgente de la espada empalidece ante el brillo del más modesto instrumento de cirugía; allí, en fin, donde la gloria del triunfo cruento y la nota estridente de los bronces militares ceden su emoción, alíjera y frágil, a la honda sacudida del espíritu frente a los despojos palpitantes que siembra el bestial furor homicida del hombre.

El doctor Golfarini tipifica al sujeto bondadoso por naturaleza y por reflexión. Su desinterés es absoluto; su generosidad, sin límites; su humanismo, regla constante en todos los actos de su vida.

Es pobre. Trabaja para vivir. El sustento diario lo gana a brazo partido en el seno de una sociedad en la que es, por sus sentimientos, doblemente extranjero.

No puede decirse de él que es un "burgués" sin extender tal calificación al obrero mismo que se gana el pan diario con el sudor de su frente.

El título profesional es su único privilegio frente al trabajador del taller o del que dobla las espaldas en la construcción agobiadora de la estiba. Pero ese privilegio no es medio de enriquecimiento para él, ni lo emplea tampoco para erguirse, como sobre un pedestal de abalorio, por encima de sus semejantes.

Es un médico como tantos hubo, quizás, en la Convención Francesa; un profesional de aquellos mismos, talvez, que integraron las logias secretas que impulsaron la emancipación de Hispano América; uno de esos anónimos universitarios, acaso, que Bonvruevitch y Piatnistky evocan en sus memorias, curando con una mano a las víctimas del

"knut" cosaco y encendiendo, con la otra, la mecha del atentado escarmentador.

Habrá desmedro, entonces, para su auténtico significado, que recibiese hoy ese extraordinario espécimen de nuestra revolución, el saludo augural — los puños en alto — con que desfilan las muchedumbres en la actualidad bajo la vibración candente de la revolución proletaria?

Es, hay que reconocerlo, más revolucionario que nosotros, marxistas o no, con la sola acción de presencia de su vida!

Quién sería, proyectada su existencia al momento presente, más obrerista que él, sin decirlo; mejor instrumento de la liberación social, sin proclamarlo?

La visión de la guerra fratricida lo conmueve: "Soldados sin familia y leales servidores, es lo que necesita la empresa patriótica en que estamos empeñados".

Anhela, pues, el mínimo de desgarramientos al acometer la tarea de golpear, con el hierro, sobre la coraza militar de la oligarquía.

Y no piensa en ella solamente cuando despliega su actividad prodigiosa en la organización revolucionaria. Nunca, en ninguna de sus cartas o instrucciones aparece, jamás, el nombre del oligarca. Ni menciona, tampoco, al bordismo. La visión que lo inspira es más amplia e impersonal desde que abarca un estado espiritual y no un accidente concreto de la vida cívica de la patria. Es que se lanza a la acción directa, no sólo contra la oligarquía sino, también, contra la parte del país postrada a sus pies!

Su inspiración revolucionaria es la resultante de una reacción ante un intolerable gobierno y ante la inadmisible pasividad del pueblo que la soporta. Responde su conducta igualmente a un determinismo tan ineluctable que, según veremos en acta de la Junta de Guerra que preside, la revo-



lución se organiza a pesar de la voluntad en contrario manifestada por la autoridad oficial de su propio partido, que la niega y hasta la censura.

De tal pasta es ese médico compatriota, presidente de la Junta de Guerra que se instala en su consultorio y allí sesiona, trabaja y organiza.

Aquella fría tarde del mes de Agosto de 1896 se han encontrado en el consultorio de la calle Defensa, el dueño de casa, el doctor Duvimioso Terra y Don Antonio Paseyro.

De los tres, el único "político" es el doctor Terra. Su severo perfil trasunta una estampa retocada del Incorruptible. Cáustico e incisivo, bajo la afabilidad aparente del gesto y el tono, su lento parlar corre como un ácido comentando los sucesos y los hombres.

Es demoledora y terrible su lógica; hay, además, como una inconfundible vibración de virilidad en todos sus pensamientos. La revolución! Era lo que deseaba: hacerla, amasarla con sus propias manos, moldearla entre sus dedos de artista de la acción.

Es el único de los tres que apoya, sobre los otros dos, planes de futura prevalencia personal. Coinciden en él, como tantas veces ocurre, la lucha por el ideal y la batalla por su interés político. Tanto que juzga a los hombres simples instrumentos de uno y otro y él mismo sólo se reconoce como uno más, relevado en el empaque gerárquico, presidiendo y ordenando los acontecimientos.

Han hablado largamente los tres y se han entendido. El espíritu, el cerebro y el brazo de la Revolución se han armonizado.

En el modesto consultorio de la calle Defensa tomó impulso, aquella tarde, "la protesta popular más altiva y gallarda después de nuestras guerras de la independencia".

---

He aquí el acta de constitución de la Junta de Guerra revolucionaria, que se instala, como lo dice el texto, el 2 de Setiembre.

Acta N.º 1

En la ciudad de Buenos Aires, Capital de la República Argentina, a los dos días del mes de Setiembre de 1896, los que suscriben, señores doctor Juan Angel Golfarini, Don Rodolfo Vellozo, doctor Jacobo Z. Berra y doctor Duvimioso Terra, bajo la presidencia del doctor Golfarini, éste dió cuenta del objeto de la reunión manifestando que el doctor Eduardo Acevedo Díaz, a quien se había citado, no había podido concurrir por tareas premiosas que lo retenían en Montevideo, pero que ya en conocimiento del objeto de la reunión, adheríase a lo que en ella se acordara; que ese objeto era resolver la actitud que debiera asumir el Partido Nacional ante la situación política en que se halla la República Oriental.

Discutiendo el punto se convino en que, dada la afligente anormalidad de tal situación, había llegado el caso de apelar al recurso extremo de la Revolución, que constituye un derecho de todo pueblo libre; que estos son los propósitos del Partido como lo manifiesta categóricamente por su órgano en la prensa y en las varias reuniones públicas que han tenido lugar, y que en tal caso todos y cada uno de los miembros de esa colectividad política tienen el deber de proporcionar los medios materiales para el ejercicio de ese derecho, sin otras aspiraciones que los impersonales de servir la causa que han declarado ser la de sus afecciones cívicas; que partiendo de esa creencia se constituyen en Junta para proporcionar por todos los medios a su alcance los elementos necesarios al fin indicado, nombrando también, para formar parte de ella al doctor Eduardo Acevedo Díaz.



Presentes al acto los señores Antonio Paseyro y Dionisio Viera, quienes habían sido invitados teniendo en cuenta su importancia política y el hecho de encontrarse accidentalmente en esta Capital, manifestaron que en su opinión la resolución que se adopta debe recibir la mejor acogida y desde luego aseveran que la recibirá del Departamento de Soriano que representan. — Firmado: Juan Angel Golfarini, Rodolfo Vellozo, Jacobo Z. Berra, Antonio Paseyro, Duvimioso Terra, E. Acevedo Díaz, Dionisio Viera.

---

Así, con tan sencillas palabras proemiales, se prologa la acción formidable del drama del 97.

De aquella reunión, sin trascendencia al parecer, cuya finalidad encuentra en la sobriedad de expresión con que se explica y documenta su objeto, el más elocuente adelanto de lo que ha de ser el esfuerzo realizador destinado a llevar a cabo la empresa, sale el impulso humano que no se detiene, ni descansa, ni pide cuartel ni lo da hasta que un año después, también en Setiembre, cristaliza victoriosamente la pródiga siembra de energías que reclama la sustentación de la heroica causa.

## VI

## EL DERROTISMO CONTRA REVOLUCIONARIO

### Aparicio Saravia en Montevideo

Es interesante, para conocer las dificultades que la idea revolucionaria debió salvar para abrirse camino, no perder de vista esta realidad: en el país existe una fuerte corriente contra revolucionaria tan intensa que había ganado hasta al propio Directorio del Partido Nacional, a cuya colectividad

pertenecen, sin embargo, los hombres que se constituyen en Buenos Aires en impulsadores del movimiento armado.

Ya en 1896 el Directorio nacionalista desautoriza al propio Aparicio Saravia, cuando este caudillo, trasladándose a Montevideo, le propone a aquel invadir el país por la frontera.

Este episodio de la presencia de Saravia en Montevideo es poco conocido, si no totalmente ignorado por la opinión del presente. Dejemos, pues, la palabra a su acompañante, Basilio Muñoz, quien narra en una referencia de sus recuerdos revolucionarios en nuestro poder, la forma cómo el caudillo fronterizo se trasladó a Montevideo y los términos en que se desarrolla la audiencia que le concede el Directorio nacionalista.

Dice así Basilio Muñoz:

"...La falta de conocimiento de nuestros hombres y sus ideas por parte del General Saravia fueron causa del fracaso de muchos de sus planes en aquel momento. Saravia entraba a actuar con elementos extraños; tenía, pues, que someterlos a prueba primero, para saber en que forma podía utilizarlos después. Todo esto, aunque él no lo manifestaba, sus preguntas y observaciones me lo revelaban de una manera inequívoca que entraba en sus planes.

"Saravia tiene el don de calar muy pronto a los hombres y de equivocarse muy pocas veces; tiene poca instrucción, pero su viveza natural es poco común.

"Convencido Saravia que nuestros hombres no arbitraban elementos para la Revolución; que la campaña de "El Nacional" estaba por terminar, temiendo que el espíritu revolucionario desapareciera al desaparecer el órgano de propaganda que lo había levantado, se decidió ir a Montevideo con el propósito de oír la última palabra del Directorio.



"El 24 de Setiembre de 1896 partió el General de su estancia para Montevideo acompañado del pardo Jermiano (hombre de su confianza) y yo, de la estancia de mi padre, acompañado de Eulogio Artigas. A las 3 y 45 a. m. me encontraba en el paso denominado "Pedro Juan" del Yí. Pasé y le dejé la seña convenida, que era un gajo de rama verde en la orilla del agua, al lado izquierdo o derecho, esto es al lado que debía esperar el primero que pasase, al segundo. Al aclarar el día llegó el general y seguimos viaje hasta el arroyo del Pescado, donde campamos en un pequeño montecito a la izquierda del paso. Marchamos de tarde y al día siguiente (25) tomamos el tren de Nico Pérez a Montevideo en la Estación Mansevillagra.

"El mismo día que llegamos a Montevideo se hizo saber al Directorio por intermedio de Abelardo Márquez, que Saravia deseaba se reuniese para hablarle de un asunto de interés para el partido. ,

"Al día siguiente se reunió el Directorio, asistiendo Saravia a su sesión. Saravia expuso que el objeto de su viaje era conocer los propósitos del Directorio sobre los trabajos iniciados, que el partido estaba comprometido a ir a la revolución y que él deseaba se le dijera algo. El Directorio manifestó que tenía la idea de hacer la revolución, pero que tenía que arbitrar recursos para hacerse de los elementos de que carecía un movimiento revolucionario en el país y que era cuestión de tiempo.

"Saravia: — Y qué tiempo habrá que esperar?

"Berinduague: — Ah!, no es posible precisarlo, puede ser cuestión de uno o más años.

"Saravia: — Yo creo que por falta de dinero no debemos esperar tanto tiempo. Yo pongo mis títulos de propiedad a disposición del Directorio; prefiero dejar a mis hijos pobres y con Patria y no ricos y sin ella.

"El Directorio no aceptó y se limitó a prometer que activaría sus trabajos.

"Aparicio se retiró indignado con la actitud del Directorio, poco patriota en su concepto y dispuesto a ponerse en campaña con la cooperación de algunos amigos de causa de la capital y otros de campaña".

Tal la versión que Basilio Muñoz da, en lo pertinente, de este episodio de tan claras sugerencias para apreciar, a su vez, la influencia de la corriente contra revolucionaria obrando sobre los trabajos en que está empeñada la Junta de Guerra constituída en Buenos Aires en esa misma fecha en que Saravia ofrece frustráneamente al propio Directorio del partido, su concurso personal y el de su dinero para organizar la revolución.

Cabe admitir, además, que ya antes, dirigentes nacionalistas comprometidos a ayudarlo en la invasión del 95, no habían cumplido su palabra como se desprende de las reflexiones de Basilio Muñoz sobre el desconocimiento que Saravia tiene de los hombres de su partido, antecedente que queda plenamente confirmado en los términos de una carta que el doctor Mario Gil dirige, desde Bagé, a don Antonio Paseyro, con fecha Enero 29 de 1897, y en la que traza, también, en cuatro líneas, un fiel retrato de la personalidad del caudillo y recio guerrero cuyo concurso se procura para la empresa.

Dicen así los párrafos de la carta del doctor Gil:

"...Aquí he conversado largamente con el amigo Aparicio — **es todo un hombre**; — creo que vale mucho. Es, ante todo caudillo, con todas las condiciones para serlo, con sus intenciones sanas y su desprendimiento de ambiciones mezquinas, creo prestará grandes servicios a la causa y será una personalidad de primera fila en nuestras luchas políticas. Tiene mucho conocimiento de nuestros hombres y de la



situación de nuestro partido. Tiene un criterio muy claro para juzgar nuestras cosas y manifiesta inclinaciones radicales, que juzgo lo colocan en el mejor terreno en la lucha que se inicia; lo acompaña buena gente y su colaboración, no lo dude, será de resultados capitales.

"He conversado con él sobre el pasado movimiento y a la verdad, amigo, que parece imposible que personalidades que estamos acostumbrados a ver endiosar, tengan audacia para jugar con los intereses del partido y con hombres como Aparicio de una manera repugnante, por sólo un espíritu de necia vanidad personal.

"Aparicio hubo de hacer pública manifestación de la manera indigna como fué colgado y no lo hizo en interés del propio partido, para no aumentar divisiones y causar trastornos, como indudablemente se hubieran producido si hubiera hablado. Pero según me lo ha dicho no tardará mucho en hacerlo y será un bien que lo haga, pues es tiempo ya de que dejemos de aguantar mistificaciones".

El valor de las opiniones vertidas por el doctor Mario Gil, no puede escapar a la perspicacia del lector. Hay que tener en cuenta que esos juicios, tan acertados sobre la personalidad de Saravia, son emitidos en una época en que el caudillo no había establecido contacto con las masas partidarias que después lo reconocen y aclaman como a un jefe de condiciones excepcionales. La silueta moral del futuro jefe revolucionario, trazada con cuatro palabras por el emisario de la Junta de Guerra, corresponde exactamente a los rasgos salientes del original. Fué la intuición de los conspiradores de 1897 la que descubre en Saravia a un eficaz ejecutor del designio revolucionario. Si posteriormente el caudillo, "de poca instrucción", como dice Basilio Muñoz, llena la escena nacional y su influencia política excede a la edecuada aplicación que habría de hacerse de sus condicio-

nes de guerrero, culpa no es de los revolucionarios de 1897, ni del numen civilista que los inspira y guía.

La justicia histórica empieza a abrirse camino y su fallo rectifica el impulso incontrolado que supone restar méritos al recio guerrero, al establecerse que no fueron, precisamente, los más fieles intérpretes de los fines y los ideales de la Revolución, aquellos que fomentaron la preeminencia del caudillismo militar en perjuicio de los educadores requirimientos de la ciudadanía.

Verdad es, en concreto, que el propósito revolucionario de Saravia aparece traicionado en 1895, estorbado y saboteado un año después, por figuras prominentes y por la máxima autoridad de su partido.

Los forjadores de la revolución de 1897 han de sortear, también, la acción subterránea del derrotismo anti revolucionario.

Es el mismo fermento de cobardía, de renunciamiento o de resignación que después de 1933 lastra a los partidos democráticos del país. No es, como se pretende, que la acción directa a ensayarse carezca de los elementos imprescindibles que enfervorizan a las multitudes y las lanzan, como hipnotizadas, a morir sobre el campo de batalla o junto a las barricadas humeantes de la ciudad.

Antes como ahora la oligarquía es compensada en su ilicitud y en su impopularidad por la inercia de los indiferentes y la inadaptación de quienes están prácticamente inhabilitados para cristalizar la única reacción posible ante la subversión manipulada desde las alturas del poder.

A las situaciones de hecho, además, no se llega para facilitar a la oposición democrática sus planes y sus movimientos. Su solo éxito material es motivo de hondas perturbaciones en la conciencia colectiva; sus desenvolvimientos posteriores se destinan, fatalmente, a fomentar esas perturbaciones y a sacar el mayor partido posible de los dos principios básicos, comunes a todos los absolutismos: el miedo y el interés.



En realidad, la oposición de 1897, como la actual, no sólo tienen que habérselas, en el terreno de los hechos, con un ejército disciplinado, una policía militarizada, un espionaje montado casi a la perfección y una justicia letrada cohibida o miedosa.

Más eficaz que todo eso el situacionismo tiene, para minar y frustrar la eficacia práctica de la oposición, los millones del presupuesto público, el caudal del Estado: 15 millones en tiempos de Borda, 100 millones en tiempos de Terra.

Ese es el oculto andamiaje que da estabilidad a estas situaciones.

Hoy esa fuerza sustentadora está multiplicada al infinito. Circula por el organismo físico de la oligarquía como el misterioso fluido vitalizador que da existencia artificial a un cadáver, sin devolverle la luz interior del espíritu.

Bastará situarse a la puerta de cualquiera de nuesras instituciones oficiales y observar: miles de personas, que representan a otros tantos hogares, desfilan a diario por las oficinas de las cajas de jubilaciones; miles y miles concurren a las ventanillas del Banco de la República y de los bancos particulares; cientos y cientos acuden a los ministerios, a los estudios de abogados y escribanos asesores; sin contar, además, los postulantes cuya situación está vinculada a la accesibilidad que permitan los entes industriales del Estado. Ciérrense los ojos y en un esfuerzo sobrehumano trátese de abarcar la extensión sin límites que cubre la influencia del poder público centralizado en una sola persona, que lo usa para premiar al amigo y perseguir al adversario, aplicándole, lo mismo farsaicas disposiciones funcionales que el bárbaro y refinado código que crea el delito de opinión. Reali-

zado tal esfuerzo dedúzcase cómo no ha de ser casi omnipotente la voluntad del que manda y cómo esa enorme masa social a merced suya, aún cuando en un elevado porcentaje sea antisituacionista mella, en el humano interés de sus problemas vitales, el filo, de otra manera mortal, de su oposición.

Esa es la realidad que en 1897 y en 1933 se opone con más éxito que la fuerza armada al estallido victorioso de la Revolución.

Son problemas de planteo y resoluciones similares. Vamos a ver, entonces, cómo después del fracaso de la invasión de Saravia en Noviembre de 1895, emisarios suyos enderezan sus pasos hacia Buenos Aires buscando contacto, ahora, no con el Directorio del Partido Nacional, que sabotea a la Revolución, sino con la Junta instalada recientemente en la capital vecina y que se dispone resueltamente a la acción.

Dice, en efecto, Basilio Muñoz, en sus ya citadas memorias, dando cuenta de la primer resolución de Saravia al repasar la frontera:

"De los potreros de Ana Correa resolvió el General mandar a su hermano "Chiquito" a Buenos Aires a quien tuve el honor de acompañar conjuntamente con Benito Viramontes y sus hijos Mariano y Santos y cuya misión es de todos conocida".

Confirmando lo precedente vamos a reproducir un documento de nuestro archivo que dice así:

"Provincia de Santa Fe. Reconquista, Enero 6 de 1897. Señor don Antonio Paseyro. — Buenos Aires.

"Anoche llegamos a ésta; reciba usted un fuerte abrazo de estos amigos y correligionarios que lo recordamos con simpatía y cariño.



"Dígnese saludar en nuestro nombre a los demás amigos que tuvimos el gusto de conocer en ésa.

"De usted affmos. — Antonio F. Saravia, B. Muñoz, Manuel S. Chaves, N. Acevedo Díaz"

Es evidente que el emisario más calificado de Saravia es su hermano "Chiquito" y Basilio Muñoz el asesor de confianza que traducirá al caudillo la impresión exacta de la calidad y la trascendencia del movimiento que se está gestando en Buenos Aires.

Queda, por lo tanto, plenamente ratificado que la acción revolucionaria ha de desenvolverse al margen de la autoridad oficial del partido, causa por la cual Saravia se entiende directamente con la Junta de Guerra que preside el doctor Golfarini.

Pero es que cuando la Junta misma intenta posteriormente atraer al Directorio para cooperar en los trabajos revolucionarios, otra vez la autoridad oficial del nacionalismo rehusa su colaboración y adopta, resueltamente, una actitud de franca condenación al movimiento.

Recurramos para fundar tan grave imputación a documentos irrecusables como son las Actas Nos. 3, 4 y 10 de la Junta revolucionaria. Dicen textualmente así:

"En Buenos Aires a diez y seis de Setiembre de mil ochocientos noventa y seis, leída y aprobada el acta de la sesión anterior, fueron aceptados los borradores de notas encomendadas al señor Acevedo Díaz, de que se habla en el acta de la sesión del trece, resolviéndose que el doctor Terra hiciera parte de la Comisión que debe concurrir a la invitación del Directorio del Partido Nacional.

"Y no siendo para más el acto, se levantó la sesión siendo las 3 p. m. — Juan Angel Golfarini, Rodolfo Vellozo, Jacobo Z. Berra, Eduardo Acevedo Díaz".

"En Buenos Aires a veinte y cinco de Setiembre de mil ochocientos noventa y seis, reunidos los señores inscriptos al margen, el Presidente declaró abierta la sesión; leída el acta anterior fué aprobada y firmada.

"Después de un detenido cambio de ideas, se resuelven los puntos siguientes:

"1.º — Solicitar para el mismo día a las ocho p. m. una conferencia entre los ciudadanos Mena y Núñez, quienes después de concebir y estudiar un plan general de guerra, resolverían cual de ellos desempeñaría la jefatura, evitándose así las diferencias que pudieran surgir.

"2.º — Constituirse los miembros de la Junta en propagandistas individuales y buscar toda clase de elementos para la empresa, los mismos que deberán estar reunidos en esta Capital, si fuera posible, el diez del próximo Octubre, para proceder del veinte al treinta del mismo mes a organizar definitivamente los elementos que han de invadir al país.

"3.º — Solicitar del Departamento de Soriano para el día diez de Octubre, los elementos pecuniarios reunidos y ya ofrecidos.

"4.º — Entrar de lleno a la labor y trabajo activo, dando unidad y cohesión a los elementos y aceptar, previa discusión con los Jefes del movimiento invasor, un plan cualquiera que facilitara el éxito de la empresa.

"En este estado el señor Acevedo Díaz recordó que debía dejarse constancia del resultado de su conferencia, acompañado del señor Vellozo, cerca del Directorio del Partido, la cual no había dado ningún resultado práctico, pues el Directorio, por decoro propio, no podía reconocer a la Junta de Guerra, a la que no obstaculizaría en sus trabajos, habiéndose, en consecuencia, hecho cargo del activo y pasivo del diario "El Nacional", devolviendo la nota que, como credencial cerca del Directorio, había llevado".



**"Esta resolución del Directorio, a todas luces irregular después de su invitación a la Junta, fué motivo de un cambio de ideas que dieron por resultado deplorar su actitud y proceder por sí solos a la realización de la obra patriótica empezada".**

"Y no siendo para más el acto, se levantó la sesión siendo las diez y treinta y cinco a. m. — Juan Angel Golfarini, Eduardo Acevedo Díaz, D. Terra, Jacobo Z. Berra".

El Acta N.º 10, de fecha 25 de Octubre de 1896, da cuenta, entre otros asuntos, de esta grave incidencia en la que aparece el Directorio obstaculizando públicamente los trabajos revolucionarios:

"... El señor Presidente puso en conocimiento de la Junta, que había recibido un telegrama del doctor Acevedo Díaz, pidiéndole una conferencia telefónica para las nueve p. m. de esta noche, y otro extenso, firmado por la gran mayoría de los corredactores de "El Nacional" y otros correligionarios en número de quince, solicitando interpusiera su influencia para que el doctor Acevedo Díaz silenciase el proceder del Directorio, con relación a su reciente manifiesto, pensando, aquellos amigos que el silencio lo salvaba todo, mientras que la protesta no haría otra cosa que presentar al partido dividido y daría talvez lugar a un lance personal.

"Los miembros de la Junta por unanimidad fueron de opinión que por el momento debía accederse al pedido de los amigos, autorizando al doctor Golfarini a proceder en tal sentido en su nombre".

Como todos los derrotismos, el que sabotea a los revolucionarios de 1897 oculta, bajo la apariencia de un inflexible respeto a los detalles formales del procedimiento, la inquietud de sus indecisas conveniencias. No se sitúa con franqueza en ningún extremo. Oscila, no entre el bien y el

mal, la justicia o la injusticia, sino entre las probabilidades en juego. El haber conspirado contra el éxito de la Revolución no habrá de impedirle, en cambio, salir ileso de responsabilidades ni fracasará en su intento de ser el primero en la adjudicación de laureles y beneficios a la hora del triunfo.

## VII

### La conspiración por dentro

Necesario es evocar en todos sus aspectos el medio en que se inicia y desarrolla la conspiración de 1897. A cuarenta años de distancia la imaginación sólo abarca las líneas generales del episodio, su gestación y su feliz alumbramiento, obrando en el recuerdo como una forma estilizada de la conjura civil llevada a límites casi de perfección.

La realidad es otra bien distinta.

Hemos visto, aunque lijeramente esbozadas, las dificultades opuestas a la empresa y que surgen del propio campo revolucionario. No será imprescindible medir, entonces, la magnitud de los obstáculos que se cruzan en el camino y que provienen de la voluntad vigilante y el permanente acecho del espionaje y la policía gubernistas.

La protección argentina, tan encarecida, no se traduce en actos positivos por parte del gobierno del vecino país, que cumple sin miramientos los deberes que le impone la neutralidad, pues, es sabido que sus cañoneras disuelven las concentraciones revolucionarias y realizan enérgicas batidas en todos los parajes donde pueda refugiarse un contingente o esconderse un armamento.

En cambio, es amplia y cordial la acogida que el pueblo argentino dispensa a la idea revolucionaria. Políticos influyentes y funcionarios de alguna gerarquía simpatizan con



la causa y hacen, dentro de su limitada esfera de tales, cuanto está en sus manos para ayudar a los conspiradores.

Sin embargo, no hay que exagerar la nota a ese respecto. La "ayuda argentina" no surge, ni espléndida ni decisiva, de la copiosa y auténtica documentación a nuestro alcance. Fuera de un contingente de 50 entrerrianos que el doctor Mason promete armar y equipar (pero con dinero de la Junta de Guerra) toda esa dramática intimidad con que se abre a nuestros ojos la preparación del movimiento desde tierra argentina, nos dice que nuestros emigrados pasaron miseria, que debieron ganarse duramente la vida mientras llegaba la hora de ir al encuentro de la muerte; que la hospitalidad argentina fué cordial, pero ni un solo fusil, ni un solo cartucho pasaron a manos de la Revolución sin el ajuste correspondiente de su precio, exigido y pagado con puntualidad inexorable.

Se desenvuelven, así, los revolucionarios del 97 en el medio propio a toda conspiración, favorecida, con respecto a lo que ahora ocurre, por la realidad de relaciones internacionales no regladas por el común espíritu de persecución que hoy vincula a los gobiernos solidarizados en la defensa práctica de las situaciones similares de que surgen.

La sola invocación del derecho de asilo paralizaba en aquella época toda gestión internacional destinada a internar o alejar, del centro de sus actividades, a los emigrados.

Hoy, no. El cínico desconocimiento de la norma jurídica dentro de fronteras extiende su influencia perturbadora más allá de los límites internacionales y así contemplamos en el presente la negación definitiva de los sagrados fueros que la legislación y la costumbre acuerdan, como esencia misma de su virtualidad, al derecho de asilo. Gobiernos de espurio origen se compensan, en sus enconos y en sus miedos, con la recíproca violación de tratados cuya vigencia es sólo una

mentira más de las cancillerías, prácticamente afectadas al servicio de inferior menester policial, fundado en el trueque de las víctimas de la persecución política.

Cierto que, para los revolucionarios del 97, es una positiva ventaja no verse alejados del foco de la conspiración. Pero, como ahora, dos espionajes, el organizado desde aquí y el ordenado por las autoridades argentinas, traban sus movimientos y dificultan sus planes.

Desde Florencio Sánchez, además, que en una "habitación" de emigrados se acuesta en el suelo y usa para dormir a manera de cobijas, un raído sobretodo y diarios viejos, hasta la industriosa actividad de Felipe Péndola, fabricante de unos bizcochitos de especial factura, caben todas las formas de la resignación heroica con que aquella gente aguarda la hora de mayores sufrimientos, de más dolorosas y terribles privaciones.

El espíritu de sacrificio es la ley que disciplina su estoica conducta. Cuentan las crónicas de la gran guerra europea, que las reservas de retaguardia, antes de ser conducidas al frente, apuran, en un rápido trago, las heces de la vida. Condensan en los días que preceden a la marcha todas las ansias de vivir y las colman en un desesperado gesto por gozarlas todas de una sola vez frente a la eternidad de la Muerte que, abiertos los brazos, espera . . .

Aquellos emigrados del 97 no proceden así. Soldados, también, que aguardan la hora de afrontar el fuego, son sobrios y tacaños consigo mismos, pese a que cuando se ausenten de la gran ciudad que brinda todos los placeres, es para avanzar hacia el dolor y hacia la muerte.

Entre el montón de pequeños valiosos papeles a nuestra mano, he aquí que encontramos una diminuta esquela, con esta anotación al dorso escrita por el destinatario: "1897. Julián Urán. Gualegauychú. Febrero 6"



Son cuatro líneas que comprenden todo un proceso psicológico. Dicen así: "Amigo Paseyro: No he podido encontrar más barato, únicamente muy inferior, Lo que es más urgente es el dinero para comprar el género. Adjunto la nota de lo que costará todo.- Urán".

"Un par de botas.

"6 metros brin a \$ 1.69 — \$ 9.60

"Corte y hechura — " 6.00

"Dos camisetas — " 5.30

"Lo demás lo compraremos mañana".

He aquí la estampa íntima de un soldado ciudadano del 97: al adquirir la ropa, que quizá le sirva de mortaja, regatea hasta el centésimo sin que la visión del incierto y azaroso destino relaje los resortes de su medida sobriedad. Hay sin duda, en el fondo de estas almas, una reserva moral inexpugnable que hace de cada uno de esos soldados un consciente instrumento de la Revolución.

El Dr. Golfarini ha abandonado totalmente, absorbido por la tarea organizadora, la parte reproductiva de su consultorio médico.

El Dr. Duvimioso Terra tiene prácticamente clausurado su estudio de abogado.

Desde Bagé el Dr. Mario Gil escribe:

" . . . Lo que es tirante para Mena y para mí es la parte económica. Ya estamos agotando los últimos recursos propios, pues los que nos entregó la Junta voló hace mucho tiempo. Ricardo Maz puede noticiar de algo y en la campaña del Brasil todo es carísimo.

"Las carretas, nomás, de las mercaderías costaron 400 mil reis, sin contar los gastos de manutención de Olano y 7 compañeros y recados, etc. Yo ya estoy fundido y no sé si a mi regreso al pasar por Santa Ana Luis Gil aguantará una pechada.

"Si Viera está ahí que no me escriba sobre el estudio, pues temo oir calamidades, pero si ha podido cobrar algo y tiene de más, me envíe algunos pesos. No pido a la Junta por que la supongo escasa".

Vamos demostrando con documentos que jamás pudo imaginarse verían la luz pública, la estructura de hierro de aquellos caracteres que forjan la Revolución en medio a la más desolante escasez de recursos materiales. Vemos, igualmente, erguido al espíritu revolucionario sobre su propio desvalimiento material, no flaquear un solo día, no retroceder ante ninguna privación, ni disminuir la encendida inspiración de su llama, ante ningún obstáculo.

*Explosivos y flores —*

Don Antonio Paseyro ha tenido ya que abandonar, no sólo sus negocios, sino hasta el país. Ausentado definitivamente, la amplia casona solariega de Dolores presencia, una noche, a la oscilante luz de lámparas misteriosas, escena de brujería.

La dueña de casa, Doña Carolina Ferrari de Paseyro, asistida de dos fieles amigos, remueve las macetas del jardín, levantan, en vilo, las plantas de tulipanes, claveles, lirios y debajo depositan algo que cubren, después, con el conjunto intacto desprendido del envase.

Diez, veinte veces se repite la extraña operación, proyectándose, en negros escorzos sobre las paredes de los edificios que cuadriculan el patio, las siluetas sigilosas de la dama y sus solícitos asistentes . ,

En el silencio de la alta noche reinan otra vez las sombras. Y en el jardín de la vieja casona de Dolores, bajo la tupida red de madreselvas y enredaderas olorosas, al otro día escapan, a la revisación inquisidora de la policía bordista, veinte bombas de espoleta, como talladas a buril, escondiendo la bruñida redondez de sus formas entre las fragantes corolas de jazmines y claveles, tulipanes y cándidos lirios . . .



*El barco expedicionario —*

Vamos a ofrecer ahora un documento interesantísimo, el que se refiere a la contratación del buque que ha de servir para conducir a la gente a las Islas del Paraná y, llegado el caso, a la expedición revolucionaria a tierra uruguaya.

A través de su lectura podrá apreciarse las dificultades a salvar para llevar adelante la "empresa", como repetidamente la llama el Dr. Golfarini. Es una carta de éste que dice así:

"Buenos Aires, 17 de Enero de 1897. Estimado Señor A. Paseyro: He puesto en conocimiento de la Junta las exigencias del arrendatario del vapor, que ignoraba, como lo ignoraba igualmente el Señor Gotuzzo, intermediario en el alquiler del mismo.

"El vapor se arrendó lisa y llanamente por 500 pesos por dos meses, más 100 para gastos de higiene, composturas, limpieza y aseo.

"Sólo la licencia de viaje, carbón y personal quedó de cuenta de la Junta y eso a pagar a fin del mes.

"El recibo de los seiscientos pesos pagados adelantados, así lo dice.

"Qué viene, ahora, a darnos cuenta de su contrato, etc?

"El Señor Gotuzzo contestó: — "Dice no quiere ir".

"Sea todo por el amor de Dios!

"Quoque tandem! . . .

"La patria golpea las puertas de los hombres de acción y pensamiento y la Junta lo invita a concurrir al local de sus sesiones, para ver de salvar las exigencias del arrendamiento

del vapor, con los intereses bien entendidos de la Junta. La sesión es a las 9 a. m.

"Lo esperamos, pues, a las 9 a. m. mañana lunes 18 de Enero. —Juan Angel Golfarini".

*Una espada livianita —*

El jefe Juan Cabris pide una espada de especiales condiciones:

"Amigo Paseyro: Por la presente saludo a usted y al mismo tiempo paso a pedirle que se digne entregarle al portador de ésta, que lo es el amigo Leandro López, la espada que me prometió. Deseo sea livianita y al mismo tiempo, ya sea usted o por medio de la Junta de Guerra me mande cuatrocientas o quinientas balas de esa clase que adjunto, pues tengo una buena arma que me regalaron, y no tengo ni balas ni plata" . . .

*Los entrerrianos —*

Una carta procedente de Gualeguaychú, de Don Enrique Mason, se expresa así:

"He recibido su apreciada del 16 justamente con el giro valor de $ 800, importe que tengo en mi poder.

"Me he puesto en campaña, pudiendo adelantar que Gualeguaychú, no quedará rezagado. Tengo ya adquiridos 20 fusiles y carabinas Remington; un arma de repetición (siete tiros); 500 cartuchos buena munición y 50 porta idem. En todo esto he empleado la cantidad de $ 316.00, trescientos diez y seis nacionales.

"Tengo el propósito, y lo voy a conseguir, de organizar una guerrilla de 50 hombres, compuesta en su mayoría de argentinos, que será armada, municionada y remunerada con los fondos que he recibido por su intermedio".



*Morir con utilidad —*

Don Pedro Velazco Gallego, figura consular de Montevideo, pide, a su vez, que a un cuñado suyo, Virgilio Crosa, se le haga lucir y no se le lleve inútilmente al sacrificio:

"Montevideo, Enero 19 de 1897.— Querido Antonio: Por intermedio de un empleado de la Casa de Arrufana, de ésa, he hecho entregar dos cartas para mi cuñado, Virgilio Crosa, porque me dijeron que tú sabías donde estaba. Espero, si eso es verdad, que le harás entrega de dichas cartas y, si es posible, conseguirás que le escriba una vez al padre: cuatro renglones serán suficientes para dejar contento al viejo.

"Si vas a hacer vida "activa", llévalo a tu lado y caso contrario, recomiéndalo a un buen amigo y de confianza para que lo haga lucir, pero no matar tontamente. Creo será un buen soldado y de aquellos que no han de dar vuelta cara".

*Ordenes e instrucciones —*

Veamos ahora estas órdenes e instrucciones del Dr. Juan Angel Golfarini, presidente de la Junta de Guerra, que funcionaba en su consultorio médico, Defensa 666 y dirigidas a Don Antonio Paseyro, domiciliado en la misma calle, Defensa 152 (altos). Estos documentos no necesitan comentarios: son de por sí bastante elocuentes para traducir, una vez más, las tremendas dificultades que a diario se levantaban contra los planes revolucionarios. Esta carta lleva fecha 14 de Enero de 1897:

"Sr. Don Antonio Paseyro.- Mi estimado amigo: Ante todo, un millón de disculpas.

"Soldados sin familia, sin compromisos y leales servidores es lo que necesita la empresa patriótica en que estamos empeñados.

"No estamos en campaña, se tiene que contemporizar, que sufrir y que transar.

"La salida del vapor debe efectuarse hoy y le ruego ver al Sr. Coronel Núñez y después de entregarle mi carta, que usted o el querido Ricardo deben llevarle, inmediatamente, insista en que se realice el viaje y regreso por el vapor, una vez instalado el personal e imprimido el orden consiguiente. Sin él se tocarán dificultades, talvez insuperables, pues es difícil llegar al lugar ya elegido y sólo conocido del Sr. Coronel.

"Tengo algunas armas, las que unidas a las de usted y unas cuantas que debo recibir hoy, tendremos una guardia de honor, superior a la de su Pte. y amigo de...

"La no partida del Coronel me tiene contrariado. Su afmo. amigo y s. s. — Juan A. Golfarini".

*Angustia económica —*

Posteriormente el Dr. Golfarini revela la angustia económica en que se debate la Junta de Guerra para llevar adelante sus planes y da cuenta de la salida de un contigente revolucionario para la Isla del Ceibo en estos términos:

"Buenos Aires, 20 de Enero de 1897. Sr. Antonio Paseyro. Estimado amigo: Ayer salieron en el sucio "Orestes", el Coronel, Ricardo, cinco patriotas muchachos a quienes se les armó de facones y "la encantada encomienda".

"Haciendo de tripas corazones aguanté el calor y procuré tener contentos a aquellos amigos, cuyos servicios y sacrificios sólo Dios y la Patria sabrán agradecer.

"Le envío un telegrama. Mándeme la traducción, porque conviene la verdad de ella. Plata, plata, y plata, piden todos!

"Su amigo afmo. S. S. Juan Angel Golfarini".



*En la Isla del Celbo —*

Pero ya instalada la gente en la Isla del Ceibo, su organización da mucho trabajo y no menor tacto impone la necesidad de tener levantada su moral sin mengua de la indispensable disciplina para el caso. Por eso posteriormente el Dr. Golfarini vuelve a escribir prometiendo tomar "serias y meditadas medidas". Si no se toman "la gente de las Islas será un verdadero fracaso".

Y como se desconfía de la lealtad de algunos elementos, recomienda a don Antonio Paseyro que "viva alerta, debemos vigilar a esos elementos". Agregando finalmente esta recomendación:

"Hable al Coronel Lamas y a Berra, con verdad y sin miedos de que no se hagan cumplir sus órdenes".

*El tormento de un héroe.*

Rafael Pons, el valiente jefe revolucionario, héroe de la Defensa de Paysandú y caído en Tres Arboles, describe en esta elocuente carta la vida de sacrificio llevada en las Islas:

Campamento General, Enero 24 de 1897. —Sr. Antonio Paseyro. — Mi estimado amigo: Los sucesos que por aquí ocurren me mueven a escribirle y ponerle de relieve las necesidades que está pasando la gente a mis órdenes.

"Debo manifestarle que al hacerlo no me dirijo a Vd. como más allegado a los miembros de la Junta, sino al amigo, a fin de que a su vez Vd. induzca a los señores del Comité que traten de evitar las necesidades que paso a enumerar.

"En primer lugar, la falta de ciertos elementos indispensables, como ser la carne, pues hemos pasado hasta dos días sin probarla, y por otro lado la gran cantidad de mos-

quitos, enteramente inevitable ha hecho que mucha gente se me enferme y me vea sin tener con qué atenderlos, pues se carece en absoluto de un solo remedio.

"Estos días de lluvia no he tenido donde alojar a la gente y sólo a los enfermos he podido guarecer en el ranchito en que se tienen las provisiones. A causa de eso la gente ha estado sufriendo toda clase de penalidades.

"Como Vd. comprenderá, mi amigo, no puedo estar alimentando a la tropa con puros porotos, (los que gracias a Dios!, se han concluido), pues ya la gente no quiere ni probarlos y ha llegado a tal punto que han preferido pasar sin comer. Además una gran parte de las provisiones que tengo no puedo utilizarlas por falta de carne.

"En fin, el Coronel Núnez lo impondrá personalmente de las necesidades que pasamos, y espero que Vd. se tomará algún interés a fin de evitarlas.

"Sin más lo saluda su amigo. — Rafael A. Pons.

*Elementos bélicos —*

Respecto a los sufrimientos y penurias pasados en las Islas del Paraná por los hombres que se estaban militarizando para la empresa, es documento de irrefutable elocuencia la precedente carta del bravo y experto jefe que queda reproducida.

La razón de esa preparación previa con que se planeaba lanzar al combate a los revolucionarios, tiene su natural explicación en el hecho de que, por primera vez, una revolución contaba con armamento moderno para la época: fusiles de repetición y material explosivo.

En efecto, contaba la Junta de Guerra con fusiles Máuser y tubos de dinamita. El conocimiento que, forzosamente, tuvo por anticipado la satrapía bordista de esos pertrechos



de guerra en manos de los futuros revolucionarios, fué lo que puso en la prensa situacionista de la época la nota más aguda y procaz contra los "conspiradores" y los "dinamiteros" que se proponían derrocar, tan luego, al gobierno reconstructor de entonces.

Es interesante, sin embargo, establecer con qué sugerentes vocablos los dirigentes revolucionarios hacían mención a esos elementos, sobre todo, a las bombas explosivas, que lo eran del sistema "Orsini", accionadas a espoleta.

Ya vimos que el doctor Golfarini llama, a un bulto en que se remite una cantidad de ellas, "encantada encomienda". Posteriormente, en aviso pasado a don Antonio Paseyro, se expresa así:

"Ayer siguieron viaje las encantadas golondrinas a las inmediatas órdenes del señor Gil y custodiadas por el guerrero Martín Obando, quien usaba traje de paisano, pero armado de espada y revólver para cuando montara a caballo".

El Coronel Núñez a su vez también reclama de don Antonio Paseyro, en estos términos, sus "repuestos":

"Querido Paseyro: Muy tarde, a las 11 p. m. salimos de la casa del doctor Golfarini y por eso no regresé, pues indudablemente ya usted dormía a esa hora.

"Hágame el servicio de envolver en un diario — mis repuestos! — y enviármelos por el portador, que es mi hijo y su humilde servidor.

"Luego andaré por allá. Su amigo. — Núñez".

*Un cuestionario previsor*

El pasaje de la gente a territorio uruguayo era asunto serio y arriesgado debido a la intensa vigilancia gubernista sobre las costas de litoral.

Para burlarla o reducirla con el fin de facilitar el pasaje de la expedición, he aquí el cuestionario extendido de puño y letra de don Antonio Paseyro, y que tenemos a la vista, que debió contestarse y se contestó, para prever las posibles contingencias.

Dice el cuestionario:

1.º — ¿Qué fuerzas de línea hay en el Departamento?

2.º — ¿En qué puntos se encuentran y en qué se ocupan?

3.º — ¿Qué fuerzas movilizadas (milicias) hay en el Departamento?

4.º — ¿En qué puntos están colocadas?

5.º — ¿Cómo se hace la vigilancia en las costas del Uruguay y qué puntos están vigilados?

6.º — ¿Qué vigilancia se hace en las costas del Río Negro y cuáles son los puntos vigilados?

7.º — ¿Qué armamento hay en la Jefatura y en el cuartel? ¿Qué armamento hay en otros parajes?

8.º — ¿Qué clase de vigilancia se ejerce de noche en la ciudad... y qué posiciones toman las tropas a esas horas?

9.º — Respecto a caballadas sobre el Uruguay, a una y otra margen del Río Negro: su situación?

*Un pacífico vecino*

Informando sobre los principales puntos, he aquí lo que contesta un meritorio vecino de Palmira, don Bernardo Pérez, pacífico comerciante, al parecer:

"Pasaré a informarle del trayecto que recorren los vaporcitos del Resguardo en la costa del Uruguay. Son los siguientes:

1.º "Tangarupá" entre Salto y Paysandú.

2.º "General Flores" y "Yaguarón" entre Fray Bentos y Paysandú.



3.º "Chapicuy" entre Fray Bentos y Colonia.

4.º "Vigilante" de Colonia a Maldonado.

"Las armas que tienen todos ellos son una ametralladora en la proa y de setenta a ochenta fusiles Máuser y los que los tripulan, de jefe abajo, son 10 a 12.

"También le comunico a usted que la "Suárez" pasó con armas y gente Uruguay arriba..

"La policía del pueblo sólo son 12 a 15 con el comisario a la cabeza. Las armas, que pueden tener no pasarán de 100 entre fusiles, carabinas y lanzas; los tiros que pueden tener no sé con fijeza el número.

"Del Sauce a Casablanca hay una guardia a cargo del capitán Acosta, que recorre día y noche".

*La clave telegráfica*

Veamos ahora un documento valiosísimo, que demostrará el meticuloso cuidado con que los dirigentes revolucionarios de 1897 prepararon la invasión y el pronunciamiento general en todo el país.

En efecto, la clave telegráfica revolucionaria revela, ella sola, gran parte del proceso gestatorio de la conspiración, desde que por su extensión y los numerosísimos puntos que abarca, su lectura basta para apreciar las ramificaciones y la trascendencia del movimiento.

Está redactada de puño y letra también de don Antonio Paseyro, siendo suyas, igualmente, las enmendaturas y modificaciones que su uso práctico determina. Está contenida en siete hojas de papel corriente de block, escritas a ambos lados y comprenden setenta y cuatro comunicaciones cifradas.

Apréciese un ejemplo práctico en este despacho original que tenemos a la vista y que tiene, al pie, la traducción. Dice así:

"Quarahy, Enero 19 de 1897. — A Rodolfo Horne. Defensa 152. Buenos Aires. — Encontré invernador hacienda en trozos. Necesito fondos pedidos. — Darío Rosas".

La tradución del despacho es la siguiente:

"A Antonio Paseyro. — Encontré hombres y armas de que habló Ignacio Mena. Necesito fondos pedidos. — Mario Gil".

---

Vamos a reproducir ahora otras fórmulas de la clave que giran sobre esta misma palabra: "poder".

"Remítanme poder" quiere decir: "Aparicio está impaciente por invadir y sólo espera las armas y las municiones para hacerlo".

"Mando poder". Traducción: "Regreso a ésa dejando todo arreglado y pronto para la acción al primer aviso de esa Junta".

"Necesito poder". Traducción: "No puedo encontrar a Aparicio, cuyo paradero ignórase".

La orden: "Invadan inmediatamente" ha de ser trasmitida por este inofensivo aviso telegráfico: "Escriban avisando estado asunto".

Con variantes del verbo contestar, aludiendo a una posible correspondencia comercial, encontramos estas fórmulas:

"Espero contestación". Traducción: "Aparicio cuenta con elementos de guerra y hombres y espera orden para invadir".

"Suplico contésteme". Traducción: "Aparicio, de acuerdo con Mena esperan las armas y las órdenes de esa Junta para invadir".

Y, por cierto, que nadie podría sospechar la grave significación del contenido de un despacho concebido en estos otros términos:



"Mañana carta" y que, nada menos, quiere decir: "Urge me remitan aparato telegráfico y tubos de dinamita".

### *Pseudónimos*

En hoja aparte encontramos los nombres figurados de jefes y dirigentes, de los que vamos a citar sólo algunos por su originalidad.

"Cándido Bernardo" es "General Aparicio Saravia".

"E. Fibradura" es el doctor Eduardo Acevedo Díaz.

"Concepto López", el doctor Duvimioso Terra.

"Gringo Fiel", el anagrama del doctor Juan A. Golfarini.

Según referencias de la misma hoja los telegramas procedentes de Bagé y Yaguarón deben ser firmados por "Cruz Hermanos".

### *La fijación de fechas*

Nada más ingenioso que el procedimiento de la clave para fijar la fecha del pronunciamiento. Reproducimos textualmente del documento que tenemos a la vista:

Pedro, día 1.º; Juan, día 2; Fernández, día 3; Rodríguez ,día 4; Serapio, día 5; Manuel, día 6; Ramón, día 7; Justino, día 8; Ventura, día 9; José, día 0.

Explicando la aplicación de la clave, el documento cuyos detalles reproducimos, continúa así:

"Para decir, por ejemplo, que tendrá lugar el día 14, se telegrafiará en la forma siguiente:

"Vea Pedro Rodríguez".

"Los amigos de la frontera, cuando estén prontos, lo avisarán con la misma clave. Por ejemplo, para decir que estarán prontos el día 15, harán un telegrama más o menos en esta forma:

"Mando títulos por Pedro Serapio".

Tal es, en inexpresivo resumen, lo que contiene ese valioso documento inédito y con cuyas secretas fórmulas se animó y dió impulso a la Revolución destinada a dar en tierra con una de las tantas satrapías que han afrentado a la República.

*Acción impersonal*

Hemos advertido ya que en la nutrida documentación que tenemos a la vista, en su mayor parte de carácter personalísimo, no encontramos una sola alusión al gobernante Idiarte Borda quien, por fuerza, era el representante máximo y autorizado del régimen imperante.

Centro y eje del sistema gubernativo, lógico hubiera sido que los conspiradores de 1897, en sus cartas o en sus comentarios hubiesen dejado impresos el apóstrofe o la maldición contra el hombre que es, entonces, la personificación de todos los males que azotan a la República.

Por su parte, Idiarte Borda no rehuye las consecuencias de la tremenda culpa y como otros gobernantes de su laya, adelanta el pecho, ufano, para llamar a sí la responsabilidad presente e histórica del régimen que preside.

Es la eterna inconsciencia de estos Césares sin púrpura, trabajados por la morbosa vanidad de ridícula y desbordada egolatría.

Sin embargo, escrita con tinta violeta firme y esmerada letra caligráfica, una carta hemos encontrado en la que el firmante hace una alusión al "Vasco Idiarte Borda", la única entre centenares de nuestro archivo, en que se nombra al repudiado gobernante y se le maldice con frase de fuego.



La carta está escrita en papel de block, tiene un membrete tipográfico que dice: "Estación Melchor Romero". Y abajo: "Ferro Carril Ensenada".

El tráfico de armas y otros implementos bélicos de que dispone la Junta ha de hacerse en forma indirecta y tratando que intervengan en él personas de confianza. Se explica, pues, que se haya tenido que dar un rodeo hasta Estación Melchor Romero buscando segura expedición a lo que se refiere el autor de la carta y que el lector deducirá de qué se trata con sólo léer la alusión que en ella se hace a Borda.

He aquí la carta:

"M. Romero, Enero 23 de 1897. — Señor don Antonio Paseyro. Buenos Aires. — Mi estimado amigo: Hoy he recibido su muy grata carta y enterado de su contenido tengo el agrado de adjuntarle una carta de porte, correspondiente a un paquete que hoy remito por encomienda a la Estación Central, dirigido a su hombre; y Dios quiera que su contenido sirva para darle el tiro de gracia al vasco don Juan Idiarte Borda!

"Con referencia a los otros artículos que me pide los tendré muy en cuenta y haré todo lo posible por ver si algo más puedo conseguirle.

"Quedando como siempre a sus órdenes, tengo el agrado de saludarlo y desearle felicidad. — Miguel V. Bardier".

*Armas para la Revolución*

Es interesante observar cómo los revolucionarios de 1897 obvian las dificultades opuestas al propósito de hacerse de armamento.

Ofrecemos dos cartas de Antonio Defranqui, de Rosario de Santa Fe, en las que se percibe claramente el esfuerzo realmente titánico que realizan los conspiradores buscando armas. También de una de ellas surge la desconcertante

sospecha de haberse producido una interferencia con propósitos subversivos del ex-dictador Latorre quien, desterrado en la Argentina, nunca abandonó definitivamente la idea de reconquistar su antigua influencia y poder en el país.

"Rosario, Diciembre 17 de 1896. — Querido Antonio: Acaba de estar conmigo la persona que ofrecía los mil fusiles y me mostró un telegrama en que le dicen que compran hasta cuatro mil al precio de $ 35.50 convenido. Da el telegrama como negocio hecho.

"A mi me mostró una carta de la misma persona que hace el telegrama, en la cual le pedían que los fusiles debían ser con bayoneta y cartuchera, cuya no fué contestada y según el telegrama de hoy parece que hacen el negocio sin ese requisito.

"Ahora bien, este señor me dice que haciendo el negocio aquí, los daría al precio de $ 33, incluso los mil tiros. Que tienen disponibles dos mil, entre no menos de 500 con machetes y una cantidad de bolsas para munición que irán incluídas en el precio de $ 33.

"Creen, pero no aseguran, que los machetes alcanzan a 800.

"Me parece, pues, que si este negocio es para nuestra Junta, es más conveniente hacerlo aquí por la rebaja que hacen por las causas indicadas anteriormente.

"He quedado convenido en que espere contestación de ustedes hasta mañana a las 12. Si no me avisan nada ustedes él hará el negocio con los de Buenos Aires.

"Espero, pues, que tan pronto como recibas ésta, me contestes telegráficamente, para darle respuesta a este señor.

"Te saluda con cariño tu amigo. — A. Defranqui".

---

"Rosario, Diciembre 18 de 1896. — Querido Antonio: Recibí tu carta y dos telegramas. Estamos intrigados por



el negocio de los dos mil fusiles, que según el encargado aquí es negocio realizado y vendrán a recibirlos mañana o pasado.

"Este señor tiene la creencia que esa compra es para el comité revolucionario nuestro; según tu telegrama no es para nosotros.

"¿Quiénes, pues, son los compradores? ¿Serán cosas de Latorre? ¿Serán los descontentos con Borda allí en Montevideo, o será el gobierno nacional o el provincial a fin de desarmar a la oposición?

"El encargado aquí me asegura que la negociación se hace bajo el concepto que las armas son para revolucionarios orientales.

"Veremos en qué queda este misterio.

"A otra cosa.

"He pasado y estoy pasando un mal rato.

"Los 40 del comandante Baez resultaron en mal estado y no se recibieron, así es que me veo en serios apuros para completar el número; sin embargo, espero tenerlos prontos para mañana.

"Pueden contar con ellos como cosa casi segura. Esto no le digas a Golfarini, pues de un modo o de otro los llevaremos.

"De vapores te diré algo mañana.

"Te saluda con cariño. — A. Defranqui".

En otra carta de fecha 30 de Diciembre de 1896, Defranqui comunica: "tenemos prontas, limpias y arregladas 120 armas, entre ellas 50 con machetes, algunas bolsas de munición, cananas, etc.

"En cuanto a vapor — agrega — hay aquí uno con capacidad para 400 o 500 hombres que haría el viaje a la Boca del Bravo ,cargando la expedición en un punto cercano al Rosario".

## VIII

### 1897 - 1935

No es por mera fruición detallista que hemos reproducido la documentación reveladora de algunas intimidades del proceso revolucionario.

Nuestro propósito es, por el contrario, mostrar a las generaciones actuales que siempre han existido, oponiéndose a la acción directa contra los regímenes de fuerza, las mismas dificultades prácticas y los mismos conflictos morales.

Hemos visto lijeramente la conspiración por dentro...

Desfilan ante nuestros ojos, moviéndose con tosuda perseverancia, cada uno de aquellos hombres, como todos trabajados por sus pasiones y humanas reacciones, pero que se transforman, instantáneamente, en una rígida voluntad al servicio de la Revolución, cuando les llega el turno de actuar.

No se ha palpado ahora, acaso, el mismo fenómeno?

¿No han surgido corrientes contra revolucionarias estando, ya en marcha, la Revolución? No se ha tropezado con infidentes y con traidores, con simuladores o elementos totalmente incapacitados, por su simplicidad mental, para toda acción?

Quizás el ambiente popular fuera, en 1935, mucho más favorable a la Revolución que en 1897. Pocas veces en el país ha sido más totalizado el repudio al régimen de gobierno imperante, como el que se observa en el período 1933-35.

Hay, por consiguiente, una neta conciencia revolucionaria en acción. Sólo resta encauzarla y dirigirla al objeto práctico que tornaría fecundo su estallido.

Y esto es, precisamente, la falla fundamental del frustrado movimiento de Enero de 1935. Careció de organiza-



ción básica, diluyéndose las energías propulsoras que pudieran orientarlo y volverlo fructífero, en el mar sin orillas de las presunciones optimistas.

Los revolucionarios de 1897 martillan constantemente sobre esta necesidad: formar un núcleo armado y disciplinado que sirviera de base para un ejército ciudadano teniendo en cuenta que era imprescindible batir las formaciones mercenarias gubernistas, único sostén, antes como ahora, de las oligarquías.

A eso, pues, se encaminaron sus esfuerzos, a ese fin se concretaron todas sus energías.

No se llenó en Enero tan elemental previsión. No existió, en el país ni fuera de él, un solo foco cohesionador que sirviese de base, no ya para la formación de un ejército, sino para ensayar una resistencia eficaz frente a un solo batallón gubernista.

Fuera de la sangrienta acción de Paso Morlán, un éxito de la temeridad revolucionaria del que no se saca provecho alguno, no se produce en el resto del territorio de la República una sola concentración insurgente que cumpla la etapa elemental y rudimentaria de toda revolución: embestir, luchar, desplazarse derribando lo que pueda derribar, golpeando con mano dura cuando no le sea posible vencer el obstáculo.

Repetiremos aquí un concepto ya expresado en otra oportunidad.

Los caídos en Paso Morlán son héroes en acción. Sobre sus frentes no se posa la palma de la sublime pasividad del martirio. Soldados activos de una causa generosa, desagravian prácticamente a la ciudadanía ultrajada e indefensa muriendo luchando, disparando sus fusiles vengadores sobre el pecho de la oligarquía.

Esa es la Revolución.

Al Norte una columna de 600 hombres constituye el núcleo mayor que se agrupa y pretende formalizar un ejército. Sin embargo, el medroso y asustadizo temperamento de los observadores militares gubernistas la supone formada por tres mil ciudadanos en armas!

El brillante cronista de la "División Cerro Largo" confirma el dato de que no pasaban de 150 los que tenían armas.

El movimiento de 1897 es objeto de un meticuloso cuidado. Los conspiradores trabajan de firme reuniendo elementos y tratando de que, por lo menos, por dos puntos opuestos se produzca la invasión: al norte Saravia y Mena y por el sur, Lamas y Núñez.

En 1935 la bizarría del jefe revolucionario, veterano de 1897 también, lo induce a internarse por la frontera brasilera con media docena de amigos y escasos elementos. Zavala Muniz habla del "parque de la División" objetivado en un pequeño "Ford" que sigue a la columna.

En 1897 se cortan líneas telegráficas, se obstruyen puentes y no hay un sólo rincón señalado del país donde, obedeciendo a una consigna estipulada, no se produzca una concentración revolucionaria que ha de moverse, después, con rumbo anticipadamente trazado.

En 1935 todo el país se conmueve al circularse la consigna del alzamiento; pero no hay concentraciones, no hay coordinación de movimientos y los ciudadanos, sin armas, han de contemplar, cómo el gobierno no encuentra la dificultad de una sola línea telegráfica interrumpida, de una sola vía ferroviaria cortada, de un sólo puente inutilizado.

Se argüirá: uno de los partidos comprometidos no acudió a la cita... Demos por admitido que ese partido no colaboró en la empresa revolucionaria por estas razones: porque no quiso, porque no pudo o porque hubo confusión y no se entendieron sobre la fecha exacta del pronunciamiento.



Son razones suficientes para conformar al más implacable de los inquisidores. Dejando de lado, porque ahora no interesa, el grado de responsabilidad que le corresponda según sea la expresión de hechos que establezca el veredicto definitivo, es el caso de preguntarse: qué preparación, qué elementos, qué organización, qué directivas regían el plan revolucionario del otro partido que dió la consigna el 28 de Enero?

Como los hechos demuestran concluyentemente que ese partido al momento de lanzarse a la acción directa no contaba con preparación, ni elementos, ni organización, ni con directivas eficaces para hacer la revolución, sería obligado deducir que el éxito debió cifrarlo en la eficacia con que acometiera la empresa el otro partido.

Y en último término, eliminando incógnitas, podría llegarse a la conclusión, como lo estableció en su manifiesto final el jefe revolucionario, que la verdadera causa del fracaso hay que buscarla en la deserción de algunos jefes militares gubernistas que no cumplieron la palabra empeñada.

No hacemos ningún cargo, ni deseamos se dé a nuestros juicios otro valor que el derivado de una observación objetiva de los hechos. Hemos sostenido antes de ahora, que la oposición popular al régimen terrista es implacable, enconada, erizada de inextinguible agresividad. Pero la revolución que se merece y habría que hacerle aun no se ha llevado a cabo porque una revolución es el fruto de un reducido número de voluntades realizadoras aplicadas a ese propósito, trabajando en el silencio fecundo de la conspiración que excluye, desde luego, la clamorosa y permanente agitación de grandes masas, cuánto más grandes más inconducentes al fin práctico de oponer la fuerza sin organizar a la fuerza ya organizada.

Comprendemos que la ansiedad pública debe tener una válvula de escape en estos casos y que los dirigentes responsables lleguen a plantearse la disyuntiva suprema de "no hacer nada" contra un régimen unánimemente repudiado o "hacer algo", imperfecto, desorganizado y azaroso, con tal de dar satisfacción a la conciencia revolucionaria que pugna por hallar adecuada cristalización.

Pero aún asimismo anotamos en el movimiento de Enero falta de adaptación a la táctica más eficaz de acuerdo a las circunstancias y a los medios disponibles. Claro que si uno de estos "medios" era la confianza y la esperanza puestas en la promesa de jefes militares gubernistas de volver sus espadas contra quien las hizo desenvainar en Marzo de 1933, sin honra y sin honor, contra la ley, contra la Constitución y contra el pueblo, bien pudo prescindirse, no ya de detalles, sino de la organización fundamental del pronunciamiento.

Permítasenos, sin embargo, advertir que esa misma confianza en la reacción del militar gubernista es, no ya un error de detalle, sino básico e irreparable. Hasta por razones de seguridad, no ya de moral cívica, el concurso del ejército, hasta ahora sostén y cómplice de la oligarquía, debe ser cosa subsidiaria y tan sólo para tener en cuenta en la organización del permanente fermento revolucionario que crea la situación terrista y todas cuantas, directa o indirectamente, sean su continuación o su consecuencia.

No exageramos ni nos colocamos en el extremo de una de las realidades posibles, si afirmamos rotundamente que de la situación a que arrastra al país el motín militar y policial de Marzo, no se saldrá sino por la depuración drástica que imponga un movimiento a fondo de las energías y los impulsos del pueblo, haciéndose justicia por propia mano.



Para confiar en la reacción del militar gubernista, es necesario no conocer su mentalidad, su moral ni sus limitados alcances intelectuales. Por lo menos el militar contemporáneo de Terra, contemporáneo no sólo por edad sino por los amoralismos ambientes que inducen, al uno, a la dictadura y a los otros a acariciar la ilusión de un retorno a irracional preponderancia de clase, ese, por lo menos, es un ser orgánicamente tallado para ofrecer, como dice Vaz Ferreira, la blandura para arriba y la dureza para abajo.

El militar de antaño, el de Latorre y Santos, era un espécimen que conservaba en medio a su adhesión servil al que mandaba, como una chispa espiritual propia, que le permitía mantener intacto un fondo de valor personal dispuesto a afrontar los riesgos de cualquier aventura. Llegaba el momento de jugarse y se jugaba sin medir riesgos ni calcular posibilidades. Hijo de sus impulsos, buenos o malos, no hurtaba el cuerpo al peligro.

El militar de antes hubiera requerido, para su mejor conformación profesional, el freno de una disciplina racionalizada hasta la auto-inmolación como medio de encauzarlo por las sendas de la perfección cultural adecuada a la época.

Por ese procedimiento Latorre y Santos no habrían dejado la impronta de su garra cuartelera sobre las más luctuosas páginas de nuestra historia política.

En cambio, el militar actual, si algo requiere para devolverle personalidad civil, para ponerlo a tono con las exigencias culturales de la civilización y la democracia, para remodelar su espíritu anquilosado por una disciplina anestesiadora y el ritmo automático de su vida burocratizada, es la necesidad de arrancarlo de la inicua postración mental que lo transforma en un vientre con uniforme, sin que baste a salvarlo de la dureza del concepto, la decena de jefes y ofi-

ciales fieles a la Constitución y a la República que son perseguidos, vejados o destituidos ante la indiferencia cobarde o el asentimiento cómplice de sus compañeros de armas.

Es imposible cerrar los ojos a esta evidencia. Confiar, pues, en la cooperación del ejército de línea para restaurar en la República el régimen de la legalidad y del orden, de la democracia y el sufragio auténtico, de cuya experiencia el militar a sueldo ha deducido la inferioridad de su rol de máquina al servicio de quien le paga, para matar y hacerse matar sin preguntar por qué, — es incurrir en máxima credulidad.

Y la invidencia política en una empresa revolucionaria es tan perjudicial como el exceso de previsión.

En 1897, ante ofrecimientos de una colaboración semejante, la Junta de Guerra no tomó en cuenta las propuestas.

La prueba la obtenemos del acta de la Junta correspondiente a la sesión del 16 de Febrero, que dice así:

"En la ciudad de Buenos Aires a diez y seis de Febrero de mil ochocientos noventa y siete reunidos los miembros del Comité Doctores Tomé, Herrera, Golfarini, Moratorio, Botana, Terra, Berra y Morales, el señor Presidente declaró abierta la sesión siendo la una y media p. m.

"El doctor Herrera dió cuenta de una carta que había recibido del doctor Berinduague avisándole que se le había visto en Montevideo para que se demorase el movimiento hasta el 18, pues los colorados llamados independientes debían enviar al señor Jacobo Varela para tratar de llegar a un acuerdo con el Comité.

"También leyó otra carta del doctor Aureliano Rodríguez Larreta comunicando que se hacían trabajos activos para que el General Muniz se plegase a la Revolución".

Y a renglón seguido, consigna el acta esta referencia



a una de las tantas dificultades que deben salvar con perseverancia y valor los conjurados:

"En seguida se hizo pasar al señor Paseyro para que diese cuenta de su misión a Gualeguaychú. Explicó lo que había hecho y las dificultades con que había tropezado para reunir los hombres y las armas que había tomado la cañonera argentina "Paraná".

En 1897, pues, el mismo partido que en Enero de 1935 se lanza al sacrificio supremo confiado en la colaboración de elementos de un ejército que es el único sostén de la oligarquía, no toma en cuenta promesas ni ofrecimientos formulados en igual sentido porque descarta que su procedencia invalida fundamentalmente toda posibilidad de realización.

Y en cambio, frente a la proposición concreta de la prometida alianza adversaria, llama al seno de su Junta de Guerra a quien ha de darle cuenta de cómo, por sus cabales y confiado en sus solos recursos, ha tenido que trabajar para reatar el encadenamiento de la acción revolucionaria, bruscamente interrumpido por la imprevisible intervención de una cañonera argentina.

Enfrentamos ambas actitudes, no con propósitos de crítica o censura, desde que ya hemos establecido que sólo nos guía, al escribir estas páginas, el comentario objetivo de hechos que no por ignorarse, ocultarse o pasar inadvertidos han dejado, por eso, de producirse.

Para atender esas solicitudes de colaboración la Junta de Guerra debía alterar sus planes, modificar la organización y hasta postergar la fecha del pronunciamiento. Admitirlas era, por consiguiente, perder el control de la acción propia para subordinarla a los vaivenes de una cooperación contingente.

Y obsérvese además, una coincidencia impresionante que surge de la lectura del acta reproducida: es el doctor

Berinduague quien escribe a la Junta de Guerra proponiendo "que se demorase el movimiento hasta el 18, pues los colorados llamados independientes debían enviar al señor Jacobo Varela para tratar de llegar a un acuerdo con el Comité".

Ese doctor Berinduague es el mismo que en el mes de Setiembre del año anterior, en la sesión del Directorio ya descrita por Basilio Muñoz, niega a Saravia en persona la colaboración y el apoyo que el caudillo reclama de aquella autoridad partidaria para llevar a cabo la empresa revolucionaria...

La lección de los hechos es terrible.

## IX

## ORGANIZANDO LA EXPEDICION

Fueron instantes de profunda emoción los vividos por los revolucionarios al aproximarse la fecha señalada para proceder a la invasión del territorio patrio. Pese a su apariencia invulnerable, la coraza de aquellos formidables luchadores tenía un punto débil sobre el corazón...

Cuánto más próxima la fecha, más irreal parecía la empresa acometida. Se diría que el instante supremo de la resolución los acercaba, más que a un hecho planeado y calculado, a un sueño irrealizable.

No pretenderemos traducir aquí ese estado emocional propio de los grandes espíritus, recios en la brega por el ideal, pero cuyo fondo profundamente humano los traiciona al percibir, sobre la sensible entraña, el calor de vida que ellos mismos dan a las creaciones de su carácter y de su temple.

Ninguna mejor traducción de aquellas vísperas heroicas, que la ofrecida por las Actas mismas de la Junta de Guerra que preside el doctor Golfarini.



El lector encontrará en ellas — elegiremos las más elocuentes — la vibración viril que galvaniza a los cruzados, expresada en la objetividad de detalles que aún hoy asombran por la espartana tranquilidad con que se documentan sin presentir la educadora lección de cosas que para las generaciones actuales significa la exhumación, a cuarenta años, de tan hondo sentimiento republicano, servido con tan sencilla y admirable abnegación.

### Primeras disposiciones

Acta N.º 4. — En la ciudad de Buenos Aires a seis de Febrero de mil ochoocientos noventa y siete, reunidos en la sala de sesiones los miembros de la Junta doctores Tomé, Herrera, Golfarini, Berra, Moratorio, Botana, Morales y ciudadanos Gómez y Gotuzzo, el señor Presidente declaró abierta la sesión siendo las 5 y 30 p. m.

Manifiesta enseguida el señor Presidente que consideraba acto de estricta justicia incorporar a la Junta al señor Ventura Gotuzzo y que proponía se le designase para el puesto de pro secretario. Habiendo sido aceptada esta moción por unanimidad, se invitó al señor Gotuzzo a pasar al salón de sesiones, quedando desde ese momento incorporado a la Junta.

—En seguida se dió lectura a un telegrama del General Saravia manifestando que no se hallaba pronto para invadir el día 10 del corriente y que enviaba un comisionado.

—Se leyó una carta del doctor Terra manifestando que se había embarcado con destino a la Isla, donde se efectuaba la concentración, 90 hombres y 190 fusiles, y que él partía para Santa Fe a reunir nuevos elementos. Manifiesta también que el señor H. J. J. Shaw, había cedido generosamente el vapor para el transporte del referido contingente, debiendo la Junta pagar el carbón.

—Se dió cuenta de una nota del señor Antonio Paseyro, fechada en Gualeguaychú, dando cuenta de que había encontrado muy dispersos los elementos que en un principio se habían reunido. Que esperaba, no obstante, tener disponibles dentro de breves días unos ciento y tantos hombres, pero que le era indispensable para realizar esta operación, se le remitieran quinientos pesos m|n.; manifiesta además haber en esa localidad 70 armas.

Se resolvió enviar la suma pedida por giro telegráfico.

—Se resolvió que se alquilase una sala en la calle Independencia 865, para instalar la Junta en ella.

### Preparativos: el plan de campaña

Acta N.° 5. — En la ciudad de Buenos Aires a ocho de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos en el local de sesiones los señores miembros de la Junta, doctores Tomé, Herrera, Botana, Berra, Morales, Moratorio y señores Gómez y Gotuzzo, con asistencia del señor Mayor Lamas.

El señor Presidente dió cuenta de que los señores Natalio y Mancini le han comunicado por esquela que a consecuencia de las modificaciones pedidas en los uniformes que se les encargan no les es posible hacerlos por el precio convenido y solicitan una bonificación de treinta centavos en cada uno de ellos.

El doctor Golfarini agregó que posteriormente había arreglado con dichos señores que los harían al precio antes convenido, pero que en compensación no harían el descuento estipulado del 5 o|o. La Junta aceptó el arreglo celebrado por el doctor Golfarini.

—Se dió lectura a una carta y un telegrama del señor Paseyro, de Gualeguaychí, dando cuenta de estar pronto



para embarcar la gente allí existente con destino a la Isla, pues su estadía está causando serios gastos y dificultades de todo género. Se acordó contestarle telegráficamente ordenando la remisión de ese contigente, ya sea en lanchas o vapor a la Boca del Bravo donde lo esperará el vapor "Orestes" para trasladarlo y conducirlo al punto de concentración.

—El Mayor Lamas expuso el plan de campaña que se le había encomendado, dando extensas explicaciones que la Junta oyó con verdadero interés. No pudiendo expedirse sobre tan difícil materia la Junta resolvió tener en cuenta el informe del señor Lamas y adoptarlo o modificarlo así que los trabajos lleguen a su terminación.

### Vías férreas y telegráficas. — Una gestión desconcertante del Ferro Carril Central del Uruguay. — Aprestos guerreros.

Acta N.° 6. — En la ciudad de Buenos Aires, a nueve de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos los miembros de la Junta doctores Tomé, Herrera, Berra, Botana, Moratorio, Morales y señores Gómez y Gotuzzo, el señor Presidente declaró abierta la sesión. Se dió lectura del acta de fecha 6 de Febrero y fué aprobada. El señor Presidente hace saber a la Junta que se encuentra presente el señor D. Ramón Suárez con quien puede cambiarse ideas sobre el mejor medio de inutilizar las vías férreas del centro de la República. Se hace pasar a dicho señor y concediéndosele la palabra, expuso: que el Gerente del Ferro Carril del Uruguay le había dicho que no había necesidad de que los revolucionarios inutilizaran puentes y trozos de vía férrea, pues que estando cuadrillas de peones a distancias cortas, podían ser intimadas para verificar esos trabajos, sin

perjudicar a los intereses del Ferro Carril; que al efecto y para obtener seguridad de que así se podría hacer escribiría al señor Gerente del Ferro Carril pidiéndole viniese a ésta para conferenciar con el señor Presidente y siempre que esto fuera posible. Se aprueba el pensamiento y se autoriza al señor Suárez para escribir o entenderse personalmente con el Gerente.

—El señor Millot, presente en la sesión, expuso también que se comprometía a interrumpir las líneas telegráficas y férreas en toda la extensión Norte sobre el Uruguay, pero que no podía estar pronto antes del 18 del corriente. Se le pidió hiciera un presupuesto de todo lo que fuera preciso, quedando en entregarlo al día siguiente.

—Se da lectura de una nota del Comandante Chaves, solicitando cajas y clarines que necesita para el campamento en la Isla. Se acordó remitirle cuatro tambores y dos clarines.

—Se da lectura de una nota de D. Justo González anunciando haber embarcado 49 hombres para la Isla y solicitando trescientos pesos para el segundo jefe de su Batallón. Se acordó concederle en virtud de que había entregado once fusiles.

—Se da lectura de una nota del doctor Terra, comunicando haber embarcado en Rosario 90 hombres y 190 fusiles, y diciendo que sigue para Santa Fe donde embarcará la gente allí existente y 300 fusiles y 400 lanzas. Archívese.

### Lamas, Saravia y Mena

Acta N.° 10. — En la ciudad de Buenos Aires, a diez de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos los miembros del Comité doctores Tomé, Herrera, Golfarini, Berra, Botana, Moratorio y Morales y los señores Gotuzzo y Gómez, el señor Presidente declaró abierta la sesión y



dijo: Que habiéndose nombrado al Coronel Lamas consejero de esta Junta en lo que se refería a los elementos bélicos y planes militares que debieran adoptarse, era de opinión que se le invitara a la sesión. Así se resolvió.

—El señor Pastoriza da cuenta de una comisión cerca de Saravia y dice: que éste cuenta con 700 fusiles Cambleurs, 200 fusiles, 500 mil tiros y mil hombres, necesitando cinco mil pesos oro para movilizarlos.

Que el Coronel Mena tiene 500 hombres, pero necesita también cinco mil pesos oro.

El Comité resuelve que no encontrándose con el dinero para atender esos pedidos, por más justos que se reconocen, no puede por el momento acceder a ellos, esperándose a que las entradas de dinero lo permitan.

### Se ajusta la máquina

Acta N.° 16. — En la ciudad de Buenos Aires a veinte y uno de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos los miembros de la Junta doctores Tomé, Herrera, Golfarini, Terra, Berra, Moratorio, Botana, Morales y señor Gómez el señor Presidente declaró abierta la sesión siendo las 10 p. m.

Acto continuo se tomaron las resoluciones siguientes:

1.° Tomar un vapor que con el "Orestes" transporte a la Isla de Olivera los 139 hombres que fueron traídos por la cañonera "Paraná", más ochenta que hay listos en el corralón de la calle Cavia.

2.° Enviar al doctor Terra al Rosario para que intervenga en el envío a la Isla de la gente reunida y armada por el Coronel Baraldo y señor Ignacio Risso, haciéndoles un giro por mil pesos m|n.

3.º Hacer telegrama a Carlos Alberto Antúnez y Aroztegui pidiéndoles contestación al telegrama enviado al General Saravia.

4.º Llamar al Coronel Núñez después que se instale en la Isla de Olivera la gente que debe ir el lunes a fin de acordar las últimas medidas relativas a la invasión.

5.º Tomar un vapor para llevarla a cabo con las fuerzas del Coronel Núñez y en caso necesario apoderarse de un vapor de la carrera que lleve bandera oriental.

6.º Pasar a la Comisión Auxiliar recolectadora de fondos pidiéndole remita los que haya reunido, antes del 3 de Marzo próximo.

7.º Hacer gestiones para obtener la devolución de las armas que tomó la cañonera "Paraná" a la expedición que venía de Gualeguaychú.

8.º Mandar dos oficiales armeros a la Isla para reparar todas las armas. Enseguida el doctor Terra leyó un proyecto de manifiesto que debería lanzar la Junta dirigiéndose al país.

### Los últimos toques de la organización. — El egoísmo de los adinerados del partido

Acta N.º 17. — En la ciudad de Buenos Aires a veinte y tres de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos los miembros de la Junta doctores Tomé, Herrera, Golfarini, Terra, Moratorio, Botana, Morales y Coronel Lamas, el señor Presidente declaró abierta la sesión siendo las nueve y cuarenta y seis p. m.

Acto continuo el señor Presidente indicó la conveniencia de designar al general en jefe así como un representante de la Junta en el ejército. Después de un cambio de ideas se vota si se nombra un general en jefe interino a los efectos de la guerra actual y resulta afirmativa votando por la ne-



gativa el doctor Terra, designando para ocupar el expresado cargo al General Aparicio Saravia.

—Se pasó a tratar enseguida del nombramiento de varios delegados de la Junta en el ejército.

El doctor Herrera manifestó que a su juicio era el doctor Terra el designado para desempeñar ese cargo, que bastaba con un delegado que llevase instrucciones precisas de la Junta.

Habiéndose adherido a esa indicación los señores presentes fué designado el doctor Duvimioso Terra para desempeñar el cargo de delegado de la Junta de Guerra en el ejército.

—Se resuelve que los secretarios de los Jefes en campaña sean asimilados a Tenientes Coroneles. En tal carácter se designa en comisión a los señores doctor Mario L. Gil y Antonio Paseyro.

—Se resuelve también pasar nota al doctor Alberto Lerena de San José y Comandante González de Trinidad haciéndoles ver la necesidad imprescindible de que el día que se les indique las fuerzas de San José y Flores se aproximen a la costa con caballadas a proteger la expedición que debía salir de las Islas.

—Enseguida se labró un acta que fué firmada por todos los miembros de la Junta, haciéndose solidarios del crédito pedido al Banco de la Nación por la suma de 15.000 pesos moneda nacional, y que dice así: "Buenos Aires, Febrero 22 de 1897. Reunidos los miembros de la Junta cuyos nombres se expresan al margen y que suscriben esta acta, en vista de su objeto se abrió la sesión bajo la presidencia del doctor Juan A. Golfarini. Se puso a consideración el estado financiero de la Junta y las dificultades con que luchaba por falta de recursos pecuniarios debido en gran parte al egoísmo de casi la totalidad de los hombres de fortuna del

partido. Después de indicarse varios medios de salvar esta dificultad que no satisficieron a la Junta porque todos ellos requerían un tiempo de que no puede disponerse, el doctor Morales manifestó que a la altura a que habían llegado los trabajos no era posible retroceder y que en consecuencia la Junta debía arbitrar los recursos que faltaban aunque para ello hubiese que hacer cualquier género de sacrificios.

El doctor Terra apoyó esta indicación y manifestó que la manera práctica de realizar la idea indicada, sería que la Junta gestionase un préstamo de treinta mil pesos moneda nacional en el Banco de la Nación, bajo la responsabilidad de todos los miembros de la Junta; que esa responsabilidad era de presumirse que no se volviera muy onerosa desde que todos los fondos que entrasen fuesen destinados a la amortización de dicho préstamo. Manifestó dicho señor que para facilitar la operación ofrecía un terreno de diez cuadras situado en el Partido de Barracas al Sur, cuyas escrituras pone a disposición de la Junta. Después de breve discusión y aprobada dicha moción se encargó a los doctores Golfarini, Berra y Morales de gestionar el préstamo.

**No se modifica el plan**

Acta N.º 18. — En la ciudad de Buenos Aires a veinte y cuatro de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos los miembros de la Junta doctores Golfarini, Terra, Berra, Morales y señores Smith y Requena, el señor Presidente declaró abierta la sesión siendo las cinco p. m.

El señor Presidente dijo que el señor Haedo tenía algo que comunicar a la Junta.

El señor Haedo dijo que la gente de Trinidad estaba pronta y deseaba saber el día de la invasión, y si se había cambiado algo el plan. Que en caso de efectuarse el desembarco en las cercanías de la Agraciada la gente de Dolores podría acercar 1000 caballos.

—El Coronel Lamas manifestó, en vista de la carta que se había recibido del Comandante González diciendo que no podía levantarse hasta después de 48 horas de conocerse la invasión del General Saravia, que había conveniencia de oír a los señores Pita y Rodríguez de San José.

Estos señores manifestaron que podían asegurar que la gente de San José estaría el día y en el sitio indicados con los caballos necesarios para proteger su desembarco.

En vista de esto se convino en mantener las resoluciones anteriores.

No habiendo más asuntos que tratar se levantó la sesión siendo las seis y treinta de la tarde.



**Saravia está pronto. — Médicos para la Revolución. — La Comisión Ejecutiva**

Acta N.º 19. — En la ciudad de Buenos Aires a veinte y cuatro de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos lo miembros de la Junta doctores Tomé, Herrera, Terra, Golfarini, Berra, Moratorio, Botana, Imas, Morales y señores Gómez, Gotuzzo, Smith y Requena el señor Presidente declaró abierta la sesión siendo las nueve y treinta a. m.

El señor Presidente leyó el telegrama del General Saravia diciendo estar pronto para invadir el primero, como se le había ordenado.

Propuesto enseguida que se nombrase una comisión ejecutiva de tres miembros para que procediere con plenos poderes para tomar las últimas disposiciones relativas a la próxima invasión al mando de los Coroneles Lamas y Núñez.

Se resolvió nombrar para formar esa Comisión a los señores doctor Golfarini, Coronel Lamas y doctor Morales.

El doctor Terra propone se nombre una comisión provisoria y se designa para formarla a los doctores Berra, Botana y señor Requena.

El señor Presidente da cuenta de que va una comisión de médicos para incorporarse a las fuerzas del General Saravia, que se ha dado los útiles necesarios al doctor Saverio y pide se entregue algún dinero al doctor Vidal y Fuentes para que haga telegramas comunicando lo que ocurra en la frontera.

Se votan 100 pesos oro con autorización para girar mayor cantidad en caso necesario.

## X

### La Comisión Ejecutiva. — El juramento. — Lugar de la invasión. — Se precipitan los acontecimientos

Acta N.º 1. — En Buenos Aires a veinte y cuatro de Febrero de mil ochocientos noventa y siete, reunidos en el local de sus sesiones la Comisión Ejecutiva de la Junta de Guerra, nombrada en sesión última, compuesta por el doctor Juan Angel Golfarini como presidente y los señores doctor Carlos M.a Morales y Coronel Diego Lamas, el presidente declaró que de acuerdo con las prerrogativas y derechos con que la Comisión había sido investida, lo primero que debía hacerse, era el juramento y formal promesa de que todos y cada uno de los puntos tanto en el orden político como financiero a que los primeros más de una vez estarían ligados, debían ser de la más absoluta reserva, con el fin de arribar a resultados inmediatos y prácticos.

Así se resolvió.

El doctor Golfarini presentó un proyecto general de invasiones, que en general había sido ya estudiado y cuya



sanción se imponía, a fin de activar y ultimar los hechos a producirse.

Ese pliego, proyecto de invasiones, fué ampliado por los señores Coronel Lamas y doctor Morales, resolviéndose los puntos siguientes:

1.º Elección de desembarco en Puerto Sauce, de acuerdo con la Comisión del Departamento de San José, representado en aquel acto por los señores Manuel Rodríguez y Pita, quienes bajo la más formal promesa y de acuerdo con los compromisos anteriormente contraídos con la Junta se comprometieron a aportar de mil a dos mil caballos en el lugar del desembarco, sin otra excusa que el aviso dado dos días antes del pasaje de la imposibilidad del hecho por fuerza mayor, lo que de parte a parte se comunicaría y para cuyo efecto se convino la clave especial telegráfica con dicho señor Pita, quien quedó a la vez encargado de hacer practicar la destrucción de vías férreas en lugares indicados, telégrafos, teléfonos y todo lo que imposibilitara a las fuerzas del gobierno para la movilidad de sus tropas.

Quedó igualmente autorizado para llevar la palabra de orden al señor Pampillón, convenida con el señor Smith, y con él o sin él. El compromiso de reunir caballada al día siguiente del desembarco, debía ser un compromiso formal, dado que de ese hecho dependería en gran parte el éxito de la expedición a realizar. Este punto fué aclarado y precisado en todo sentido, para que en ningún caso se alegara ignorancia respecto a la necesidad de su realización, debiendo desde el arribo del señor Pita a San José empezar los trabajos en ese sentido y ratificar el día del desembarco que desde ya se convino fuera...

2.º Se convino en telegrafiar al señor General Aparicio Saravia en términos que no dejaran duda alguna de la fecha precisa del movimiento que debía ser simultáneo y combi-

nado, reforzando ése envío telegráfico por medio de un comisionado ad-hoc que lo sería el señor doctor Alfredo Vidal y Fuentes, quien debiera trasmitir inmediatamente de llegar a cualquier punto de Río Grande, telegrama al General Saravia y diariamente a nosotros en todo lo que se relacione con el número de hombres, armamento, etc., del General, a cuyo efecto se autorizó al doctor Golfarini para convenir la clave con el doctor Vidal y Fuentes.

Al doctor Vidal y Fuentes se le adelantaron 100 pesos oro y se le autorizó a girar contra la Junta por los fondos que necesitara para dar cumplimiento a su misión.

El mismo doctor llevaría una nota para el señor General en Jefe en comisión y un fardo conteniendo el manifiesto del Comité Revolucionario.

3.° Encargar al señor doctor Golfarini de enviar al campamento dos oficiales armeros para componer y reparar las armas de la 2.a División.

5.° Comisionar al doctor Terra para apurar el envío a la Isla de los elementos reunidos en Rosario y Santa Fe, tanto en hombres como en pertrechos de guerra y a la vez autorización para tomar o contratar los vapores o vagón para el transporte de las tropas al territorio de la República, sin que esto obste a otros trabajos de la Junta en el mismo sentido.

6.° Ordenar al señor Mongrell su inmediata partida al Uruguay, llevando los elementos pedidos para la debida organización de la expedición del Uruguay.

7.° Comprar 50 espadas para oficiales y 50 revólveres para los mismos; cien mil cartuchos, de cuya operación quedó encargado el doctor Morales.

Comprar trescientos machetes y 50 limas; 500 cinturones, 800 pares botines para tropa y 200 polainas para la misma, de cuya operación debe encargarse el doctor Berra.



Enviar a las Islas los trajes militares comprados.

8.° Encargar al señor Coronel Lamas de la organización de los servicios telegráficos, destrucción de vías, etc.

9.° Obligación del traje militar en el ejército.

10.° Plan combinado, encomendado al señor Coronel Diego Lamas.

11.° Tener en vista varios respetables extranjeros para comisionarlos a varios puntos del territorio Oriental.

12.° Nombramiento de dos escribientes para la copia de actas, comunicaciones, archivo, etc., debiendo obtenerse útiles de escritorio, un libro para actas; uno para copia de notas y otro para copia de telegramas.

13.° Obligación de firmar las actas y dar cuenta al Comité de los trabajos en general y sólo en casos especiales y a solicitud de los miembros del mismo, en sesión, se les daría lo datos pedidos.

14.° Solicitar la compra de más armamento, como asímismo 800 recados, encargándose de esto al señor Coronel Lamas.

15.° Resolver la forma de embarco de las tropas, formalidades y precauciones del caso, encargándose de ésto al señor Coronel Lamas.

16.° Fijar las siete de la mañana y las siete y treinta p. m. de la tarde, para las reuniones de la Junta.

17.° Obligación de dejar constancia, escrita y firmada, siempre que sea posible, de los compromisos contraídos.

18.° Resolución de que la 2.a División lleve los números 1, 2, 3 y 4, tanto la infantería como caballería y artillería, cuando la hubiere.

19.° Mandar confeccionar 400 municioneras, de cuya operación se encargará el señor Gotuzzo.

20.° Encargar al señor doctor Berra de la adquisición de números 3 y 4 en cantidad de 250 de cada clase.

21.º Encargar al doctor Luis Santiago Botana de la compra de cinco banderas nacionales para los batallones; 500 banderas celestes y blancas y 20 banderines para guías.

22.º Fijar desde ya, que el Estado Mayor General no depende de los jefes de división sino del general en jefe y que si bien marcha incorporado por el momento a alguna de las divisiones que pasarán al litoral, su misión es asesorar o aconsejar las medidas generales para el éxito de la empresa.

No siendo para más el acto se levantó la sesión.

### Con el agua al cuello. — Una emocionada carta del doctor Golfarini

Antes de pasar a transcribir el acta de la Comisión Ejecutiva, correspondiente a la sesión del 28 de Febrero de 1897, vamos a ofrecer la reproducción de una carta del doctor Golfarini, escrita el día antes, 27 de Febrero, y que traduce fielmente la hora angustiosa y espectante que vive la Revolución cuando tan poco tiempo falta para convertirse en realidad.

Es el proceso oculto de todas las conspiraciones liberadoras, la escondida corriente adversa que perturba el cuidado encadenamiento de los sucesos. Acaso se requiera mayor fortaleza espiritual y más coraje físico para dominarla que los necesarios para vencer los obstáculos surgidos del campo francamente enemigo.

Esas pequeñas grandes minucias son las que, en realidad, ponen a prueba la capacidad, el temple y el valor del revolucionario. La carta del doctor Golfarini que vamos a ofrecer, revela la existencia de un escollo interno conspirando fundamentalmente, pese a su pequeñez y a su entidad despreciable, contra el éxito de la causa; pero esa carta también trasunta, para honor de aquellos cruzados de la libertad, la existencia de un fondo incontaminado de grandeza



moral que los eleva, limpios y triunfadores, sobre el torrente de miserias que fluye, en sentido contrario, bajo la superficie de todas las empresas humanas, por generosas y puras que sean.

Dice así la mencionada carta del doctor Golfarini:

"Buenos Aires, Febrero 27 de 1897. — Señor Antonio Paseyro. Estimado amigo: Entraremos mañana en pleno carnaval público, ya que diariamente estamos en carnaval político-social.

"Felizmente a mi edad, las cosas se toman como deben tomarse, a mi juicio.

"Veo a los hombres y sigo los sucesos sin mayor entusiasmo y en el justo medio, según mis pobres alcances, pues al fin otra cosa no puede hacerse.

"Estoy tranquilo, hago más de lo que puedo y conozco prácticamente la ingratitud humana. Hoy mismo he prestado un particular y señalado servicio al partido y, sin embargo, he tenido un pequeño disgusto con una de las personas que aprecio, respeto y estimo.

"Los hombres que no tienen aspiraciones políticas como yo, pueden en todo momento, mirar cara a cara a los postulantes a los puestos públicos y a las dádivas. Yo desprecio y sigo adelante.

"Procure que el señor Coronel Lamas se dé cuenta del estado de las fuerzas, de su valer moral y material y proceda con verdad y con justicia, que el Coronel se dé cuenta de lo que ahí existe, pues de ello depende el éxito de nuestra causa, pese a quien pese y salga el sol por Antequera.

"Las medias tintas nada pesan al fin y es necesario darse el lugar que a cada cual le corresponde, sin miedo a nadie ni a nada.

"Estamos ya con el agua al cuello y no hay tiempo que perder. Usted mismo con calma, con respeto y con conside-

ración debe procurar que nuestros soldados se den cuenta de su misión y en consecuencia que hagan ejercicio, etc., etc.

"No puedo más!

"Su affmo. amigo y s. s. — Juan A. Golfarini".

**Los últimos toques. — Los expedicionarios se movilizan rumbo a su destino**

Acta N.º 2. — En Buenos Aires a veinte y ocho de Febrero de 1897 reunidos los miembros señores doctor Juan A. Golfarini, doctor Carlos M. Morales y faltando por causa justificada el Coronel Diego Lamas, el señor Presidente dijo: que siendo las siete y treinta p. m. quedaba abierta la sesión.

Leída el acta de la sesión anterior, fué aprobada; se dió cuenta de que todas las resoluciones tomadas en la sesión anterior habían sido ejecutadas, mandándose a Concepción del Uruguay todos los elementos de dinero y pertrechos indispensables para el éxito de la columna y pedidos por el señor Mongrell.

Habiendo llegado a conocimiento de la Junta, que no era del todo satisfactoria la organización de las fuerzas reunidas en las Islas, se dispuso comisionar al señor Coronel Diego Lamas con el doble objeto de darles organización conveniente e informar a la Comisión Ejecutiva de la importancia real y positiva de esa columna.

Quedó resuelto que el doctor Morales se encargase de reunir todos los elementos, armas, municiones, frenos, en una palabra, todo lo que existiera en los depósitos para ser remitido en el día 28 a las Islas.

Que el doctor Golfarini, en compañía del señor Gotuzso, procuraran las facilidades para la mejor remisión de todos los pertrechos de guerra a la Isla.



Tanto el doctor Golfarini como el doctor Morales después de realizadas con toda felicidad las comisiones respectivas y en momentos de embarcar en la Estación Retiro los elementos de que disponía la Junta, se tuvo conocimiento de que por orden del señor Presidente de la República, se mandaban disolver los grupos que se encontraban en las Islas.

Fué necesario servirse de estratagemas de toda clase para despistar al sinnúmero de espías que se encontraban en la Estación Retiro, vigilando no sólo los carros que habían llegado con mercaderías sino también a todos y a cada uno de los miembros del Partido Nacional que allí se encontraban; lo que permitió al señor doctor Berra encararse con tres de ellos y hacer que la policía de la Capital interviniese con esos espías, quienes llevaban su insolencia hasta de seguirlo a todas partes y aún a imponerse de las conversaciones del citado señor Berra.

En virtud de lo expuesto se resolvió:

1.º Buscar dos o más locales espaciosos como para recibir las tropas que vengan de las Islas, buscando todos los elementos a objeto de que sean lo mejor posible tratados.

2.º Comisionar al señor Gotuzzo para que inmediatamente saliera en el vapor "Orestes" y dando aviso de la actitud del Gobierno Nacional, procediera a la internación de las tropas en las Islas respectivas, cambiarlas a otras, siempre de acuerdo con el señor Coronel Lamas si lo encontrase en el camino o en las Islas y en último caso salvar las armas, la munición, vestuarios y todo lo que allí se tiene reunido, procurando ocultarlo lo mejor posible, quedando autorizado para hacer uso y empeñar el crédito de la Junta para así dar fiel cumplimiento a su misión.

3.º Resolvióse, además, tomar en consideración en el día próximo, con toda calma y meditación, si debían o no tentar embarcarse de nuevo todas las armas, municiones,

etc., que debiera haberse remitido ayer a las Islas; pues ese embarque facilitaría en cualquier momento el trasbordo de ellas para remitirlas al punto que se estime conveniente; pues en ningún caso puede dejarse de cumplir el compromiso contraído de realizar en fecha fija el movimiento político acordado.

4.° Resolvióse igualmente autorizar al doctor Terra para avisar a la Comisión de Minas, la fecha precisa del movimiento simultáneo y combinado en toda la República; como asimismo al señor Mongrell en el Uruguay y a todos los jefes seriamente comprometidos en el movimiento y con los cuales se tenga clave convenida.

5.° Se resolvió solicitar del doctor Terra los transportes pedidos o los trabajos realizados o a realizarse y que debían quedar terminados en el día de mañana.

6.° Resolvióse igualmente indicar al señor Teniente Coronel Juan H. Smith, la fecha precisa del movimiento, dándole órdenes de que estuviese pronto para marchar con las indicaciones que ya se le habían hecho, debiendo tener la gente preparada y con los elementos indispensables para el cumplimiento de la comisión que debía desempeñar.

No habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las nueve de la noche, habiéndose incorporado antes de clausurarse la sesión en calidad de vocales de esta Comisión Ejecutiva, los doctores Jacobo Berra y Luis Santiago Botana, que habían sido nombrados miembros con anterioridad a esa fecha. Se autorizó al doctor Botana como secretario de la Junta de Guerra para refrendar exclusivamente los actos sucesivos. — Juan Angel Golfarini.



### La invasión. — Lamas desembarca en Puerto Sauce y Núñez en Conchillas

Acta N.° 4. — En Buenos Aires a los ocho días del mes de Marzo de mil ochocientos noventa y siete, reunidos los señores doctores Golfarini, Morales y Botana se declaró abierta la sesión siendo las siete y veinte p. m. El señor Presidente dijo que antes de darse cuenta de los asuntos entrados, informaría que, debido a la intervención amistosa del señor Ramón García, él había efectuado algunas conferencias con personas de valía e importancia en el país, quienes habían facilitado el embarco de las tropas de las Islas; elementos de primera fila reunidos aquí, tanto en hombres como en artículos bélicos, que fueron necesarios embarcar con toda precipitación en los días tres y seis inclusive, del corriente mes, habiendo sido necesario tomar embarcaciones apropiadas para realizar tan importante operación.

Que debido a esas medidas el señor doctor Duvimioso Terra y el Coronel Diego Lamas acompañados de un grupo de unos veinte correligionarios, habían desembarcado en Puerto Sauce el día cinco como estaba convenido, con las fuerzas de San José y Porongos; habiendo tenido que abandonar parte de las municiones en el vapor "Ernestina R." debido a un acto de estrategia que tenía como base principal garantir la defensa de sus fuerzas para un caso de reembarco, que hubiera podido tener lugar, si ellas hubieran sido fuertemente hostilizadas por las tropas del gobierno.

Expresó el señor Presidente, doctor Golfarini, que en cuanto a la expedición del señor Coronel José Núñez, ella se realizó recién el día siete en el muelle de Conchillas, en las mejores condiciones y habiéndose sólo efectuado con alguna precipitación ante la necesidad de salvar el transporte "Willheim". De esta precipitación resultó la necesidad de aban-

donar algunos cartuchos y pertrechos de guerra de muy poca importancia.

Agregó el señor Presidente que las sesiones de los días anteriores sólo habían tenido por objeto dar cumplimiento a resoluciones tomadas, todas ellas de verdadero interés e inmediato cumplimiento.

No siendo para más el acto se levantó la sesión.

### La emoción de la despedida

Ninguna descripción literaria supera en realismo ni aventaja en riqueza de detalles a la que resulta de las últimas actas de la Junta de Guerra revolucionaria y de la Comisión Ejecutiva que tomó las últimas disposiciones para la invasión, y que dejamos reproducidas.

Adivinamos a aquellos inspirados conspiradores, sesionando en una modesta sala en la gran urbe argentina o, aislados y reconcentrados en medio al tumulto ciudadano, caminando como obsedidos por su idea fija, indiferentes al bullicioso ajetreo de la calle.

No hay otro mundo para ellos que el mundo interior que les llena la vida. Todo lo que no sea la Revolución es ajeno para ellos. No ven otra luz que la gran llamarada reivindicadora que incendiará los campos de la patria, ni oyen otra voz que la del categórico imperativo que brota de sus conciencias.

Ahora que la guerra civil ha estallado, que es verdad que soldados ciudadanos se internan, tierra adentro, buscando el choque con el ejército aguerrido y fuerte que sostiene a la oligarquía, ahora sienten cómo que sus nervios se distienden en la flacidez que sigue a la hipertensión de las espectativas aniquiladoras.

Ya invadieron! Ha salvado la Revolución el obstáculo del río, la vigilancia de las cañoneras argentinas y de las guardias bordistas, alertas sobre la costa!



La despedida fué intensa, tocante, sacudidora. Aquellos hombres se abrazaron con la efusión contenida que es la calma que precede a las grandes tempestades del espíritu.

La empresa que iban a acometer los que partían, no tenía, en la historia, sino precedentes trágicos y escarmentadores. La visión del Quebracho surgía, ahora, en toda su sangrienta elocuencia. Y del Quebracho para adelante también toda tentativa revolucionaria fué implacablemente ahogada en sangre. El ejército de línea, disciplinado, fuerte, aguerrido, pertrechado, ametralló siempre con éxito aplastador, a la ciudadanía en armas.

En el instante de la partida los que quedan miden, recién, en toda la magnitud de su temeraria grandeza, el gesto de los que cruzaban el río impulsados por una noble idealidad cívica o atraídos, quizás, por el misterioso llamado de la muerte...

Tiene, pues, ribetes de espartana emotividad esta otra carta del doctor Golfarini, que prolonga por escrito el apretado abrazo con que despidió al amigo que parte hacia lo desconocido:

"Buenos Aires, 4 de Marzo de 1897. — Señor Antonio Paseyro. — Querido Antonio: Este saludo de hembra no lo satisfará.

"Los dados están tirados, la lucha se hará como corresponde, fiero en la pelea, generoso después de ella y mucho más tratándose de compatriotas engañados.

"Se le mandan los tiros y la cadena.

"Se le envía un abrazo de amigo y de compatriota que sabe lo que vale y lo que puede ser queriendo.

"En estos momentos que pueden ser psicológicos para nuestra causa, séame permitido pedirle disculpas por las genialidades hijas de un buen deseo y desnudas de toda pretensión ridícula: todo por la patria y para la patria.

"Ha llegado el momento ansiado y si responde el país, no dude un solo momento del éxito de nuestra causa.

"Salude al señor Coronel Núñez, un abrazo al doctor Gil y al señor Aroztegui, mis buenos amigos.

"El Coronel Lamas, como el doctor Terra y demás compañeros le dirán cómo se ha movido y trabajado su amigo.

"Un nuevo abrazo de su afmo. y S. S. — Juan Angel Golfarini".

### El último obstáculo en tierra argentina

No habían apurado, sin embargo, todas las contrariedades los expedicionarios, listos ya para embarcarse. El lugar fijado para la concentración era Punta Lara. La Junta de Guerra había contratado directamente un práctico de apellido Lungo, para conducir al transporte "Willheim", propiedad de un señor Bounement, con quien, a su vez, la Junta había estipulado precio y condiciones para trasladar la expedición a tierra uruguaya.

Debiendo estar el "Willheim" dispuesto y a la orden el día 4 de Marzo a las 10 de la mañana, el antes mencionado práctico Lungo llegó a tiempo para comunicar a un miembro de la Junta de Guerra, el doctor Morales, que el transporte no estaba listo ni a la orden.

Según el doctor Morales, sus palabras fueron éstas:

—Doctor, hemos sido traicionados; el "Willheim" está atracado al Puente de Barracas descargando lana y con la máquina descompuesta!

Requerido Bounement por el doctor Morales y el leal práctico Lungo, aquel los entera que el coronel Lamas y sus compañeros se encontraban ya a bordo del vaporcito "Leonor R."



Todos se trasladaron entonces a la referida embarcación y allí encontraron al coronel Lamas y al doctor Terra. Bounement trata de explicar lo que sucede: las lluvias retardaron los trabajos de descarga de su buque y, además, sus máquinas han sufrido un pequeño desperfecto y lleva consigo la pieza que hay necesidad de reponer.

Terminada la explicación, el coronel Lamas, sin poder contenerse, se pone de pie y asiendo del cuello a Bounement, le dice con el más intimidante acento de que es capaz la indignación humana:

—Ahora mismo vamos a salir en este vapor; en él llegaremos hasta la costa oriental y le aseguro que al primer contratiempo lo hago arrojar al agua!

Repuesto de la terrible sorpresa Bounement le suplicó momentos después al coronel Lamas que le dejase salir para ir en busca del "Willheim".

La respuesta de Lamas fué tajante:

—Usted no se mueve de aquí hasta que lleguemos a costa oriental!

Se le exigió, entonces, una orden escrita a Bounement para el capitán del "Willheim"; aquel queda en tanto detenido en la camarita del "Leonor R." con centinela de vista.

Dos horas después salió el "Willheim" remolcado por el "Ernestina R.", vapor que finalmente usó Lamas para desembarcar en Puerto Sauce.

Para apreciar el gravísimo riesgo que en esos momentos se cernía sobre la causa revolucionaria, baste saber que las escenas anteriormente relatadas tenían lugar a bordo del "Leonor R.", fondeado frente a los Talleres de la compañía "La Platense", a pocos metros de la Prefectura marítima.

Tal fué la causa, además, de que la expedición se dividiera en dos, saliendo primero el coronel Lamas con 20 com-

pañeros y recién al día siguiente el coronel Núñez con el grueso de las fuerzas.

La resolución de este jefe de desembarcar en Conchillas fué otra previsión salvadora, pues en Puerto Sauce ya estaba concentrada la escuadrilla gubernista aguardando el resto de la expedición a su mando.

## XI

## LA BATALLA DE TRES ARBOLES

### El ejército revolucionario fué sorprendido

Desembarcado Lamas en Puerto Sauce el 5 de Marzo, se apoderó de un tren de trocha angosta que hacía el servicio hasta las canteras situadas sobre el Arroyo Minuano.

Con sus acompañantes organizó un convoy que transporta, además, dos vagones de armas, municiones y pertrechos.

Poco después de llegar a este punto, se le incorporan las fuerzas que mandan los jefes José F. González de Flores y Marín, Batista y Bastarrica de San José.

Inicia en seguida rápida marcha hacia el Norte, atravesando los departamentos de Colonia y Soriano en la dirección indicada.

La expedición del coronel Núñez, embarcada en el transporte "Willheim" llega dos días después a Conchillas. Compuesta de 400 hombres trató de alcanzar a Lamas, lo que no pudo conseguir por la circunstancia de ser sus fuerzas de infantería y haber carecido de la protección, en elementos y caballadas, que se había acordado prestarle al desembarcar.

Fué por ese motivo y ante el peligro de que la incorporación con Lamas no se efectuase, que Don Antonio Paseyro, al frente de un reducido contingente de compañeros, se destacó de la columna y se propuso darle alcance para prevenirle de que Núñez estaba a punto de desistir definitivamente de hacer la concentración de las fuerzas ante la posibilidad de que, por lograrlo, su infantería quedase prácticamente inutilizada.



Y esa infantería era, precisamente, la base eficaz de la Revolución y su ejército, por lo que su desmembramiento hubiese significado malograr todos los sacrificios que impuso adiestrarla y prepararla en las Islas.

El 13 de Marzo Don Antonio Paseyro dió alcance al coronel Lamas y advierte a éste que el coronel Núñez y su gente están acampados próximos al Paso Navarro, sobre el Río Negro.

Su intervención es eficaz y contramarchando Lamas, que ya había vadeado el Río Negro, se opera al fin la conjunción de las dos columnas.

Con Lamas marcha el doctor Duvimioso Terra, Delegado de la Junta de Guerra y autoridad suprema, en consecuencia, de la Revolución, mismo dentro del ejército en campaña.

Hemos de constatar ya aquí la presencia de los primeros rozamientos entre los comandos de las fuerzas, de las primeras y recíprocas inculpaciones respecto a los desajustes advertidos en la organización revolucionaria desde el día que las expediciones inician su desplazamiento al abandonar las Islas del Paraná.

Al esclarecimiento de todos esos puntos tiende, pues, esta comunicación que el Delegado de la Junta de Guerra pasa fechada el 15 de Marzo, dos días después de la incorporación de Núñez y dos días antes de la batalla de Tres Arboles. Dice así:

Delegación del Exmo. Comité Revolucionario.

"Costa de Molles de Porrúa, Marzo 15 de 1897. — Señor: Habiendo asumido la representación del Comité Re-

volucionario desde fecha 3 del corriente, en todo lo que se refiere a las fuerzas del Ejército Nacional Revolucionario, necesito que usted me pase un parte detallado de lo ocurrido en las fuerzas revolucionarias que se hallaban en la Isla del Ceibo, desde esa fecha hasta el momento de su desembarco en el Puerto de Conchillas, Departamento de Colonia.

"Esperando el cumplimiento de esta orden en el más breve tiempo posible, tengo el agrado de saludar a usted a quien Dios guarde. — D. Terra.

"Al señor Antonio Paseyro".

---

El ejército revolucionario, pues, a dos días de una batalla decisiva, se nos presenta roído en su entraña por recelos y cismas personales que se manifiestan, tan luego, en las altas representaciones del comando!

Destacamos esta circunstancia en los momentos actuales como una provechosa enseñanza para los que suponen que un ejército ciudadano ha de ser una máquina prusiana, pensando y accionando con la uniformidad que impone niveladora disciplina de hierro. No habrá en este país — lo afirmamos rotundamente — una sola revolución más, aun frente a una oligarquía de la clase que hoy sojuzga a la República, si se alimenta la ilusión de que los hombres que la hagan han de ser ángeles y no hombres, precisamente, animados, sí, de la noble pasión de luchar por la libertad; pero tallados, también, en la falible sustancia humana que los vuelve criaturas pasibles de las reacciones inferiores y de los impulsos disasociantes que forman, fatalmente, el fondo de los más fecundos y ejemplarizadores esfuerzos colectivos.

Es opinión admitida que en Tres Arboles los revolucionarios sorprendieron al fuerte ejército gubernista, después derrotado, al mando de Villar. No es así: la verdad es que fueron los revolucionarios los sorprendidos, debiéndose



destacar en consecuencia, la alta moral cívica y la capacidad de reacción del ejército ciudadano enfrentando, entonces, al ejército profesional de la satrapía bordista.

Vamos a ceder la palabra a dos actores en dicha acción. Veamos lo que en una minuciosa narración expresa Don Miguel Cortinas:

"...El día 13, por haber sabido que el coronel Núñez se encontraba en el Paso Navarro, cuyo aviso llevó el señor Antonio Paseyro, el coronel Lamas ordenó marchar para ese punto donde nos incorporamos. Eran setecientos hombres y lo acompañaban el coronel Martirena, comandante Cicao y Gil.

"El día 14 se nos aproximó el coronel Galarza, mandando unas guerrillas de poca importancia, las que fueron rechazadas por nuestras fuerzas causándoles tres bajas.

"El día 16 a las 9 p. m. llegamos al Arroyo Tres Arboles. El ejército marchó en la noche en dos columnas yendo a la cabeza de la derecha el coronel González, y a la de la izquierda el coronel Lamas.

"A las 3 y media a. m. del día 17 se tocó diana y a las 4 a ensillar y no se ordenó montar a caballo y seguir marcha debido a una gran cerrazón.

"A las 5 y media de la mañana y estando completamente tranquilos en nuestros fogones con los caballos de la rienda, se sintieron unas tremendas descargas de fusilería que nos hacían los batallones 1.° y 2.° de Cazadores a 50, 60 y 70 metros de distancia, donde se habían colocado sin ser sentidos".

Es evidente, por lo expuesto, que el ejército revolucionario fué sorprendido en Tres Arboles. Al irrecusable testimonio que precede agreguemos, ahora, la palabra del coronel Núñez, quien describe así lo sucedido:

"...Habíamos marchado en retirada evitando combate con las fuerzas del general Díaz, que a juzgar por las noticias que se nos comunicaron, se encontraban del otro lado del Río Negro... y ya teníamos encima al general Villar!

"Sorprendidos en Tres Arboles por el general Villar, desplegué rápidamente y en guerrilla la infantería a mis órdenes y se empeñó la lucha.

"La gravedad de la situación fué inmediatamente comprendida por todos. Si el enemigo lograba forzar el Paso de Tres Arboles, nuestra completa derrota era inevitable y muy pocos de nosotros hubiéramos sobrevivido a ella.

"El general Villar cometió el error de atacarnos de frente, pretendiendo forzar el Paso en columna cerrada, convencido sin duda de que nos había sorprendido.

"Confió demasiado en esa superioridad y en los efectos de una sorpresa a fuerzas irregulares, y eso lo perdió.

"Conseguimos rechazar todos los ataques que las fuerzas del general Villar llevaron a nuestras líneas. Mi infantería no retrocedió un paso ante las furiosas y repetidas cargas del enemigo, ni cedió un palmo de terreno. El más leve movimiento de retroceso importaba el triunfo del general Villar y la muerte de la Revolución, y se opuso una tenaz resistencia.

"Los dos batallones enemigos, que pelearon con mayor bravura — el Urbano de Artigas y el 2.º de Cazadores — estaban deshechos y reducidos a un número insignificante de plazas".

Tales los históricos testimonios que prueban, si ya no fuera realidad admitida por todos los que están en los ciertos antecedentes de esa sangrienta jornada, que aun contando con la ventaja de la disciplina, el número, la organización y del invalorable factor de la sorpresa, el ejército gubernista, pese a la valentía con que se batió, fué prácticamente derrotado y deshecho por las legiones ciudadanas del pueblo armado en defensa de su derecho y su soberanía.



La superioridad del valor moral del soldado ciudadano quedó, así, definitivamente consagrada en Tres Arboles.

Y el ejército de línea, sostén, hasta ahora, de todas las oligarquías, al sentir tan duro castigo siente, en sus propias carnes, que ha sido vengada la carnicería del Quebracho.

## XII

## LA DEFECCION DE NUÑEZ

En la historia de la Revolución de 1897 es conocida "la defección de Núñez" como un episodio gravísimo que compromete, a fondo, la suerte del ejército invasor y de la causa que defiende.

A su tiempo mucho se escribió al respecto bajo la candente reacción de las pasiones que desató la inesperada conducta del experto jefe de la 2.a División, la porción más disciplinada, útil y eficaz de las fuerzas en campaña.

Hoy los documentos en nuestro poder nos permiten afirmar rotundamente estos dos extremos:

1.º — Que el coronel Núñez, víctima de su carácter y juguete de las intrigas inevitables en estos casos, defeccionó del ejército revolucionario e incurrió en injustificables actos de derrotismo.

2.º — Que el doctor Duvimioso Terra no sólo es totalmente ajeno a la actitud de Núñez, sino que, como veremos más adelante, la censuró y condenó como perjudicial para la causa revolucionaria.

Ofrecemos, en primer término, un documento inédito más. Es la protocolar comunicación del coronel Núñez al doctor Terra, por la que el primero prepara ya el terreno para su separación del ejército. Dice así:

"Comando de la 2.a División del Ejército Nacional.

"Campamento en marcha, Marzo 31 de 1897.

"Departamento de Cerro Largo. Rep. Oriental.

"Señor Representante y Delegado del Exmo. Comité de Guerra Don Duvimioso Terra.

"El funcionamiento de las vías de transporte y comunicación, el retardo de la concentración de los elementos de la Revolución, todo por falta de un plan preciso, son causas, señor Delegado, que afectan hondamente la vida de la Revolución en estos momentos, y si a esto agregáramos el grave error de internarnos en el país sin organización, y lo que es peor, sin municiones, se habría dado muerte a la causa cuya defensa se nos confió, y esto sin contar con otro peligro que no es menos serio, el de quedar a pie en medio de las sierras.

"El Ejército no tiene, como es notorio, las municiones que tácticamente corresponderían a la dotación de un Batallón, y por consiguiente se encuentra inhabilitado para toda operación de guerra, e intentarla en tales condiciones sería una verdadera aventura cuyas consecuencias desastrosas no se harían esperar, Exmo. Señor.

"Este es mi humilde juicio como soldado y lo someto al ilustrado criterio de V. E. con la lealtad y la sinceridad que me caracteriza.

"Dios guarde a V. E. — José Núñez".

El 14 de Abril, desobedeciendo órdenes expresas en contrario, el coronel Núñez, seguido de su escolta, llega a la localidad de Artigas, hoy Río Branco, donde actuaba, con las atribuciones de jefe, especialmente delegadas, Don Antonio Paseyro.

Núñez conferencia con el doctor Terra y éste anuncia que el jefe revolucionario abandonará Artigas y acampará en Corral de Piedra.



Al día siguiente, la 2.ª División, ya desprendida del grueso del ejército, inicia su marcha hacia Artigas. Ya no son Núñez y su escolta, solamente, los que se encaminan en ese rumbo.

Es el principio de la defección.

El Comisionado de la Junta de Guerra en la villa de Artigas, Don Ismael Velázquez, en su memorándum pasado a aquella, dice al respecto:

"El 17 recibimos nuevos y alarmantes telegramas de Yaguarón del señor Paseyro y otros amigos en que se nos decía que Núñez estaba con toda su División en Artigas y hacía todo género de exigencias al señor Paseyro, que era el jefe interino del punto. Empezaban no los síntomas, sino los arreglos, para la disolución de las fuerzas".

Posteriormente, tratando con el propio Don Ismael Velázquez, Núñez le exige la entrega de mil pesos para comprar 25.000 tiros en la ciudad de Yaguarón.

"Al regresar a Artigas — prosigue el aludido Comisionado, señor Velázquez — varios amigos me pidieron que de cualquier modo se le diese la cantidad pedida, en la convicción de que no era para munición; pero sí para librar al comercio de la imposición o contribución que se decía desde el día antes les iba a imponer, lo que yo no habría podido evitar.

"Referente a Antonio Paseyro, me dijo que debía haberlo fusilado y que eso aún podía suceder".

Tan violenta y extrema actitud por parte del coronel Núñez tenía su explicación en la inquebrantable resistencia opuesta por Don Antonio Paseyro a hacerle entrega voluntaria de la plaza.

Sobre este particular, y mientras Núñez sitia materialmente a Villa Artigas con sus aguerridos contingentes, ocurre una interesante incidencia reveladora de la enorme ten-

sión existente en campo revolucionario con motivo de los insólitos procederes del jefe defeccionado.

El contingente adicto a la causa está prácticamente acantonado dentro de la población, pronto a resistir por la fuerza, pese a la inferioridad numérica y de recursos, al intento avasallador de quienes deben ser considerados a la fecha desertores del ejército revolucionario.

En las varias visitas que Núñez ha hecho, seguido de escaso acompañamiento, a la plaza, ha advertido claramente las disposiciones tomadas, signo inequívoco para él, de que no la ocuparía sin combatir. De ahí su exasperación y su encono.

Don Antonio Paseyro tenía instalado su alojamiento de jefe en el Hotel de Don Pedro Bresque, que se convierte así en el centro de febril actividad.

Una mañana, ya alto el sol, Don Antonio Paseyro advierte en un espacio libre situado al fondo del hotel, una aglomeración inusitada de oficiales y soldados que escuchan con atención a dos personas que se alternan en el uso de la palabra.

Se aproxima sin ser visto, por detrás de un tabique de madera que sirve de pared a un galpón, y presencia esta escena: oficiales y soldados escuchan las palabras de desaliento de los dos "oradores", empeñados en convencer a sus oyentes de que la Revolución está perdida, que la defección de Núñez es su tiro de gracia y que la situación no tiene otra salida que la huida al Brasil o la disolución de las fuerzas.

Don Antonio Paseyro irrumpe, entonces, en el corro y vibrándole de indignación la voz, amenazador el gesto y duras las expresiones, apostrofa a los derrotistas y recuerda a oficiales y soldados el deber de ser fieles a la causa y despreciar la cobarde conducta de quienes les proponen la huida o la retirada sin honor.



Uno de los aludidos, el más verborrágico, intentó justificarse y fundar su criterio. No pudo empezar, siquiera!

Don Antonio Paseyro ordena que cuatro hombres procedan a detenerlos, disponiendo que, embarcados en un bote, sean de inmediato trasladados a la vecina ciudad brasileña de Yaguarón.

Fué así como el doctor Luis Alberto de Herrera y el escritor Javier de Viana reciben, del jefe revolucionario, la merecida sanción a que se hacen acreedores por su derrotismo y su falta de fe cívica.

El doctor Arturo Berro en su "Exposición sobre algunos sucesos del 97" dice, en lo pertinente, lo que sigue:

"El doctor Terra tuvo la atención de invitarme a acompañarlo hasta Artigas, adonde por motivos de urgencia se proponía adelantarse al ejército, que iría más despacio.

"En la mañana del 14 nos pusimos en camino por esa vía con el Delegado del Comité y su escolta al mando del Comandante Urán, entre otros Antonio Paseyro, Juan Girat, Máximo Cicao, Isabelino Canaveris, los jóvenes de Herrera, Vaz Terra, Suárez; Núñez se presentó allí dos días después y sus infanterías acamparon cerca del Saladero del Tigre, a unas 20 cuadras del pueblo; él se alojó en un rancho próximo a ese sitio".

Refiriéndose a las fuerzas de Núñez, agrega el doctor Arturo Berro:

"La caballería la formaban los escuadrones de Martirena de 100 hombres, de Batista de 100, de Orgaz y Pampillón de 50 y la escolta del doctor Terra de 50; las infanterías, constituidas entonces, por cinco batallones al mando de los comandantes Baraldo, Toledo, Carpi, Orué y González, alcanzarían a 250 plazas y agregando alguna gente suelta, puede calcularse en 600 hombres el efectivo de aquella columna".

Respecto a los planes de Núñez, prosigue así el doctor Berro:

"El señor Paseyro tuvo desde los primeros momentos de llegado a aquella villa, la visión clara de los planes secretos de ese jefe; es así que recuerdo que habiendo ido de mañana a la Receptoría, creo que el 16, me llamó aparte y me reveló las graves sospechas que le inspiraba la conducta de Núñez; me declaró de que estaba plenamente persuadido de que traicionaba a la Revolución y él consideraba todo perdido si, de inmediato, no se procedía a prenderlo y a ponerlo a disposición del General Saravia, nombrando entre tanto, un jefe interino que condujera a aquellas fuerzas hasta el Ejército Nacional.

"Me consta, aun más, que llegó hasta proponer la adopción de esa medida a los jefes de su confianza sin que, desgraciadamente, se pusiera en práctica".

Llega así el 25 de Abril. Ya ha recibido Núñez la suma de $ 880 que Don Ismael Velázquez le entrega por intermedio de Don Ruperto Coirolo y Don Rafael Medeiros. Núñez firma el recibo en que consta que está en su poder la suma indicada.

El citado día 25 Núñez se apodera de la balsa y los botes disponibles en el cercano Paso de las Piedras, sobre el Yaguarón. Embarca su infantería con las armas escondidas y trata de que crucen también el río gran cantidad de caballos y una tropa de ganado de 400 novillos que requisa, en su mayor parte, al estanciero señor Galarraga.

La precipitación con que Núñez procura pasar al Brasil se explica por la presencia, el día citado, en las proximidades de Villa Artigas, de las avanzadas del ejército gubernista que manda Santos Arribio.



Las fuerzas revolucionarias que por entonces operan a esa altura del departamento de Cerro Largo, son las siguientes:

Columna Núñez 600 hombres; División Cerro Largo 150; Escuadrón Amorín 60; Escuadrón Muniz 50; Guarnición Villa de Artigas 50.

Pero no todos los jefes que integran la columna de Núñez le siguen en su deserción. Cuando el contigente leal se retira, también eludiendo el avance de Arribio, lo hacen en número mayor a 350 hombres, pues abandonan a Núñez, entre otros jefes, Martirena, Orgaz y Pampillón, Cicao y Canaveris.

Cierto es en definitiva, que Núñez, en un gesto que la historia no puede perdonarle, disolvió parte de su eficaz infantería y se internó, en la forma narrada, en el Brasil.

Por su culpa, pues, habría recibido la Revolución golpe mortal a no mediar el espíritu de sacrificio y la abnegación sin límites de que da pruebas el ejército ciudadano en campaña que lucha por la democracia y la libertad.

Este episodio de la defección de Núñez se vincula a posible influencia del doctor Duvimioso Terra sobre el ánimo del veterano e impulsivo jefe.

Obra, no obstante, en nuestro poder, una carta inédita del doctor Terra que representa, a nuestro criterio, valiosa y convincente prueba de descargo respecto a la acusación que se le formula.

El doctor Terra sabe, además, que a quien se dirige en términos tan categóricos como verá el lector, no ignora cuáles han sido los ocultos móviles y cuáles las secretas influencias que pudieron provocar el grave acontecimiento.

He aquí la carta:

"Buenos Aires, Agosto 3|97. — Señor Antonio Paseyro. — Recibí su carta por el que escribe y leí las dirigidas a Golfarini.

"Mucho le agradezco la justicia que me hace y por ello lo felicito, pues, son pocos los que tienen tal coraje en estos tiempos de achatamiento y de viles pequeñeces que corremos.

"Muchas veces he pensado en usted imaginándome cuán mortificado se hallaría en esa olla de grillos, después de la bellacada que nos hizo Núñez, pero veo con placer que usted a pesar de todo ha logrado mantenerse en su puesto llamando las cosas por su nombre y trabajando para que llegue a feliz término la obra de la Revolución en la cual tiene papel tan principal.

"Por mi parte, he tratado de reconquistar mis posiciones, a pesar de los mordiscos de cuzcos y de la propaganda de los insignificantes, que no pueden tolerar que otros no lo sean.

"El doctor Golfarini, portador de ésta, es un buen amigo nuestro y factor principal de los trabajos que en bien de la patria estamos empeñados: él hablará con usted y estoy cierto que arribarán a una solución en cuanto a la organización de ese ejército, que nos permita continuar la lucha.

"Durante la ausencia del doctor Golfarini quedo a cargo de la presidencia del Comité de Guerra y ya sabe que haré cuanto pueda para que éste responda al objeto de su creación.

"Hasta la vista, querido amigo: siga con ese temple de alma excepcional que lo caracteriza, que no está solo!

"Suyo affmo. — D. Terra".

Finalmente creemos oportuna la reproducción de una carta más del doctor Golfarini, en la que el patriarca de la Revolución alude, también, a la defección de Núñez, a la



escasez de recursos y medios para continuar la lucha y a la angustiosa espectativa con que se vive en Buenos Aires respecto a la suerte del ejército. Héla aquí:

"Buenos Aires, 20 de Mayo de 1897. — Querido Don Antonio: Estamos buenos y contentos, a pesar de las novedades de Núñez, de la falta que tienen de munición, de buenas armas y de todo, en fin; pero en cambio nos quedamos admirados del valor, del sufrimiento y abnegación de nuestros hermanos en la causa y en el honor del Partido Nacional.

"Qué modo de estar contentos y satisfechos tienen ustedes!", dirá el amigo.

"Es una de esas tantas cosas que pasan en el espíritu de los hombres como yo, que ya han agotado la medida de los sufrimientos, de los dolores, de las penas y de las continuas contrariedades de todos los momentos.

"Sepan que vivimos pensando en ustedes, reuniendo elementos, a pesar de la tacañería de nuestros amigos, sabiendo que hasta hoy no hemos tenido 75.000, setenta y cinco mil pesos oro argentino! Con esta suma no hay para comprar munición, que vale 25 y 30 pesos el millar.

"Los amigos Pan y su hermano, buenos y siempre deseando noticias y siempre entusiastas.

"Quiera ofrecer mis recuerdos a los amigos y usted un abrazo de su affmo. amigo y S. S. — Juan Angel Golfarini".

Queda pintada de mano maestra la situación de la causa revolucionaria al 20 de Mayo de 1897, a los dos meses y tres días del resonante triunfo de Tres Arboles. Tácticamente su derrota sería inevitable, pues si al ejército ciudadano pueden llegar cartas como las reproducidas, no llegan, en cambio, los elementos imprescindibles para continuar la guerra con alguna posibilidad de éxito.

Sin embargo, la montonera gloriosa se sostiene, recorre el país, saca fuerzas de su propia invalidez, confortada por el ideal que la ha congregado y da a sus extenuados contingentes, a sus soldados, semidesnudos y descalzos, la energía moral invencible para desafiar una y otra vez al ejército gubernista; y detenerlo y jaquearlo en una guerra desigual que se define, al fin, por la victoria de los principios generosos que tan virilmente sustenta.

## XIII

## EL EJERCITO REVOLUCIONARIO

### Obreros y gauchos

Cuál es la entraña del ejército revolucionario?

Cuál la energía vital que circula por su organismo y lo articula y lo alimenta y le da carne y espíritu para formar un todo armónico y coherente en la marcha, en los altos, en el campamento, en la batalla, en la victoria y en la derrota?

"El gaucho!", dirá el narrador superficial de la cronología histórica.

"El montonero!", contestará el escritor político, trasunto complejo de la cultura y la vanidad intelectualista.

Abiertos los ojos hoy a las realidades presentes que nos ofrece, definidas como axiomas, la sociología, el soldado revolucionario de 1897 es, antes que gaucho o montonero, el proletario auténtico que la literatura tendenciosa llama actualmente "campesino".

Proletario, sí, porque de acuerdo con la acepción clásica del vocablo, de su hogar prolífico sale el bracero rural sobre cuyos hombros apoya la riqueza pecuaria sus privilegios; proletario, también, porque la visión restringida de su horizonte social es el resultado lógico de una civilización es-



clavista que modela, ya en la matriz generadora, la subordinación espiritual de su clase.

Pero algo brilla en su frente, límpido reflejo del pasado, que da luz propia a su personalidad.

Ni el ímpetu guerrero, ni el instinto de lucha, ni la heredada tradición del culto a la guapeza, alcanza a explicarla.

Los esclavos no se lanzan, voluntarios, a la muerte.

No se provoca el martirio punzante del pobre hogar abandonado, expuesto a la miseria y a la venganza, por correr la aventura suicida de un instinto indomesticado, por dar satisfacción a las explosiones de una barbarie ya excluída de las determinantes esenciales de la propia personalidad.

---

Bajo el régimen bordista en 1895, se agitan los obreros de Montevideo en una evidente actividad de clase. Se agrupan, primero, se sindican, después. Preside sus actividades un visible propósito de mejoramiento.

Organizados, provocan las primeras huelgas.

Encabeza el movimiento el gremio de albañiles determinando situaciones de violencia al impedir, por la fuerza, que sus compañeros quebranten la consigna de no trabajar.

La reacción gubernista no se hizo esperar ante la actitud de los huelguistas. La Junta Económica Administrativa de Montevideo se dirigió entonces al Poder Ejecutivo pidiendo se le retirara la personería jurídica a la "Sociedad de Obreros Albañiles y Anexos de Mutuo Mejoramiento". Previo informe favorable del Fiscal de Gobierno, se hizo lugar a la sanción solicitada. "La Sociedad de Obreros Albañiles — consigna el Fiscal en su vista — ha desnaturalizado el objeto de su institución, al tratar con amenazas de impedir el trabajo a los demás".

A la huelga de albañiles aludida, siguen las de los obreros estibadores, zapateros, cocheros, guarda-trenes, carpin-

teros, pintores, herreros, tipógrafos y hasta de vendedores de diarios.

Motivo de estas huelgas: el muy humano y legítimo de mejoramiento de los salarios y disminución de las horas de trabajo que, en aquellos tiempos, no era hipérbole medirlo con la clásica jornada de "sol a sol".

Los tipógrafos conquistaron, ya entonces, el horario de 8 horas para el turno de día y de 7 horas para el de la noche.

Por una repetición desconcertante de la historia, hace cuarenta años, pues, nos encontramos con el espíritu del obrero metropolitano en aptitud de asimilar, como el de ahora, la conciencia revolucionaria y su interés de clase.

Más preparado que el de campaña pudo, ya entonces, realizar la fusión ideal por la que recobraría su equilibrio armónico la fórmula perfecta: por la libertad política a la justicia social.

El proletariado montevideano de 1897 no percibió, acaso, los términos exactos de la solución; pero no titubea, en cambio, el obrero rural. Aquel ya ha ensayado, con éxito unas veces, las ventajas de la agremiación en las luchas por el salario y ha sentido, otras, en sus organizaciones, los efectos de la persecución legal y, sobre sus espaldas, la acción contundente de los sables policiales.

Pero estalla la Revolución y el proletariado rural empuña el fusil, se improvisa soldado de la libertad; guerrea, sufre hambre, sed, frío, insomnios torturadores. Sin embargo, trasponiendo la frontera próxima, cesaría el martirio; pasándose a los ejércitos de la oligarquía, hallara la seguridad y la abundancia que faltan en las legiones de la Revolución.

Leemos en un clásico:



"Aún cuando el hombre tenga conciencia de su existencia personal es, haga lo que haga, un inconsciente instrumento del trabajo de la historia y de la humanidad".

Instrumento por instrumento, causa por causa, no es posible, ya en 1897, sin negar la suprema justicia del superior designio que guía sus pasos, desconocer que el proletariado rural cumple su misión histórica y humana con el levantado ejemplo de una inmolación de la que, en primer término, aprovecha el obrero de la ciudad, testigo indiferente, sin embargo, como individuo y como clase, del drama fratricida.

Seduce cada vez más a los espíritus, al nuestro también, la construcción especulativa de la doctrina marxista.

Ningún fenómeno social escapa al molde deductivo de sus explicaciones a posteriori. La Revolución Francesa cae bajo sus leyes. La emancipación americana obedece, en cada uno de sus ciclos, a los apotegmas inapelables de su concepción. La Revolución Rusa, incendio sin fronteras que ilumina al mundo moderno y lo envuelve en sus llamas, es la eclosión triunfal del principio y la técnica, de la doctrina y la táctica a cuyas condiciones se subordina su avance y consolidación.

¡Sea!

Pero hace cuarenta años, sin exégetas ni teorizadores que desentrañasen la depurada directiva de su misión y su destino, miles de proletarios del campo, cientos y cientos de representantes de la burguesía nativa, además, embrazan el fusil o la lanza y desafían a la muerte enfrentando a las legiones gubernistas, no menos inconscientes y autómatas que las que forman los cosacos del zar o los suizos que, en las escalinatas del palacio real, ametrallan al pueblo que desborda Las Tullerías.

Inclinándonos, pues, sobre las páginas de la historia, cierta es la verdad básica del principio marxista; pero asomándonos a la vida, para hacer justicia y para ser justos, bástenos saber de qué lado de la trinchera flamea el anhelo vindicador, por tímido que sea, de una libertad.

Y más justos seremos, todavía, si de acuerdo con Lasky, no pretendemos penetrar en la conciencia misma de las masas, desviadas muchas veces, por su propio espíritu gregario, no ya del mejor, sino del verdadero fin que las dinamiza.

Bástenos saber pues, no lo que quieren, sino lo que no quieren!

No importa que el frío análisis marxista después de transcurridos cuarenta años nos diga, con intelectual menosprecio, que fué una burguesía descontenta la que organizó la revolución de 1897, ni que con el apoyo del espíritu levantisco de la montonera, guarecido en el alma de nuestros gauchos, hizo una guerra civil más, sin propósito constructivo ni "contenido social"...

¡No importa!

¿Sabemos, ahora, acaso, cuál es el signo positivo de la ardiente y aleccionadora oposición que levanta sus puños amenazantes frente a la oligarquía terrista?

¿Sabemos, acaso, si la totalización de esa vehemente aspiración demoledora es la vuelta al colegiado, la restauración legalista, el socialismo de estado, la aplicación de la divisa máxima: "todo el poder a los soviet"?

Nada sabemos de eso.

Pero sabemos sí, que el pueblo repudia, con toda la fuerza de su honrada conciencia, esta situación, engendro político concebido y alumbrado en la cuadra de un cuartel y que personifica, además, en los políticos en auge, las peores encarnaciones del impudor cívico al servicio de las peores reacciones antidemocráticas.



## XIV

### El primer atentado. — El estudiante Ravecca

Difícil es, pasados cuarenta años, cuyo decurso comprende la más acelerada evolución de los hábitos sociales y políticos del país, devolver al lector, sin lagunas ni deformaciones, la sensación ambiente que produce en la opinión el régimen de gobierno presidido por Idiarte Borda.

El paralelo de aquella situación con la actual, no por procedente en los lineamientos básicos del sistema, puede traducir con fidelidad el fermento popular que envuelve a una y otra.

El asesinato de Tomás Butler en 1895 es un crimen que crispa los puños de la ciudadanía independiente; pero es, desde luego, el asesinato de Julio César Grauert en 1933, llevado a cabo por las policías terristas, un crímen mayor y más indignante por las circunstancias agravadoras del delito que rodean al episodio.

En 1933 se dice por el diario de Terra, con el frío cinismo de la delicuencia prepotente, que Grauert y sus dos acompañantes se han baleado entre sí dentro del automóvil en que los sorprende la policía, al pretender, aquellos, agredir a los representantes de la autoridad.

En 1895 la prensa adicta a Borda sostiene con igual aplomo "que el joven Butler se había suicidado para que sus correligionarios pudieran presentarlo como víctima del Partido Colorado". (Textual).

Hoy la prensa es amordazada y no hay entre los periodistas la solidaridad de que dan prueba en 1896. Cuando el año indicado el gobierno bordista intenta y lleva a la práctica su proyecto - mordaza, todos los periodistas de Montevideo, excepción, naturalmente, de los turiferarios al servicio del poder, protestan colectivamene contra el aten-

tado. La protesta reúne las firmas de Eduardo Acevedo y Miguel Alvarez por "El Siglo", José Batlle y Ordóñez, Antonio Bachini y Arturo Brizuela por "El Día"; Carlos María Ramírez y Carlos Búrmester por "La Razón"; Juan J. Buela por "El Telégrafo Marítimo"; Barón Dubard por "L'Unión Francaise"; F. Odizini por "L'Italia"; J. M. Dentone por "Montevideo Times".

El párrafo final de la altiva nota que los periodistas mencionados dirigen a la Comisión Permanente de la época, dice así:

"La dignidad ciudadana, la civilización de nuestra patria quedan así comprometidas desde que en la dirección de los destinos públicos asoma todavía persistentemente la tendencia tiránica y el espíritu estrecho de otras épocas".

En un frente único, pues, el periodismo nacional bajo el signo bordista procura la defensa de sus fueros, señala con palabra viril el atentado de lesa libertad que se comete al amordazarlo.

No encuentra, por supuesto, el golpe motinero de Marzo de 1933 la misma unidad doctrinaria en el periodismo actual oponiéndose a sus desbordes liberticidas.

En cambio, sobrenada el régimen bordista, aun en los períodos más oscuros de su dominación, como sobre una red sutilísima de intereses creados que le permite mostrarse a los ojos de sus contemporáneos sostenido por nutridos núcleos representativos de la opinión general.

Si hay, por consiguiete, en el paralelo de los hechos la similitud impresionante que relaciona entre sí a todas nuestras oligarquías, fuerza es admitir, también, que las reacciones de la opinión no son las mismas bajo Borda que bajo Terra, ni tienen su mismo alcance, ni expresan un idéntico estado de espíritu colectivo.



Necesario es aceptar, además, que el exceso represivo de la dictadura terrista, su mecánica insensibilidad ante los derechos que abate y las libertades que pisotea, es la razón fundamental de su supervivencia.

Se hace preciso encarar, entonces, al régimen que surge el 30 de Marzo de 1933, no como lo que pudo ser, sino como lo que es.

Si después de apañarse todo el poder por medio de un golpe de inescrupulosa audacia, Gabriel Terra no amordaza a la prensa libre, no destierra ni encarcela a los ciudadanos opositores, no limita o suprime el derecho de reunión, no incurre en los premeditados delitos que son la secuela obligada de todos los regímenes erigidos sobre los escombros de la ley y de la constitucionalidad, su reino habría sido efímero, aventado al nacer con la sola amenaza de posarse, sobre su inestable edificio, la mano ruda y desagraviadora del pueblo.

Pero las medidas restrictivas y represivas del gobierno de Borda llegan tarde para detener el impulso a la acción dado a la conciencia revolucionaria de la época. Ya la flamígera propaganda de Acevedo Díaz ha influído con eficacia para formar el espíritu activo de la Revolución. En cambio, los excesos liberticidas de Terra tienden a evitar el encauzamiento de la corriente revolucionaria, a destruir sus focos de organización, a envenenar las fuentes donde abrevan su sed de justicia los pueblos oprimidos por la fuerza y humillados por la impune jactancia de los déspotas.

No es posible, así, que corresponda al paralelismo de los hechos la misma reacción ambiente bajo Borda que bajo Terra. La realidad del desangramiento fratricida es una nota de persistente sobrecogimiento para el alma popular en 1897, atmósfera letal que bien sabe el dictador de 1933 acaba por asfixiar, aun triunfantes en el terreno de la lucha, a

las oligarquías como la que él estructura, con adecuadas correcciones, sobre los modelos legados por la taimada atrabilis de Latorre y el desenfreno irreprimible de la dilapidación santista.

Borda, pues, ya ha apurado la angustiosa expectativa que precedió al conocimiento exacto de la estabilidad material de su gobierno ante la posible eficacia del empuje revolucionario. Tres Arboles, Arbolito, Cerros Colorados, Cerros Blancos, Aceguá, son acciones de guerra que han llenado de luto al país, que han encogido el corazón de las madres uruguayas, pero en cambio devuelven al oligarca la seguridad en el poder finalmente imbatible de los ejércitos profesionales a su servicio.

Cada día que pasa sin que las fuerzas revolucionarias muestren que se han rehecho en condiciones de librar combate con éxito al ejército gubernista, puede contarse como un estímulo más gravitando sobre el ánimo del gobernante para dar sensación de firmeza inconmovible a la situación que preside.

Hace, por consiguiente, la vida normal a los mandatarios de su gerarquía en la época en que actúa. Todo lo contrario de lo que se observa en Terra, que ignora, en realidad, el poder material de la revolución que provoca, porque esa revolución, él lo sabe, aun no se ha concretado en organización eficiente y porque, además, ignora si del seno de la reacción revolucionaria ha de brotar o no el rayo fulminador que castigue su osadía.

Así es como Borda vive, en el medio casi aldeano del Montevideo de 1897, en plena ciudad y no se oculta mayormente a los ojos del pueblo. Terra en 1933, elige, en cambio, con anticipación, la residencia apropiada a la seguridad del futuro oligarca: una quinta en las afueras, lindante, además, con la sede de una legación extranjera. Cometido en



Marzo el crimen de lesa soberanía, se refugia, primero, en el Cuartel de Bomberos y transforma, después, su domicilio particular en una verdadera fortaleza, custodiada por nutrida guarnición militar, cuidada por la policía secreta y la implantación de servicios especiales de vigilancia, como puede apreciar cualquier transeunte que observe desde la calle, las garitas de cristal, la multiplicación de los teléfonos de alarma y el apostamiento estratégico de centinelas instalados en los jardines de su residencia, en Agraciada y Capurro.

Vive desde entonces prácticamente secuestrado. Altera radicalmente sus hábitos de vida. Y si alguna vez afronta el aire de la calle, ha de deducirse, como en aquel tragicómico episodio del pacífico cambista Sansone, que el simple ademán de sacar el pañuelo cuando pasa, cerca, el automóvil de Su Excelencia, es exponerse a los golpes brutales de la policía secreta escalonada con cautelosa anticipación, en fila india, a todo lo largo del trayecto que ha de recorrer el jefe del estado.

Se explica su recelosa desconfianza, su medrosa y permanente alarma, ante la esfinge que para él significa la conciencia revolucionaria en acecho, cuyas fuerzas no ha medido aún con exactitud y cuyo espíritu indomable presiente en la instintiva depresión que embarga a todo su ser en presencia del pueblo.

De contrario modo, Borda ya ha aquilatado las fuerzas que lo combaten y si bien no ha podido aniquilarlas, las ha vencido rotundamente volviéndose cada vez más remoto el peligro que pareció amenazar, después de Tres Arboles, a su gobierno.

Se explica así en 1897 la presencia de Borda en las calles, su serena indiferencia ante la tragedia que anonada al país, la despreocupación con que preside los actos oficiales

y asiste a fiestas y ceremonias. La comprobación de tal insensibilidad provoca en el pueblo de Montevideo el comentario acerbo, la indignada y muda protesta de su rebelión pronta a estallar.

No es ese, sin embargo, el estado de espíritu de ese mismo pueblo cuarenta años después ante la exhibición del miedo terrista. Repudia al gobernante; corea, cuando se reúne, su negación irreductible en gritos de abominación y hasta de muerte. Pero en la vida corriente, cuando observa el espectáculo del gobernante absolutista custodiado, en sus largos y febriles insomnios, por el paso rítmico de los centinelas; cuando lo vé transitar resguardado en blindado automóvil; cuando lo presiente, en medio a la pompa vana de su poderío de autócrata, prisionero de atormentadores recelos y miedos invencibles, el buen pueblo ríe por dentro regustando ingenua satisfacción moral al advertir que quien antes le traicionara con tan petulante arrogancia, ahora le teme y le huye...

No es extraño, por consiguiente, que en 1897 la presencia del gobernante sobre cuyos hombros pesa toda la responsabilidad de una larga y sangrienta guerra civil, provocase en la conciencia popular la visión concreta del único obstáculo que se opone a la pacificación y la felicidad de la República.

Es necesario transportarse, en imaginación, a aquella época, medir la hondura terrible del infortunio que abate al país mientras la camarilla dueña del poder celebra los triunfos militares de sus huestes en campaña y agota, en una interminable succión, las fuentes del bienestar público.

Los acontecimientos transcurren en un medio ciudadano reducido y sin complicaciones. Montevideo es la ciudad de ambiente aldeano, de vivir sencillo, al extremo que los sucesos políticos y los domésticos llenan totalmente con su



eco, la calle y el hogar. No hay, como ahora, un elevado porcentaje de opinión que ignora hasta quien gobierna, ni existían los refinamientos suntuarios que hoy permiten diluir, en pasatiempos banales, la atención que merecen los graves problemas que afectan a la sociedad y a las libertades públicas.

Repercute, pues, hondamente en la conciencia colectiva, todo acontecimiento relacionado con la existencia del país. Se le comenta y se le interpreta con más celeridad que la que se empleó en conocérsele, desde que ninguno de los medios modernos que hacen vertiginoso el vivir, altera, entonces, el pausado ritmo de la mentalidad casi colonial que grava y refleja los sucesos.

En un escenario así reducido, no sólo el nombre sino la silueta física del gobernante tenía que agrandarse en el multiplicado vaivén del rumor y la noticia, girando, como en un círculo vicioso, alrededor de las preocupaciones dominantes: la guerra, el ansia de paz, de justicia política, de restauración de la confianza pública.

Cuando pasa el coche del Presidente, detrás de las celosías y los visillos cientos de miradas se clavan, allá en el fondo del clásico "coupé", para localizar la figura vulgar y el rostro inexpresivo del mandatario. Cuando asiste a las ceremonias, cuando cumple con los rituales del protocolo en actos al alcance de las miradas del pueblo, ojos hay que se clavan sobre su persona con la lividez relampagueante de la hoja que busca el blanco vulnerable y mortal.

Borda carece de la agudizada sensibilidad que permite a otros sujetos esclavos de su mismo complejo, presentir la inminencia del peligro que amenaza a sus vidas. Lo adivinan, lo vislumbran, lo olfatean hasta en el aire como un rastro invisible que mostrase, a sus sentidos hiperestesiados, la huella denunciadora.

Aquel gobernante no se cuida porque a nada teme. Y nada teme porque el consolidado equilibrio fisiológico de su vida le ha dotado de una sensibilidad que no vibra sino para la satisfacción de las apetencias ordinarias del ser.

Si fuese dueño de un espíritu afinado, si el misterioso magnetismo que hace, de cada célula humana, un receptáculo vibrátil que recibe y traduce, en inspiraciones anunciadoras, las rutas anticipadas del propio destino, Borda habría fijado la vista, aun sin querer, en un joven cuya presencia coincide repetidamente con el regreso a su domicilio particular en la Avenida 18 de Julio.

No lo vió ni lo presintió.

Fué así como al finalizar el mes de Marzo de 1897, producidas ya las sangrientas acciones de Arbolito y Tres Árboles, al descender del coche el gobernante para penetrar en su casa, aquel joven se precipita sobre él revólver en mano y alcanza a aplicar el caño del arma en el cuello mismo del agredido.

La escena fué rápida y sorprendió a todos. El revólver no funciona por más que quien lo empuña hace visibles esfuerzos para mover el disparador. Aprovecha, entonces, tal circunstancia un edecán del presidente para lanzarse sobre el joven agresor y desarmarlo.

Cunde la noticia por toda la ciudad. Se llena la casa presidencial de jefes del ejército, de altos dignatarios de la iglesia, de diplomáticos, y a todos se les explica lo sucedido: un muchacho loco, un estudiante imbuído, quizás, de ideas anarquistas, apuntó al señor Presidente con su revólver, que era un arma inservible y tenía, además, puesta la baqueta al instante de usarlo.

"Es un hecho sin importancia, la obra de un desequilibrado. S. E. el Excmo. Señor Presidente, es el primero en



deplorar lo sucedido. Su serenidad y su valor fueron admirables".

Pero el alma sencilla de la ciudad ha reaccionado en dirección opuesta. Mientras en la mansión bordista se resta trascendencia al episodio, una sutil onda electrizadora reanima las fibras, acorchadas por el sufrimiento y la desesperanza, del pobre pueblo, y vuelve la vida al organismo colectivo embotado por la pesadilla sin fin de una impuesta resignación ante su propio infortunio.

En el fondo de cada espíritu se ha encendido una nueva esperanza y los pechos se dilatan aliviados de la tremenda congoja que los oprimía y de que ahora se sienten libres sin saberse, ciertamente, por qué...

---

Dos días después del atentado es nutrida y numerosa la concurrencia de estudiantes al aula de Geografía General de la Universidad de Montevideo. Una alada inquietud agita a las cabezas juveniles, más erguidas que nunca aquella mañana como si el ímpetu vital de los años mozos altivase las frentes en un gesto de fresca y candorosa arrogancia.

Es la juventud radiante de la República, lozana y fuerte, prieta y jugosa como un racimo de vírgenes energías que se estrechan y enlazan en la fraternidad sin sombra del noble ideal compartido.

Han llamado a clase.

El pelotón, otras veces desordenado y bullicioso, penetra al salón esta vez con serenidad que oculta el latir apresurado y violento de los corazones que se salen del pecho.

Se han sentado los estudiantes.

El profesor, don Faustino Sayagués Lasso, contagiado de aquella inexplicable solemnidad que flota en la atmósfera de la clase, ha ocupado su asiento también, erguido el busto e iluminada la faz por una oculta emoción que no ati-

na a explicar de dónde viene y por qué desplaza así, esa mañana, al mecanizado ritmo de sus hábitos de profesor.

Un silencio profundo reina en la sala cuando el bedel abre el libro de asistencia para pasar lista. En aquel momento parece que los corazones van a estallar. Húmedos y brillantes los ojos, los alumnos esperan mirando sin ver, atento sólo el oído que ha de recoger, como la señal del triunfo de su destino y de su propia vida, el nombre del compañero ausente...

—Juan Antonio Ravecca!

Como un jubiloso batir de alas puebla, entonces, el aire electrizado de la sala. El aplauso crece y ondula, levanta vuelo y desciende, va, viene, se multiplica y afina, sincronizando la tumultuosa eclosión que ambriaga y exalta a aquella juventud.

De nuevo el silencio.

El profesor, digno y severo, ha sentido sobre su frente el suave roce de una caricia luminosa que le devuelve, al cesar, su personalidad interior.

Con su voz de siempre, con su gesto habitual, con el fraternal acento con que empieza todas las clases, habla y dice sencillamente:

—Debemos proseguir con la última lección...

No ha de permanecer más de 24 horas al frente de su cátedra aquel improvisado e insuperado maestro de ciudadanía. Su gesto, humano y comprensivo, provoca, como es natural, la airada reacción de la oligarquía, la que por medio de un decreto, que pretende ser aleccionador, lo separa del cargo "porque no había sabido reprimir ese acto de glorificación del delito".

El decreto lleva la firma de Idiarte Borda.

Se enfrentan así, una vez más, el convencionalismo jurídico sirviendo de apoyo al mandatario, de hecho fuera de la



ley, y la justicia del pueblo práctica y simplificadora; el prejuicio que admite sin horrorizarse que un déspota haga derramar ríos de sangre por su culpa, por su ambición o su mentalidad cavernícola y que, en cambio, desenfunda todas las viejas y manidas admoniciones contra la violencia cuando ésta hace blanco en la alimaña responsable del luto, la miseria o la esclavitud en que viva toda una nación.

Conflicto arduo e inquietante no fallado todavía a favor del pueblo, pero que permite a hombres y sociedades que repudian el crimen político sin particularizar la justicia imperativa de claras y explicables excepciones, beneficiar de sus frutos, apoyarse en sus consecuencias y hasta edificar, sobre la tumba misma del déspota sancionado, la construcción ideal de un nuevo orden político o de una nueva y mejorada institucionalidad.

## XV

## 25 DE AGOSTO. — AVELINO ARREDONDO

Aquel frustrado atentado tuvo la virtud contraproducente de reanimar, aunque sea en forma momentánea, la vida de la camarilla dominadora.

Si el pueblo, gracias al gesto del estudiante Ravecca, se encontró más cerca de sí mismo, también el clan oficial se amaña para explotar lo que no sucedió en beneficio de su decaída popularidad.

Es la maquinación habilidosa que urde invariablemente, en estas ocasiones, la parte que corresponde a la mentalidad de comediante en el complejo de todos los oligarcas.

Se tonifica, entonces, el bordismo; pero la reacción superficial que se observa en sus huestes inmediatamente después del atentado es, también, la causa de su perdición. Triunfos guerreros se han agregado a la corona de mártir

con que se aureola la cabeza del jefe de estado. Se pierde toda prudencia y hasta el último escrúpulo desaparece para considerar, como cosa propia, el gobierno y el país.

En tanto, la guerra civil se prolonga enlutando los hogares, arruinando a la campaña, dando la sensación de un diario y criminal desgarramiento.

El único horizonte abierto es el de una paz que reiteradamente han rechazado los revolucionarios por exigir, en su cláusula primera, poco menos que el sometimiento incondicional. Y la Revolución que se siente moralmente victoriosa, no se arredra, ahora, ante la inmensidad del nuevo sacrificio que requiere mantenerse y sobrevivir en el terreno de la contienda armada.

"Sufragio libre y honradez administrativa" es su bandera. No la arriará sino cuando sean cumplidos sus propósitos o no quede, ya, en el glorioso ejército, el aliento necesario para hacerla flamear sobre todas las adversidades y sobre todas las intimidaciones de la prepotencia militar que afronta, ahora también, consciente de la dolorosa inmolación que le impone el deber.

Años hace que el país no experimenta la sensación diaria de una matanza entre hermanos en campaña. No es igual, por cierto, vivir la sensación misma que la representación imaginaria del ambiente que crea, de las hipnosis que provoca, de las hondas y crueles huellas con que va grabando, en cada personalidad, el espectro interior del drama que vive la sociedad entera.

Es algo parecido, aunque atenuado en sus rasgos singularizadores, a esta otra sensación con que crucifica su vida la permanente amenaza del atentado en potencia que se cierne sobre la República desde el 30 de Marzo de 1933.

Sólo los pueblos fundamentalmente frívolos serían capaces de escapar a los efectos de una constante presión so-



bre las más nobles y sensibles creaciones del espíritu. Y el nuestro, felizmente, conserva intacta la capacidad de reacción que, si bien es la fuente de la aptitud para merecer las superaciones a que aspira, también es verdad que por esa brecha entra el dolor y el cortejo de sombras que entenebrece al mundo moral de las multitudes.

Una profunda emoción subterránea circula por todas las capas sociales del país en Agosto de 1897. Une a todas las gerarquías del convencionalismo, nivela todas las diferencias, baña a todas las almas en la misma onda de decepción y de amargura. Bajo la sumisa resignación que agobia a las frentes, un cilicio moral tortura a los hombres y agudiza, hasta el histerismo, la agotada resistencia de la mujer, centro ultra sensible de la tragedia que vive la República.

Sólo las alturas oficiales están blindadas al sentimiento unánime que embarga al pueblo. Allá arriba, entre uniformes dorados, pecheras almidonadas y blasones cancillerescos, el pequeño mundo oficial desliza, incambiado, su diario vivir. En fiestas y reuniones, a la gala varonil de diplomáticos, ministros, generales y coroneles, se agregan los hombros desnudos y los escotes marmóreos de la mujer. De la mujer del mundo oficial, que en las situaciones como la de Borda, ignora es adorno inconsciente que enjoya con su presencia y su perfume las antesalas del depotismo o del crimen. Mujeres de todas las autocracias, olímpicas, embriagadas de dicha, sahumadas por las volutas impalpables del incienso palaciego, mujeres sin personalidad, que desdeñan el desaliño de las nobles pasiones populares y no presienten, siquiera, el hórrido sarcasmo de sus lucientes joyas pagadas con la sangre del pueblo, con el sudor del obrero, con la desventura, el llanto y el hambre de otras mujeres.

---

Es en un comercio de la ciudad que el joven Avelino Arredondo (23 años de edad) cumplía celosa y eficazmente con sus deberes de empleado.

Cuando se lo permitían sus tareas, encontraba un placer especial en recorrer la ciudad a la deriva, dejándose llevar por un vago deseo ambulatorio que lo sitúa, en las noches montevideanas, lo mismo frente a las luces de las mansiones de lujo, que lo detiene ante el umbral en sombras de la vivienda obrera.

No se diría que bajo su faz bondadosa y de serenas líneas, una sensibilidad hiperestesiada recoge las más sutiles vibraciones del mundo exterior.

Es callado y reflexivo. Su físico proporcionado trasunta equilibrio y salud. Habla pausadamente y pese a su juventud no dice una palabra de más, ni hace una sola reflexión sin fundamento. Toda su persona se recorta como en un marco de luz cuando sus ojos de un azul claro, expresivos y de franco mirar, se posan serenamente sobre el interlocutor.

En la oscuridad de su origen, en el humilde florecimiento de sus años juveniles, él ha suplido la falta de instrucción para conocer y aprender con una enorme facultad intituitiva que lo asoma, precozmente, a la profunda sima donde hunde sus raíces el árbol del bien y del mal.

Sin poder explicárselo, sin empeñarse, tampoco, por buscar una definición, siente que bullen en su cerebro algo así como las formas larvadas de una justicia mejor que no surge, por cierto, de las realidades presentes, ni percibe en la conducta de los hombres que pudieran realizarla.

Se sabe impotente y pequeño para acometer la empresa redentora. La inconmovible firmeza de los obstáculos, la vastedad ilímite del escenario en que habrá de moverse, la confusión de sus bellas imágenes interiores ante el imperio, frío y dogmático, de los preceptismos ambientes, no marchitan, sin embargo, su fe, ni apagan el fuego en que arden sus esperanzas de iluminado.



Su existencia, vulgar aparentemente, deslizada como tantas otras tras el mostrador de un comercio, se consume, no obstante, en la ignorada fiebre de una permanente tensión mental. Mientras los de su edad y su oficio aturden el ocio y, como todos, llenan cumplidamente las etapas vulgares de su generación, de sus gustos y sus devaneos, Avelino se sustrae a la ley cíclica y reposa cuando los otros se fatigan, medita cuando los otros ríen, es desdichado cuando los otros son felices en la alocada libación de las fáciles alegrías.

Qué hay allá, en el fondo de su ser, que lo diferencia de los demás? Y por qué esa misteriosa señal que singulariza a su individualidad, no le sube al rostro, no da realce a su persona, no presta autoridad a su palabra, no impone indiscutible acatamiento a la generosa exaltación de su ideal de justicia?

Quién es él? De dónde viene? Hacia dónde encamina sus pasos el secreto destino que enhebra, en el silencio de las horas, las rutas de la vida?

Abramos el alma de Avelino Arredondo y penetremos en ella. Busquemos una sola fealdad humana, una debilidad culpable, un ímpetu no legitimado por la piedad y el amor, y nada hallaremos. Que el escalpelo inicie, ahora, su misión investigadora. Estamos, acaso, frente a un enfermo o un tarado? No! La salud física circula por todo su organismo, limpio de malos humores, integralmente sano y puro. Su cuerpo y sus órganos son un clarificado manantial de energías que derraman poderosa imantación sobre el cerebro normalmente adaptado a un cráneo armonioso, a una frente franca y altiva sin ser desafiante.

Aquel modesto dependiente de comercio es la personificación de la salud física y espiritual. Su tendencia a la meditación, su deseo de aislarse y pensar, su ansia indefinible de justicia, se dirían misteriosos mensajes recogidos por la magnetizada esencia que es el fondo inexplorado de su destino.

El espectáculo de la guerra civil lo deprime y lo subleva al mismo tiempo. Acude, en las horas de asueto, a la Estación Central y presencia la llegada de los heridos, doliente carne humana que recogen las camillas y que dejan al pasar, sobre una estela de sangre, la visión de rostros destrozados ocultos entre vendas o el eco atormentado del jadeante hipar de los que agonizan.

Y experimenta, luego, como la contracción espasmódica de todo su ser ante el cuadro lacerante que la imaginación le reproduce, allá en la lejanía de las sierras y de los campos, cubiertos con los despojos de la carnicería humana; de otros hombres que yacen, tendidos bajo el sudario del cielo, lívidos, espectrales, retorciéndose entre coágulos de sangre.

Del fondo de su vida humilde, sensible y buena, se levanta entonces, una voz desconocida, pero imperiosa, que le ordena sobreponerse al sufrimiento físico de la piedad sin reparación y suplir, con fibras de acero, las que se destemplan y aflojan en presencia del dolor y de la muerte.

La piedad sin reparación! Empieza a descubrir en la oscuridad mental de su inexperiencia intelectiva que es vana pasión la de la solidaridad que se emociona y no remedia; la del testigo apenado ante el infortunio, pero que no traduce en hechos compensadores la humana indignación que provoca la vida feliz de los malvados prepotentes, mientras se hunden, cada vez más, en las sombras de su no ser, sin una protesta, sin un estremecimiento, los que se doblan bajo



el peso del egoísmo social y la imperfección deliberada de la ley.

Su primera reacción es la del ímpetu viril que se adelanta, con el puño crispado, a castigar el rostro impasible de la maldad victoriosa. Pero, dónde está su forma concreta? Cuál es su cumplida síntesis? Quién puede decirle sin equivocarse: "deja caer aquí tu golpe reparador y justiciero"?

Sus fibras se estremecen todavía con el recuerdo de "aquella mujer que vino a Montevideo a pie, desde Tacuarembó, con los pies hechos pedazos, acompañada de sus dos pequeños hijos, después de haber perdido a su marido en la guerra y que no recibió socorro alguno del gobierno"...

Poco a poco, por un íntimo proceso depurador, las sombras deformantes que ocultan a la intuición la localización exacta del peligro, se esfuman de su espíritu fuerte y tenaz. Y mentalmente sus ojos se vuelven hacia los brillantes séquitos de la oligarquía, hacia ese mundo lleno de luz y de alegrías que contiene, dentro del país, otra raza, seres distintos, hombres de otra clase, mujeres indiferentes a la miseria y a la orfandad.

Fríamente el razonamiento entra, después, a consumar su obra determinativa. Centro de aquel mundo diferente, eje de aquel sistema que gira, imperturbable, del placer a la disipación, es un hombre como todos, exaltado a la condición de árbitro supremo del país por la adhesión fetichista a los procedimientos formales que dan el poder, pero no la autoridad; la fuerza y el mando, pero no la grandeza de alma y la perfección moral.

Y la voluntad, indecisa hasta entonces, toma rectamente la dirección a que la impulsa la resultante inexorable de su noble y humanizado instinto.

Cuando discurre los medios a emplear para satisfacerlo, de la soledad de su conciencia no se alza una sola voz con-

denatoria. Y cuando tiene entre sus manos el arma ajusticiadora y la revisa y verifica su perfecto funcionamiento, no experimenta, tampoco, la sensación de alevosía que él, sin embargo, descubre, tortuosa y sin perdón, en cada una de las órdenes con que manda al fuego de la guerra civil a tantos hombres aquel otro hombre que tiene en su propia investidura la facultad decisoria de hacer cesar la trágica matanza.

No pesa en su espíritu una sola partícula impura desprendida del acto que va a realizar. Todo es alado en el recogimiento interior de su alma cuando ya confía a la misma muerte la salvación del país. Desde este momento su voluntad y su brazo accionan inhibidos de la conciencia individual que hace responsable la conducta. Su voluntad y su brazo no le pertenecen ya, fundida aquella en la esencia inmortal de la Justicia, regido éste por la volición soberana del pueblo.

---

Para el 25 de Agosto de 1897 el gobierno había programado como actos públicos en conmemoración de la histórica fecha, un Te Deum en la Iglesia Matriz y un desfile militar de las fuerzas de la guarnición. Otras fiestas de carácter palaciego sucederían a los mencionados actos oficiales.

La prensa independiente censura al oficialismo esa actitud de menosprecio por la situación real que enluta y agobia a la República.

El día antes, martes 24 de Agosto, "El Día Noticioso" de Batlle destaca la desaprensión gubernista, señalando al pueblo "el escándalo de semejante jolgorio mientras la guerra civil ensangrienta la campaña y tantas madres lloran sobre la reciente tumba de sus hijos".

El mismo día 25 de Agosto, en su diario "La Razón", Carlos María Ramírez levanta sobre el gobernante, insensible y todopoderoso, la voz admonitiva de un flagelante apóstrofe que termina de esta manera:



"Han pasado ya los tiempos de ardiente fe, y los prelados no se yerguen vencedores sobre los omnipotentes de la tierra; pero hoy a la hora del Te Deum, cuando el señor Idiarte Borda suba por las gradas de nuestra catedral, se oirá en los espacios la voz ahogada de todo un pueblo que le grita: "antes de ir a posar las rodillas en el almohadón de terciopelo rojo, ve a purificarte de la sangre que ha hecho y hace derramar tu obsecada intransigencia".

Flota en el aire de la ciudad algo así como uno de esos presagios que oscurecían, a los ojos de los romanos, los más claros y diáfanos cielos.

Clara y diáfana era la tarde en que se oficia el anunciado Te Deum. El sol inunda de luz la Plaza Constitución, resplandece en las bayonetas de los soldados, se quiebra y dora con fulgores extraños en el bronce de las bandas militares.

Sobre la calle Sarandí, más o menos frente al Club Uruguay, se ha estacionado bastante público, curiosos o indiferentes que nunca faltan para decorar, con apariencia de pueblo, estas ceremonias de todos los gobiernos impopulares.

Poco después de la 1 y media de la tarde las bandas ejecutan el Himno Nacional: había llegado el señor Idiarte Borda con escasa comitiva, sus edecanes y varios jefes y oficiales. Dentro del templo se habían tomado algunas disposiciones que denunciaban el propósito de rodear de las mayores garantías la vida del jefe de estado, como ser la prohibición de que los hombres se situasen, como era habitual, en las alturas del coro.

La ceremonia religiosa fué llenada sin que se produjera ninguna anormalidad. Terminado, al fin, este primer número de festejos oficiales, el señor Idiarte Borda y sus acom-

pañantes emprendieron, a pie, el regreso a la Casa de Gobierno, desde cuyos balcones se presenciaría el desfile militar, sirviéndose, después, un lunch a la concurrencia.

"La comitiva, de regreso — dice un cronista de la época — era también muy escasa. Sólo una cuarta parte de las personas que habían asistido al Te Deum formaban la columna. El señor Idiarte Borda iba siempre tranquilo, casi sonriente. Llevaba a la derecha al ministro de Gobierno y al señor Alcides Montero y a la izquierda al Arzobispo, con quien conversaba sosegadamente, tal vez sobre la fiesta que se estaba realizando con tan poco éxito. No temería quizá un acontecimiento siniestro. La tarde estaba magníficamente serena. La comitiva desfilaba junto a un regimiento de artillería y los Guardias de Seguridad, colocados de trecho en trecho, ocupaban el otro lado de la calle, cuya vereda no estaba, tampoco, muy cargada de gente.

"Guardaban las espaldas la Escolta Presidencial.

"La comitiva iba avanzando lentamente en medio del bullicio de las bandas militares; al enfrentar la cabeza de la comitiva al Jockey Club, se produjo un gran sacudimiento, y en seguida, después de un segundo de confusión, el público se desparramó en una carrera loca.

"Muy pocos, en el momento mismo, se dieron cuenta de lo que pasaba. La mayoría disparó sin saber por qué, y era empujada por el tumulto. Sólo se supo que alguien había tirado un tiro. Los más tranquilos se dieron cuenta, sin embargo, que pasaba algo grave al ver los lanceros de la escolta precipitándose como un torbellino hacia adelante. Más tarde, sólo se vió, atropellando a las puertas del Cabildo, una gran masa de gente por encima de la cual descollaban cuatro jinetes de la escolta levantando amenazadores sobre alguien sus lanzas de banderolas rojas".



La crónica periodística de la época completa esta nítida relación de hechos con la narración posterior de la tremenda sacudida moral que conmueve a las esferas oficiales y al pueblo mismo al difundirse la noticia de la muerte de Idiarte Borda, Presidente de la República...

Rodeado de su ejército, custodiado por su escolta, cuidado por sus colaboradores, vigilado celosamente por todas sus policías, bajo la advocación, además, del dios cuya ayuda acababa de impetrar de rodillas en el cercano templo, el oligarca desdeñoso y olímpicamente impasible ante los reclamos del pueblo, cayó en medio de la calle, partido el corazón por el certero disparo hecho por un modesto hijo de ese mismo pueblo, ejecutor predestinado de su alta y reparadora justicia.

"Yo nunca pensé en huir, declara el tiranicida; sabía que iba a morir y estaba dispuesto a morir".

"A mí no me hubiera gustado tirarle de atrás", confiesa. "No!... De atrás no le hubiese tirado... Yo quería hacerle fuego de frente, poniéndome delante de él, como lo hice".

Sí! Ha apartado, con el revólver empuñado ya, a dos personas tras de las cuales se oculta hasta el momento que la cabeza de la comitiva está a su alcance. Da, después, dos pasos y se planta, con tranquilidad desconcertante, frente al mandatario.

"El señor Idiarte Borda me vió cuando me le puse enfrente, y comprendió mi intención; pero no tuvo tiempo ni de moverse... Hice fuego sobre el pecho, sobre la banda, como lo había pensado".

La práctica y simplificadora justicia del pueblo está hecha.

Todo lo que viene posteriormente, las amenazas de muerte contra el detenido, el proceso, la acusación fiscal y la defensa, el veredicto de los jurados y el fallo de la justi-

cia letrada, son exteriorizaciones subsidiarias, inferiores, humanamente falibles frente a la sustanciación de la causa ante el tribunal inapelable de la conciencia pública.

El mismo prevenido, sin razonarlo, con la espontaneidad propia de los instrumentos elegidos del destino, se siente sustraído a las interpretaciones jurídicas de su caso, al aparato de fuerza con que se le asegura en la celda, a la simpatía o la hostilidad que provoca su heroísmo.

La percepción que colma su capacidad sensorial es, ahora, la de una claridad permanente ahuyentando las sombras que antes cerraban el horizonte del país y el de su propia vida.

Y la absoluta reclusión de los primeros días, lejos de aislarlo del mundo lo aproxima, por encima de los muros y los centinelas, a la región ideal entrevista en la lejanía de su pensamiento cuando vagaba, al azar, aislado del bullicio, por las calles de la ciudad. Se siente más libre que nunca, más conforme que cuando las fuerzas misteriosas que incidían en su voluntad frenaban su resolución o llevaban la duda al espíritu. Está ahí, frente a sí mismo como ante el juez más severo; frente a su conciencia como ante el tribunal más augusto. Sus veinte y tres años, magníficos de vitalidad y energía juveniles, no se amustian en la lobreguez de la celda: se ofrecen serenamente al sacrificio o al martirio con la tranquilidad amedrentadora de la inocencia.

"El Jefe Político fué la persona más desesperada que yo ví; sin embargo no me tocó ni me insultó. "¿Usted tiene cómplices?", me preguntó. "No, señor, contesté yo".

"Y por qué hirió al Presidente?" "Porque hacía mal gobierno".

Es necesario evocar las circunstancias en que este diálogo se desarrolla, en la soledad de un aposento y a la vista de guardias armados, vibrando todavía sobre todos los es-



píritus la emoción de la tragedia. El sobre-excitado funcionario policial, sintiendo como en su propio pecho el balazo terrible, pesando, además, la responsabilidad que le alcanza como guardador del orden público y garantía práctica de la vida del gobernante, está parado ahí, frente al victimador, descompuesto el rostro por el dolor y la ira, alterada su voz que cobra tonalidades extrahumanas como si fuera la misma Némesis de las venganzas implacables la que hablase por su boca.

Ni así mismo cede la extraordinaria complexión espiritual del detenido. Sin bajar la vista, mirando a los ojos al hombre que tiene enfrente, típica representación del dolor oficial fuera de cauce, indefenso, solo, a merced de la discrecional omnipotencia del poder desbordado y de la pasión individual infrene, no le ha temblado la voz, no le ha traicionado la voluntad, no ha alterado su ritmo el armonioso latir del corazón.

El interrogatorio es un verdadero asedio y las preguntas restallan como látigos intimidadores sobre su cabeza, que no se abate, que no rehúye el careo, que permanece erguida: la única firme y normal después que todas se desconcertaran, aturdidas por el golpe fatal e inesperado.

Con natural dignidad contesta a las preguntas y es un elocuente contraste su tranquilidad y su dominio frente a aquellas cabezas enloquecidas y a aquellos interrogatorios denunciadores de la destemplada incoherencia mental que los dicta.

Se diría que en la suprema instancia de afrontar las furias desatadas de la venganza y de la ira, acudiera en su auxilio toda la fortaleza espiritual del pueblo de cuyo seno sale para consumar la justicia que se le niega, para cumplir la voluntad que, hasta ese instante, burla y escarnece la prepotencia impune del que mandaba.

Su fortaleza y su aplomo tienen, pues, una fuente de alimentación superior a la limitada energía que puede generar la célula humana. Cuando se yergue, sin alarde, ante el peligro; cuando afronta, sin desafío, las amenazas; cuando habla, sin alterar la voz, a sus posibles verdugos; cuando da, sin miedo ni disfraces, la explicación de su gesto, su valor, su serenidad y su heroica franqueza son las del pueblo que se encuentra a sí mismo, vaciada su alma en su propio espíritu, reencarnado su brazo en el brazo firme y el pulso sereno de Avelino Arredondo.

## Epílogo

Dos semanas después del gesto de Arredondo, el doctor José Pedro Ramírez, emisario de paz destacado por el nuevo gobierno presidido por don Juan Lindolfo Cuestas, depositaba en manos de éste las proposiciones del ejército revolucionario.

Las operaciones militares se habían suspendido mucho antes por obra de un armisticio concertado entre las fuerzas beligerantes, armisticio que fué la iniciación práctica de la pacificación del país.

El 18 de Setiembre quedaron definitivamente firmadas las bases de paz, que eran las siguientes:

a) El Partido Nacional renuncia a la lucha armada y en consecuencia el ejército revolucionario se pondrá a las órdenes del Poder Ejecutivo, quien dispondrá su licenciamiento y el de las fuerzas levantadas por el Gobierno tan pronto como tomen posesión de sus respectivos cargos los nuevos jefes políticos.

b) El Poder Ejecutivo en su carácter de colegislador prestigiará y sostendrá ante el cuerpo legislativo la reforma electoral, a cuya sanción se ha comprometido ante el



país la mayoría de los miembros de dicho Poder en el manifiesto del 4 del mes de agosto, siendo entendido que se incorporarán a la legislación vigente las modificaciones ya aprobadas por el Senado y los proyectos presentados a la Cámara de Diputados sobre representación de las minorías por el sistema del voto incompleto en las elecciones de Juntas Electorales, de Juntas Económico Administrativas y de Representantes del Pueblo. Esta cláusula, por la garantía institucional de futuro que importa para el país, contrae el compromiso de incluir la reforma en las actuales sesiones extraordinarias y gestionar su aprobación.

c) El Poder Ejecutivo declara que el nombramiento de jefes políticos recaerá en ciudadanos que por su significación y demás cualidades personales, ofrezcan a todos las más serias y eficaces garantías.

d) Todos los orientales quedan en plenitud de sus derechos civiles y políticos y se mandará sobreseer en todas las causas políticas y militares.

e) Los jefes y oficiales dados de baja serán repuestos en sus grados.

f) El ejército revolucionario recibirá la suma de pesos 200.000 con destino a gastos de pacificación.

El disparo de Arredondo había herido de muerte, no ya al jefe visible de la resistida oligarquía, sino a ésta misma.

En un artículo de Batlle, de fecha 28 de Agosto de 1897, se juzga ya la transformación notable que se opera en el medio político y social del país como consecuencia del trascendente acontecimiento.

Decía elocuentemente Batlle:

..."Qué tales actos no obran más que sobre un hombre — el que cae — y no pueden por tanto extender su influencia más allá de su personalidad? No se podría sostener, seriamente eso: su resonancia inmensa repercute en to-

das cabezas y, sobre todo, en las que están más altas. Además, ese hombre tiene siempre dos valores: uno individual y otro social o político, siendo este último el más grande. Por otra parte, en los momentos en que todo el país espera una poderosa reacción hacia el bien de la administración del señor Cuestas, y en que varios actos importantes autorizan tal creencia, no es fácil sostener esa teoría".

En campo revolucionario es más intensa la repercusión producida. La inesperada tercería de Arredondo ha despejado el horizonte y las gloriosas huestes articulan e imponen las condiciones de paz: han vencido!

Pero se ha impuesto, acaso, en propias filas, la profunda devoción civilista que inspira e ilumina a los auténticos gestores de la Revolución?

¿Se han colmado sus ideales? ¿En medio a aquel arrebatado tremolar de banderas, de las notas triunfales de las dianas que saludan al sol de la victoria alumbrando el campamento de las heroicas legiones ciudadanas, no se alza, también, como una duda punzante, la visión del futuro incierto, de las nuevas luchas reclamando nuevos y dolorosos sacrificios?

Acevedo Díaz, genio animador de la Revolución, presiente la "tarea de Sísifo" a que está condenado el esfuerzo reivindicador, concretamente triunfante en esos momentos por el denuedo cívico y la voluntad de hierro de los cruzados del 97.

Tiene tonalidades de patética dramaticidad esta carta de Acevedo Díaz con que cerramos el presente volumen. Voz clara y firme que se levanta entre la tumultuosa resonancia del triunfo épico como el anuncio profético de lo que ha de ser el atormentado destino de nuestra democracia:



*Señor don Antonio Paseyro.*

*Mi querido amigo:*

*Terminó...*

*Empieza Germinal.*

*Tiempo es que vuelva usted a la par de las golondrinas.*

*Comprendo, sin embargo, su interés en la permanencia en el vivac.*

*Los tiempos seguirán de lucha, aunque en otro terreno. Estamos condenados a la tarea de Sísifo!*

*Deséole felicidades; la satisfacción, al menos, de haber cumplido hasta el último instante con el deber impuesto por el honor y el civismo. De las ingratitudes haga usted caso omiso, pues sabido es que en política y a favor de las circunstancias, se cumple como en economía, la ley de Gresham: la mala moneda desaloja del mercado a la buena.*

*Un abrazo a los amigos valerosos de la heroica 9.ª División que han luchado como tantos, por el triunfo de principios impersonales y por el reinado de la libertad en el orden, aunque al fin y a la postre, en los tratos y contratos, otros que ellos procedan por su cuenta y amasen a su modo con la sangre generosa vertida.*

*¡Todo sea en buena paz de Dios!*

*Espera dos líneas suyas, su siempre afectísimo amigo*

*E. ACEVEDO DIAZ.*

*Buenos Aires, Setiembre 16|97.*

**F I N**

## I N D I C E

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

"PASADO Y PRESENTE" — Con dos ensayos: "Marzismo, fascismo y rosismo" y otro de psico - análisis, "La neurosis marzista".

"1897". — La conciencia revolucionaria de Indo América.

Próximas a aparecer:

"FUTURO". — Democracia liberal, socialismo y comunismo.

"EN PRISION". — La persecución política.

"DE MARZO A MARZO". — Recopilación de discursos parlamentarios.